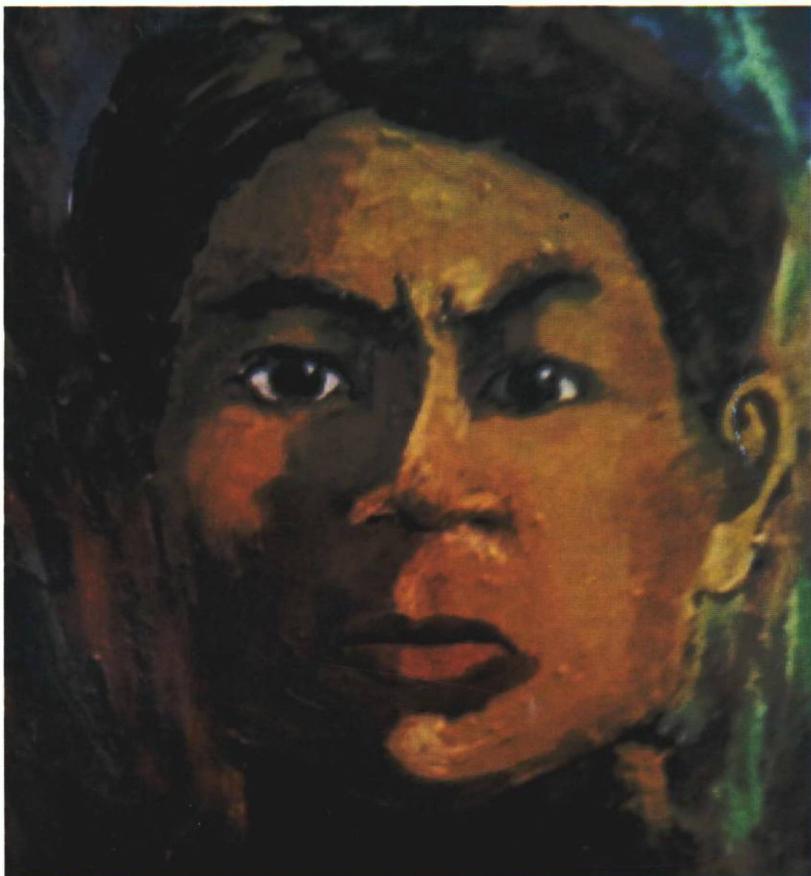


CHANGMARÍN



VICTORIANO LORENZO:

Una mirada ideológica, política y literaria

2017

Changmarín
FUNDACIÓN CHANGMARÍN

TE TRIBUNAL
ELECTORAL
LA PATRIA LA HACEMOS TODOS

Biblioteca Nacional
Ernesto J. Castillero R.

972.8704

Ch456 Changmarín, Carlos Francisco

VICTORIANO LORENZO: Una mirada ideológica, política y literaria/
Carlos Francisco Changmarín---1.^a ed. --Panamá: Fundación
Changmarín. 2016.

30 páginas: 21 cm.

ISBN-978-9962-9011-6-7

PANAMÁ – HISTORIA I. Título.

Publicación de la Fundación Changmarín y el Tribunal Electoral
de Panamá.

Compilación: Abril Changmarín de Méndez

Ilustraciones: Carlos Francisco Changmarín

Reprografía: María de Jesús Tapiero de Hooper

Tiraje: 1,000 ejemplares. Imprenta del Tribunal Electoral de
Panamá. 2017.

Spa
3.2.4
Ch 456W
2016
L.3

TITULO: 212666

25/10/2017

CHANGMARÍN

VICTORIANO LORENZO: Una mirada ideológica, política y literaria

VICTORIANO LORENZO: Una mirada ideológica, política y literaria es una publicación de la Fundación Changmarín y el Tribunal Electoral en la que se incluyen algunos de los más importantes trabajos del autor sobre el “Prócer Cholo de la República” tal como le llamó.

Incluye, entre otros textos, el ensayo Victoriano Lorenzo: Víctima del Canal Norteamericano; la novela para niños y jóvenes, El Cholito que llegó a General; la novela El Guerrillero Transparente y una muestra de sus décimas. Las ilustraciones son también obra del autor.

■ Síntesis biográfica del autor

Carlos Francisco Changmarín (1922- 2012) nació en el caserío de Los Leones, en Santiago, provincia de Veraguas, República de Panamá.

Maestro, literato, periodista, fotógrafo, pintor, músico, folclorista y revolucionario auténtico. Dedicó su vida y obra a la defensa de la justicia social, la afirmación de la nacionalidad, la independencia y soberanía nacional.

Desde la juventud hasta el final de su existencia, demostró una férrea e ineludible militancia en las filas del Partido del Pueblo, colectivo de los comunistas panameños.

Se le reconoce como uno de los principales ideólogos de la revolución panameña. Fue miembro del Comité Central del Partido del Pueblo, del Comité Regional de Veraguas, del Buró Político del Partido y director del periódico Unidad, su principal órgano de comunicación.

Obtuvo importantes reconocimientos en testimonio de su prolífica labor literaria, artística y política a nivel nacional e internacional tales como: cinco veces ganador del Premio Nacional de Literatura Ricardo Miró, Premio Nacional de Literatura Infantil del INAC, Condecoración Rogelio Sinán, Orden Omar Torrijos, Premio Universidad de Panamá, Orden Francisco Morazán del Parlamento Centroamericano, Distinción de la Cultura Nacional del Ministerio de Cultura de Cuba y la Orden Rubén Martínez Villena de la Central Nacional de Trabajadores de Cuba.

Se hizo merecedor de distintos reconocimientos por instituciones del Estado y la sociedad civil de carácter educativo, cultural, gremial, sindical, municipal, religioso, campesino e indígena en

testimonio a su dedicación y compromiso político-social y por su extensa producción literaria.

Su vasta obra literaria incluye un sinnúmero de libros publicados e inéditos en diferentes géneros: poesía, cuento, ensayo, novela y décimas. Fue uno de los cultivadores de la literatura infantil y juvenil y como reconocimiento, el Instituto Nacional de Cultura creó el Premio Nacional de Literatura Carlos Francisco Changmarín.

Contenido

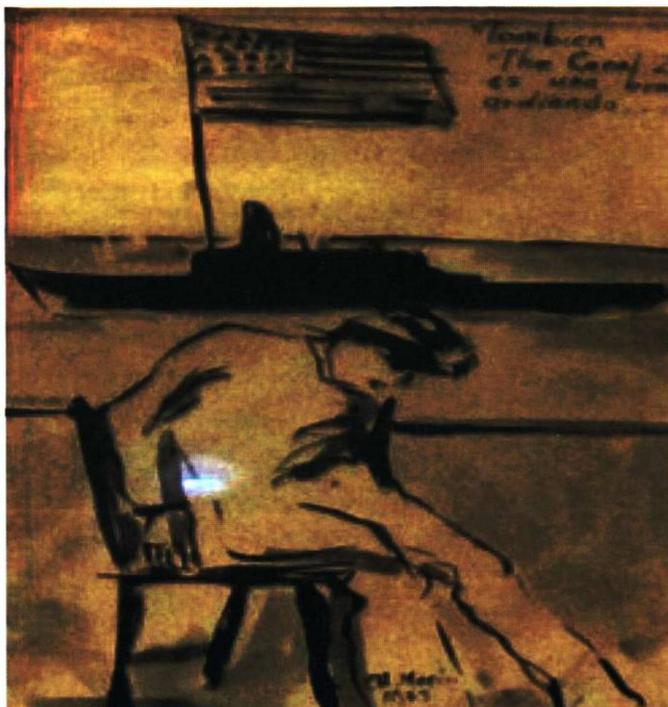
I PARTE.....	6
Victoriano Lorenzo y su lucha por la justicia social, la independencia y soberanía nacional	
1. Victoriano Lorenzo: primera víctima del Canal yanqui	7
2. Victoriano Lorenzo, prócer cholo de la República.....	24
3. Victoriano Lorenzo, punto de partida de la liberación nacional.....	37
II PARTE.....	46
Victoriano Lorenzo, la mirada literaria y pictórica	
2.1 Décimas a Victoriano Lorenzo.....	48
Victoriano Lorenzo.....	49
La mujer de Victoriano.....	50
A la casa comunal de Victoriano Lorenzo.....	52
La espada de Victoriano.....	54
2.2 Cantata a Victoriano Lorenzo- guion para <i>ballet</i>....	56
2.3 Novela.....	59
2.3.1 El cholito que llegó a general: Victoriano Lorenzo - para niños y jóvenes.....	59
2.3.2 El guerrillero transparente Victoriano Lorenzo..	76
2.4 Pinturas de Victoriano Lorenzo.....	159

Hoy, el pueblo panameño grita el nombre de Victoriano Lorenzo como una bandera que nunca morirá, Prócer Cholo de la República, porque significa el espíritu de lucha del pueblo.

Su ejemplo prende en los panameños la decisión de morir antes que arrodillarse, en bien de la independencia nacional, por la justicia social, por la tierra y la sal. La sal que buscó aquel niño de la montaña de Coclé que un día aprendió a leer y después fue el general de los Cholos a quien nadie pudo derrotar, sino valiéndose de una sucia traición.

Victoriano está vivo en la conciencia del pueblo y el viento que baja de la sierra trae su voz que grita su frase: “La pelea es peleando”.

Ciudad de Panamá, 26 de enero de 1978.



I PARTE

**VICTORIANO LORENZO Y SU
LUCHA POR LA JUSTICIA SOCIAL,
LA INDEPENDENCIA Y SOBERANÍA
NACIONAL**

1. VICTORIANO LORENZO: PRIMERA VÍCTIMA DEL CANAL YANQUI

INTRODUCCIÓN

La tergiversación esencial de la historia ha sido el factor decisivo en la formación de la cultura de la dependencia y la falta de dignidad histórica en gruesas capas de la población panameña. La dominación colonial española y, posteriormente, la dominación imperialista norteamericana complotaron contra la forja de nuestra identidad nacional. Hubo y hay historiadores que escribieron y escriben la historia a favor de los opresores del ayer lejano y de la contemporaneidad.

La cultura de la dependencia es la que consideraba (y considera) que nosotros no podíamos vivir y desarrollamos, sin la existencia de los reyes de España y después, de los “reyes” de Estados Unidos. Por eso la más reciente intervención extranjera en nuestros asuntos internos fue solicitada por algunos panameños en 1989.

A la cultura de la dependencia contribuyó tal vez, sin quererlo, el liberal progresista Octavio Méndez Pereira con sus libros *El Tesoro del Dabaibe* y *Núñez de Balboa*. Por eso Balboa (el “Perrero del Rey”) es la moneda unitaria nacional en Panamá; mientras que Urracá, héroe de nuestra Nación, llega a solamente un centavo, moneda fraccionaria más pequeña del Balboa, y en esto consiste la falta de dignidad histórica.

Por décadas republicanas, Victoriano Lorenzo era apenas un bandolero, ladrón, criminal... un “cholo de mierda”. Por la década del 40, Diógenes de la Rosa y Ramón H. Jurado inician el rescate de Victoriano. Y aunque a alguna gente no le guste, el 13 de mayo de 1971 bajo el liderazgo de Omar Torrijos se firmó el

decreto de Gabinete N.º 130 que consigna lo siguiente: “Declarar a Victoriano Lorenzo, mártir de la causa emancipadora del pueblo panameño y por consiguiente reconocerlo como héroe de la revolución libertaria”.

Cuando el 15 de mayo de 1903, el general Victoriano Lorenzo cayó bajo los impactos del pelotón de fusilamiento, su figura se levantó, cual inmensa llamarada roja, en el territorio latinoamericano, como la primera víctima del imperialismo naciente y del Canal norteamericano.

En sus memorias, el secretario privado de Victoriano, teniente coronel Juan José Quiroz Mendoza escribió: “Hoy habrían dicho que era un guerrillero comunista”.

- La expansión imperialista en el Istmo de Panamá.

En el último cuarto del siglo XIX, el capitalismo norteamericano trasvasaba sus lindes nacionales e inauguraba la expansión de carácter imperialista. En ese rumbo, el capital financiero norteamericano en cumplimiento del “destino manifiesto”, exigía la expansión territorial para conquistar puntos clave fuera de los Estados Unidos, para ganar los mares que todavía hegemonizaba Inglaterra, y sobre todo, el océano Pacífico.

Estados Unidos se aprovechó de la decadencia del imperio español y tomando en cuenta la acumulación larga y revolucionaria de los pueblos que aún batallaban contra los españoles, en su lucha anticolonial, maniobró bajo el lema monroísta, aparentando ayudar a los movimientos independentistas. Así, al declarar la guerra contra España en 1898 se hizo de Puerto Rico y Guam; mediatizó a Cuba y compró las islas Filipinas.

Ya en 1846 los Estados Unidos y Colombia habían firmado el Tratado Mallarino-Bidlack, asegurándose los norteamericanos la posibilidad de intervenir para “mantener la paz” en la vía

de tránsito. Y después con el Tratado Hay- Pauncefote, entre Estados Unidos e Inglaterra, los norteamericanos doblegaron a Inglaterra y tuvieron manos libres para construir por sí solos el canal interoceánico, objetivo estratégico principal en el momento, para su hegemonía en el continente y para completar la unificación entre el este y el oeste de su propio territorio acortando las distancias.

El historiador cubano Ramiro Guerra, en su libro *La expansión territorial de los Estados Unidos*, dice: “Los Estados Unidos intervinieron, expulsaron a España de sus últimas posesiones y echaron en firme los cimientos de la dominación norteamericana en el Caribe, paso previo para apoderarse de Panamá y abrir el Canal interoceánico”.

El imperialismo norteamericano no podría desarrollarse como era necesario sin dominar los mares y establecer dicho dominio sin apoderarse de la vía de tránsito situada en el Istmo (ya fuera por Nicaragua, Costa Rica o Panamá), porque con esa avanzada se consolidaba no solo frente a Europa, sino ante China y Japón. En 1855 los Estados Unidos concluyeron las obras del primer ferrocarril interoceánico y establecieron su primer dominio colonial en Panamá. A partir de allí intervinieron en el Istmo en 1856, 1860, 1861, 1868, 1873; 1881, 1885 y concretamente, en la Guerra de los Mil Días, en distintos momentos, hasta su término. La crisis política que hizo reventar la guerra entre liberales y conservadores tenía un mar de fondo determinado por la lucha de las clases en la cual los latifundistas y gobernantes y el clero en una forma u otra se obstinaban en mantener el centralismo autoritario en Colombia y las caducas estructuras feudalizantes no superadas por la independencia de España que liderizó Bolívar.

Y hallaban la oposición de las fuerzas sociales que bajo los nuevos contenidos y formas impulsadas por el desarrollo capitalista, pugnaban por liquidar aquellas trabas. Este momento histórico

coincide con la expansión del imperialismo norteamericano y ambos factores se enlazaron en la “solución” que se le impuso a la Guerra de los Mil Días en el Istmo.

En Panamá los conservadores ejercían el abuso, la discriminación y el centralismo como estilo de gobierno. Rafael Núñez, liberal contrario a los “guerreristas” se pasó al bando conservador e hizo tornar la situación más difícil.

Dice Conte Porras en su obra *Vinculaciones entre el general Victoriano Lorenzo y Belisario Porras*: “La represión del régimen nuñista se hizo más patente en la zona interiorana y como consecuencia el cobro de los diezmos y primicias, de la explotación social de la iglesia y del abuso de la fajina, o el trabajo forzado, que se demandaba a los negros e indígenas para el impuesto personal”.

El peso de la sujeción del Istmo de Panamá a Colombia se ejercía brutalmente sobre los sectores del llamado arrabal capitalino, de los pueblos y del campesinado pobre en general. En la Guerra de los Mil Días la participación de Victoriano Lorenzo no puede entenderse como fruto de su afiliación al Partido Liberal, sino en función de los intereses de su clase como respuesta a la opresión y al bandillaje del ejército conservador y como forma para la defensa y justicia de las comunidades indígenas.

Rubén D. Carles, en su obra *Victoriano Lorenzo* dice: “Victoriano Lorenzo pactó su ayuda con Porras a cambio de ciertos ofrecimientos tales como redimirlos del inicuo pago de los diezmos y otras cargas que pesaban sobre ellos, como resabios de los encomendadores de los tiempos coloniales.”

La participación de amplias masas populares en esta guerra civil en el Istmo de Panamá cobró las dimensiones de una revolución social, y en ella Victoriano jugó el papel que posteriormente y en forma más consciente llevaron adelante los mexicanos Pancho

Villa y Zapata, quienes a su vez fueron traicionados por los aliados de sus respectivas burguesías.

-El factor nacional en la Guerra de los Mil Días

El 28 de noviembre de 1821 el Istmo de Panamá se independiza de España y se une voluntariamente a la Gran Colombia, pero desde entonces aquel acto fija en el noveno artículo del compromiso que el Istmo podía asumir la decisión de separarse.

Justo Arosemena, el máximo pensador panameño del siglo XIX, consideró que los pueblos del Istmo de Panamá antes de unirse a la Gran Colombia, por razones históricas y geográficas iban constituyendo algo propio: *“La naturaleza dice que allí comienza otro país, otro pueblo, otra entidad y la política no debe contrariar sus poderosas e inescrutables manifestaciones.”*

Al unirse Panamá a la Gran Colombia desde el inicio empezaron a manifestarse las contradicciones que tendían a la separación, a la autonomía, a la independencia y ya en 1830-31 se dieron las primeras expresiones concretas, en ese sentido que culminaron en 1903 con la separación y la presencia yanqui.

Frente al separatismo o autonomismo de varios departamentos surgieron las tendencias federalistas y centralistas en el seno de la oligarquía colombiana: conservadores y liberales. El centralismo, sobre todo, el conservador que se ejercía en forma tiránica, avivaba en los panameños el ideal separatista; desde 1850 el capitalismo norteamericano hizo su incursión con la construcción del ferrocarril interoceánico y más tarde el capitalismo francés había aventurado la obra del Canal.

Con la presencia del capitalismo internacional en Panamá se iba fortaleciendo contradictoriamente el carácter de la nación panameña en continuo estremecimiento. En su expansión se hacía más imperativa la construcción del Canal, empeño

en el cual los franceses habían fracasado, por lo que todo se encontraba paralizado por la guerra. Era menester, según los intereses norteamericanos, detenerla mediante un instrumento que a la vez asegurara el compromiso de que Colombia aprobara el convenio entre ese país y los Estados Unidos para iniciar las obras del Canal.

Y esto se logró con el tratado de paz impuesto por la intervención norteamericana que se firmó en el acorazado yanqui Wisconsin, el 21 de noviembre de 1902, entre los jefes militares conservadores y liberales. En dicho documento se consigna en el acápite del artículo 18, que el Congreso de Colombia, una vez elegido, sometería para su estudio las negociaciones relativas al Canal de Panamá.

Así, bajo la presión del imperialismo yanqui terminó la cruenta guerra, en la cual, la mayoría de los panameños, al situarse al lado del bando liberal, aspiraba a una mayor independencia de Colombia.

Álvaro Menéndez Franco, en *Semblanza de Victoriano Lorenzo*, escribe: *La firma del tratado de Wisconsin, mediante la cual se cerraba la contienda con una derrota para la revolución militar liberal y un aparente triunfo para las fuerzas de la paz y el orden, encierra, en verdad, una derrota para la independencia de América Latina, ya que una potencia imperialista continental es la que decide el curso de los acontecimientos. Estados Unidos se manifiesta en este suceso como un gendarme internacional*”

De aquella crisis nacional se valió el imperialismo en su expansión para actuar sobre la desgastada Colombia y encubrir su acción intervencionista. Utilizó, por otra parte, la acumulación histórica independentista panameña, como hicieron en relación con Cuba, para imponernos el Tratado Hay-Bunau Varilla. (Hoy se sabe que el supuesto prócer Tomás Arias les recomendó a los norteamericanos la aplicación de la Enmienda Platt a Panamá.

“Panagringos” ha habido desde aquellos días.

Por eso, a partir de 1903, Panamá tomó el carácter de protectorado yanqui y no fue comprado como Filipinas o hecho colonia como Puerto Rico, aunque estableció el enclave colonial: Canal Zone, una ensambladura de colonialismo y neocolonialismo.

En el prólogo de una edición del libro *Patria y federación*, de Justo Arosemena, Nils Castro afirma lo siguiente: *“Tal vez sin comprenderlo a plenitud con el tipo de penetración auspiciado por el Mallarino-Bidlack, los gringos ya habían empezado a probar un nuevo método de penetración y control, aún más eficaz que la anexión directa, el cual les reportaría incalculables beneficios durante el siglo XX. El colonialismo o la anexión directa hubieran sido mucho más costosos. En el tránsito se dieron ya las condiciones del neocolonialismo y el imperialismo contemporáneo, aunque recortados todavía de modo incompleto y burdo, como un ensayo.”*

- El hombre y sus acciones

Como lo describimos en la novela El Guerrillero Transparente, “El Cholo Victoriano no era un hombre viejo, sino joven; tampoco alto, al contrario, más bien chico, como son los indios. Tenía la cara dura y afilada; de frente: ojos de tigre, labios gruesos y nariz fina. A veces, según los vendavales y odios de la guerra, sobre la estrecha frente caían como gajos negros los mechones de pelo liso. Pero en la guerra solía usar un sombrero blanco y alón, con cinta roja; el fusil a la bandolera, y una espada grandísima para su tamaño. Encaramado así en la curumba de la sierra, era el verdadero tata de toda la gente de la montaña y de los llanos”.

Victoriano Lorenzo era un cholo de la cordillera coclesana. Habría nacido por el año de 1864; para entonces, no existían escuelas primarias en los campos. De niño fue llevado por su padre Rosa Lorenzo a casa del cura Jiménez, con quien aprendió “buenas costumbres y las primeras letras”.

En la tradición popular se habla de 'El Cholo Victoriano' y también del 'general de los Cholos'. El término cholo designa al campesino cordillerano, más próximo al indígena de origen nágbe - buglé. Es en cierto modo el indígena que habla el castellano, profesa la religión católica, ha perdido su idioma y está asentado en la tierra bajo formas rudimentarias de producción agrícola y artesanal, estrangulado por los latifundistas y sumamente discriminado. En el artículo de Materno Vásquez: Victoriano Lorenzo, publicado en *Proyecciones Históricas de Victoriano*, se lee: *“En estas relaciones de trabajo gravitaba la dependencia servil, excluido de la misma los conceptos de remuneración y derechos sociales. El cholo, como sirviente, como mozo o peón, quedaba ligado a la casa de sus patronos y a la hacienda, en forma despersonalizada, recibiendo como paga, la casa y la comida”*.

En su juventud Victoriano pasó nueve años en la prisión por la comisión del delito de asesinato de un matón de origen colombiano quien ejercía, en su condición de regidor, tenaz persecución y abusos contra campesinos e indígenas. En la cárcel de la ciudad de Panamá conoció la vida militar, aprendió el manejo de algunas armas y ciertos oficios. Ejerció de sastre y peluquero y estableció relaciones políticas porque su abogado defensor fue el notable intelectual revolucionario, de afiliación liberal, Carlos A. Mendoza.

Victoriano heredó la ascendencia que su padre, el cacique Rosa Lorenzo, tenía sobre los indígenas y la cholada de la región. Por el grado de instrucción y habida cuenta de su prestigio político tradicional, el prefecto de Penonomé lo nombró regidor de Trinidad. Desde este cargo enfrentó la expoliación de los conservadores, de los ricos poblanos, de los obispos y curas y denunció ante las altas autoridades los atropellos que se cometían contra los moradores.

Nuestro prócer quedó inserto en la guerra en función de los intereses de los cholos, los campesinos pobres y los indígenas. Diógenes de la Rosa, el primer panameño en elaborar una línea correcta para la interpretación dialéctica en lo referente a la

Guerra de los Mil Días, en su folleto, *El Cholo en Armas*, afirma lo siguiente: *“El indio y el cholo coclesano avistaban en Victoriano Lorenzo, producto telúrico como ellos, la posibilidad de evadirse de su miseria y reconquistar, no la libertad metafísica que no podrían vislumbrar ni comprender, sino la tierra que un día no tuvo límites para sus plantas”*.

Para entender su justa dimensión, desde luego, es menester situar el tiempo y el espacio en el cual le tocó vivir y morir: la Guerra de los Mil Días.

El 17 de octubre de 1899, los liberales de la corriente llamada “guerrerrista”, frente a las tiranías de los conservadores iniciaron en Colombia la Guerra de los Mil Días, la que hubiera podido ser una guerra civil más, si en esa fecha los Estados Unidos no transitaran ya por su momento de auge expansionista. Para entonces el Istmo de Panamá era departamento de Colombia en permanente conflicto con la metrópoli bogotana, de la cual había intentado separarse varias veces, en los años de 1830, 1840, 1855 cuando fue Estado federal.

Durante aquella guerra en realidad hubo dos guerras: la que se desarrollaba entre conservadores y liberales y la guerrilla de Victoriano contra la opresión que sobre los campesinos pobres e indígenas ejercían los latifundistas.

El 'general de los Cholos', Victoriano Lorenzo no fue un político de la estirpe de los liberales y conservadores colombianos o panameños, ni un teórico de la revolución. Pero tampoco se le puede encuadrar, como lo han hecho algunos analistas, como sujeto carente de una visión del fenómeno, como guerrillero espontáneo, simplemente afiliado a la causa liberal y menos como bandolero.

Ya en julio de 1899 Victoriano decía lo siguiente: “Los pobres indígenas están sumamente mal, no están un momento

tranquilos, los persiguen con guardia de policía para hacerlos trabajar forzosamente. Esta es la causa en que me hallo para dirigirme a S.E. (en este caso al presidente colombiano). Allí fijó lo esencial:... “*esta es la causa*”.

En razón de la lucha guerrillera de su vida, Victoriano expresó los anhelos e intereses de los sectores desposeídos del campesinado, de los indígenas y cholos de los pobres del arrabal capitalino. Consignaba en la práctica las transformaciones sociales de esa etapa con miras a reventar los yugos impuestos por la dependencia de regímenes conservadores y reaccionarios de Colombia; que como es conocido mantenían las relaciones semif feudales y el centralismo autoritario de los gobiernos “godos”, conformados por la trilogía de latifundistas, militares y el clero.

En su práctica guerrillera Lorenzo demostró tener suficiente conocimiento de las cosas y las relaciones de sus pueblos, para avanzar más allá de los cálculos de la burguesía y de la pequeña burguesía.

Dice Carlos Núñez en su artículo: ***Victoriano prefirió sacrificarse, pero no traicionar a su pueblo. Los cholos se convirtieron en la gran base popular de la guerra y le dieron una nueva orientación al programa de lucha de la dirigencia liberal***”.

Cuando en 1900 el jefe civil liberal Belisario Porras con el apoyo del presidente nicaragüense, el liberal Zelaya, invadió por Chiriquí el Istmo de Panamá en su avance hacia la capital, estableció la primera relación con 'El Cholo' Victoriano.

Ramón H. Jurado relata en su novela *Desertores* este momento: “*Días más tarde fondeó en las playas de San Carlos la nave Momotombo. Llegaba desde Nicaragua con hombres y parque para la revolución. Esta ayuda inesperada creó un tremendo problema (...) ¿Cómo adelantar ese cargamento? ¿Cómo llevarlo hasta Panamá?..En eso estaban compungidos y casi al borde de*

la desesperación, cuando Quinzada, en un arranque feliz, gritó: Doctor, doctor; Lorenzo, el amigo de Mendoza. Es la única solución, doctor”.

En realidad Belisario Porras consideró, en este instante, a Victoriano tan solo como el cuadro experto que podría hacer el traslado de las armas. Porras como político práctico supo utilizarlo. Mucho más tarde se percató de que Victoriano no solamente era un simple changador de armamentos.

Aquella vez Victoriano, sin embargo, llegó tardíamente al punto; el ejército liberal había sufrido la derrota más espantosa en la Batalla del Puente de Calidonia aquel 26 de julio de 1900. Victoriano, observando el campo de batalla sembrado de muertos, optó por regresar con sus hombres y el cargamento a la agreste serranía, su caserío El Cacao.

Más tarde, los conservadores al perseguir a la gente de Victoriano, llegaron a esa comunidad y tras requisar las viviendas y golpear a los vecinos incendiaron el caserío.

Este fue el motivo que empujó a Lorenzo a la guerra en su papel de guerrillero. En el trasiego de la larga guerra, la vinculación de Victoriano con la dirección del ejército liberal le sirvió de escuela política para el perfeccionamiento de su pensamiento revolucionario, no suficientemente expresado en proclamas o artículos, pero sí en la firme decisión de lucha. También asimiló cuanto pudo la disciplina militar. La guerra resultó para él la academia, mezcla de comandante guerrillero y general del ejército regular. No fue, por tanto, uno más de la cuenta.

La acción del imperialismo yanqui en el fin de la guerra fue determinante. Varias veces había intervenido, ya sea impidiendo el paso de las tropas por el ferrocarril o dejándolas pasar. Es lógico suponer que Victoriano, al igual que otros oficiales estuviera informado de dichas intervenciones.

Esta guerra fue el último debate bélico de Colombia del siglo XIX y comienzos del XX, hecho que cobró en el Istmo en su fase final la mayor dimensión. Lo prueba el hecho de que el 21 noviembre de 1902, se firmó el tratado de paz que puso fin a la contienda, en el acorazado yanqui Wisconsin.

A menudo los oficiales de alto rango liberales y conservadores no solo practicaban entre sí la cortesía militar al estilo caballeresco de esa época colombiana y se prodigaban elogios mutuos (cortesía que nunca tuvieron respecto a Victoriano), sino que llegaban a ciertos entendimientos particulares.

Cierta vez Victoriano le dijo al general Manuel Noriega: *“Estoy informado y he observado, general Noriega, que usted se está escribiendo cartas con el prefecto de Coclé, en Penonomé. Eso no lo creo correcto, porque la pelea es peleando. Si a mí me cogen preso, me fusilan; y en cambio a Ud., que es blanco y es amigo del prefecto, no le pasaría nada. Por tal razón, yo no puedo aceptar esta situación (tomado el libro de Victoriano Lorenzo, de Claudio Vásquez).* La frase **“La pelea es peleando”** se utiliza a menudo en la lucha popular como parte de la herencia de dignidad del heroico guerrillero.

Consciente o no de la profundidad de la injerencia imperialista en la guerra, Victoriano resultó víctima del Canal norteamericano. Fue así por la dimensión de su lucha guerrillera, la capacidad de avivar las insurrecciones del arrabal de la capital; porque ya era un mito popular invencible que expresaba las ansias de liberación de las anchas masas campesinas y porque en su lucha contribuía a la forja de un estado de ánimo por la independencia nacional bajo un contenido popular, no oligárquico.

Ricardo Rangel en “Las categorías de la violencia. Caso de Victoriano” anota:

“El Cholo guerrillero no solo representaba un peligro para los intereses liberales y conservadores, sino que también constituía un

riesgo de inestabilidad en Panamá, nocivo a las pretensiones de Estados Unidos. Había pues, coincidencia objetiva de posiciones de la burguesía y del imperialismo, frente al líder de los cholos coclesanos. Tal vez por esa razón Victoriano estaba custodiado a bordo del crucero Bogotá por un oficial norteamericano armado.”

Ya anteriormente, como señala en el libro “De Cádiz a Catay”, Miles P. Duval Jr., la injerencia norteamericana en el conflicto era evidente. En relación con lo expuesto, *“en pleno fragor de la Guerra de los Mil Días, el 14 de septiembre de 1902, un batallón de infantes de marina del ejército de los Estados Unidos, organizado en Filadelfia, bajo el mando del teniente coronel Benjamín R. Russel, zarpó hacia la ciudad de Colón a bordo del USS Panther, llegando el 22 de septiembre del referido año, desembarcando dicho batallón que quedó al mando del almirante Silas Casey”.*

Y aunque el Tratado del Wisconsin establecía la amnistía para los participantes en la guerra, a Victoriano se le juzgó en un Consejo de Guerra, acusándolo de bandolero y criminal y condenado a muerte sin poder defenderse.

Cuando se puso término a la Guerra de los Mil Días, Victoriano Lorenzo y su tropa guerrillera se negaron a entregar las armas; 'El Cholo' fue apresado y luego entregado, por los propios liberales, con sospechosa ingenuidad al gobierno conservador.

Al día siguiente, el 15 de mayo de 1903, en lo que hoy es la Plaza de las Bóvedas, en la ciudad de Panamá, fue inmediatamente fusilado. Victoriano, demostrando sus ideales, avanzó frente al pelotón de fusilamiento y serenamente exclamó: *“Señores, oíd una palabra pública: Ya sabéis de quién es la palabra. Victoriano muere... Yo muero como murió Jesucristo...”.*

Lo sacaron en una burda carreta y fue enterrado en lugar desconocido. Desde aquella vez la oligarquía panameña lo sepultó en los entreveros de la historia; se prohibió su nombre y los seudohistoriadores lo catalogaron como un simple bandolero.

Su fusilamiento se convirtió en un aldabonazo en la conciencia independentista, que remató en la separación de Panamá de Colombia, seis meses y dieciséis días después de esa fecha.

La decisión de liquidar al 'general de los Cholos' aún no se sabe en qué oficina del Ferrocarril de Panamá se tomó, y por la urgencia del juicio militar, fue fusilado al día siguiente; dicha acción hoy ha sido cuestionada por los jurisperitos panameños como una farsa de lo más grotesca e ilegal.

La traición que los jefes liberales cometieron al entregar a Victoriano Lorenzo a sus verdugos fue una de las primeras lecciones de lo que significa el establecimiento de alianzas del campesinado y de los obreros panameños con la burguesía; hecho que cobra vigencia en la actualidad. Victoriano Lorenzo no fue un teórico, pero sabía por qué había luchado y por qué lo mataban.

Dice el verso popular:

“Mataron a Victoriano,
los godos y liberales,
para ganarse unos reales
del bolsillo americano”.

Lenin -a quien algunos ahora no quieren recordar- fue sumamente claro sobre el tema y dijo: *“La burguesía de los países oprimidos, pese a prestar su apoyo a los movimientos nacionales, lucha al mismo tiempo de acuerdo con la burguesía imperialista; es decir, al lado de ella, contra todos los movimientos revolucionarios y las clases revolucionarias”*.

Para trazar el perfil trascendente de Lorenzo, hay que advertir que en el mismo momento histórico en que el cholo era ajusticiado, en Filipinas, el guerrillero Aguinaldo, destacado en la lucha contra el colonialismo español y después contra la intervención yanqui, se entregó a los gringos y aceptó el nuevo coloniaje.

Pero Victoriano Lorenzo, el guerrillero transparente, el cholo coclesano, enfrentó a la canalla que lo fusiló y no se pasó al bando de los opresores locales y del imperialismo y supo morir, sin rendirse y traicionado, como ocurrió después con Villa, Zapata, y Sandino.

Y si bien su figura heroica comienza a ser rescatada en Panamá desde la década del 50, hoy es bandera popular antioligárquica y antiimperialista lo que contribuye a fortalecer la identidad nacional. Su vida trasciende como imagen artística y literaria; inspiración de los plásticos, y teatristas; se ha llevado al *ballet* y sobre todo es cantado en las décimas por los trovadores. Su historia ha enriquecido, por tanto, la cultura panameña.

Victoriano pensó salir libre de aquella jugarreta del imperialismo y de la oligarquía y entonces manifestó que deseaba irse a Nicaragua. No fue posible, sino en la Brigada Victoriano Lorenzo, que contribuyó a derribar la tiranía de los Somoza, siempre alimentada, administrada y defendida por los Estados Unidos.

Hoy el nombre de Victoriano está en el corregimiento de San Miguelito, en una biblioteca de la provincia de Chiriquí, y en una calle de Santiago, provincia de Veraguas, pero debe estar en el Cerro Ancón junto al de Amelia Denis de Icaza, mujer y poeta que se atrevió bajo aquellas tiranías a escribir una elegía “A la muerte de Victoriano Lorenzo”... en donde con fuerza declamó:

“Y ni el invierno con sus noches lúgubres
detuvo nunca su carrera audaz.

Como el león de los bosques en América
ni dio cuartel ni lo pidió jamás”.

Y finalmente, cuando a Lorenza Ibarra, la mujer de Victoriano, un camarada guerrillero le fue a dar la noticia que a su marido lo habían fusilado. (Como se narra en nuestra novela *El Guerrillero Transparente*), ella *“trancó la puerta; se encerró en el rancho y no bebió agua, ni probó bocado alguno... un día, dos, tres, quince*

días... ¡Quién sabe! Arriba del cielo azul empezaron a revolotear pájaros desconocidos. Y así, la generala falleció desintegrada, muerta de dolor y de rabia. Y cuando las tropas del gobierno conservador subieron en busca de las armas que el fusilado Lorenzo había mandado a esconder, hallaron el lugar solitario; al cadáver le habían nacido matas de rosa a su alrededor, rosales blancos y rojos”.

Por su lucha guerrillera Victoriano Lorenzo fue la más alta expresión del movimiento campesino e indígena panameño; por el contenido y la forma de su muerte, representa el símbolo de la lucha de Panamá y de todos los pueblos de esta región contra la expansión del imperialismo norteamericano y la injusticia social de finales del siglo XIX y comienzos de XX.

De allí su carácter de héroe, de verdadero prócer de la República.

BIBLIOGRAFÍA

Ramiro Guerra. 1964. La expansión territorial de los Estados Unidos. La Habana. Editorial Nacional de Cuba.

Jorge Conte Porras. Vinculaciones entre el general Victoriano Lorenzo y Belisario Porras.

Rubén D. Carles. 1976. Victoriano Lorenzo, el Guerrillero de la Tierra de los Cholos. Panamá. Edit-Litográfica.

Diógenes de la Rosa. 1998. Victoriano Lorenzo-Punto de Vista. 1938. Panamá. Edit. Universitaria.

Justo Arosemena. 1855. El Estado Federal de Panamá.

Álvaro Menéndez Franco. 1976. Semblanza de Victoriano Lorenzo Panamá. Revista Lotería.

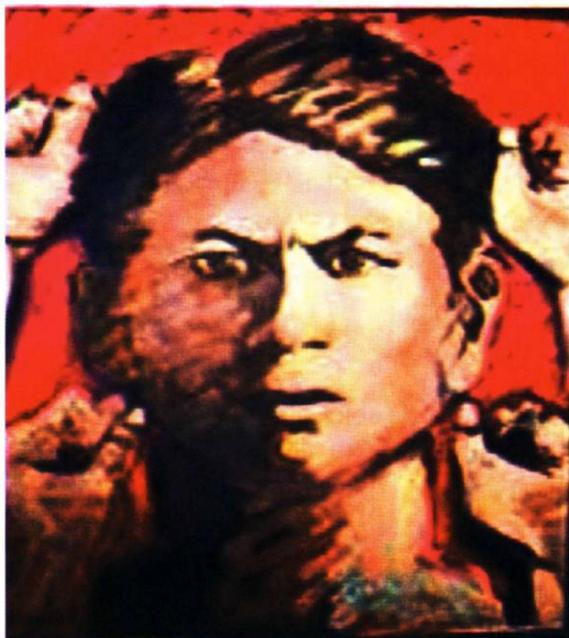
Ricardo Rangel. Las categorías de la violencia. Caso de Victoriano.

Ramón. H. Jurado. 1958. Desertores. Panamá.

Este análisis se ha hecho sobre los contenidos de nuestro artículo “VICTORIANO LORENZO, víctima del canal norteamericano”, publicado en la década del 70, en la Revista Bohemia de Cuba, al cual le hemos agregado algunos elementos de la actualidad. Santiago, 12 de mayo de 1998.

2. VICTORIANO LORENZO, PRÓCER CHOLO DE LA REPÚBLICA

Palabras del escritor Changmarín en conmemoración del centenario del fusilamiento de Victoriano Lorenzo, en el acto realizado el 15 de mayo de 2003, en la comunidad de La Negrita, lugar que fue sede del Cuartel general de las tropas guerrilleras de Victoriano.



Nació en la sierra el cholito
que después fue general.
Hijo de gente rural...
Vino al mundo pobrecito.

Se dice que en el siglo XIX, año de 1864, nació, en El Cacao, Victoriano Lorenzo.

La cuna de ese niño no era de oro. Pero su familia no solo fue trabajadora, sino que representaba los altos valores de cultura

de los herederos de Urracá, los ricos sentimientos solidarios y humanos de su gente, la valentía y el coraje de su clase campesina, todo lo cual vale más que el oro.

Quienes lo mandaron a matar y los que lo mataron dijeron entonces y repiten todavía algunos lameplatos de la falsa historia, que Victoriano era un cuatrero, ladrón y crimina. Pero como en aquellos días de Colombia y del niño Victoriano no había escuelas en las comunidades campesinas, el padre del muchacho, interesado en la educación de su hijo, consiguió que en Capira el sacerdote Jiménez lo acogiera como ayudante, quien le enseñó a leer y escribir.

Mucho después, en los oscuros días bajo el gobierno militar de los godos, cuando se propagaban ideas para desprestigiar a Lorenzo, el sacerdote Jiménez escribió que Victoriano era: “enérgico, bien hablado, atento, respetuoso y muy moral”. Y yo creo que esa es la verdad.

Pero el problema, señoras y señores, es que en Panamá y fuera de nuestro país, la historia se ha escrito a favor de los enemigos del pueblo y a beneficio de los colonizadores. Por esa falta de dignidad histórica a Vasco Núñez de Balboa se le venera como un santo. Se sabe que era un aventurero, un asesino que mataba con jaurías de feroces perros a los indígenas; que en realidad no fue ningún descubridor del Mar del Sur, porque ese océano estaba allí, conocido y utilizado por los pueblos de lo que hoy es Panamá, Colombia, Ecuador, Perú, Chile y por los mayas de Centroamérica... pero a este bribón se le venera como un santo.

Y es indigno el hecho de que en Panamá, el héroe indígena Urracá sea solamente un céntimo, mientras que la “moneda nacional” es el balboa.

Pero la vida de Victoriano Lorenzo solo puede ser justamente valorada en relación con nuestra historia patria; contrario a lo

que han dicho muchos, los yanquis no hicieron nacer en los panameños el deseo de separarnos de Colombia. Se sabe que mucho antes de 1903, los istmeños hicieron varios movimientos separatistas de Colombia, los cuales eran posteriormente aplastados por los ejércitos de Bogotá. Y durante la Guerra de los Mil Días los liberales triunfaban en Panamá, mientras sufrían la derrota en el resto de Colombia, porque en el fondo, en los sentimientos de los istmeños, ardía el interés de separarse de las tiranías de Colombia.

Pero debemos reconocer que ciertamente el imperialismo norteamericano, que buscaba abrir el Canal por Panamá, cuando Colombia rechazó el proyecto del Tratado Herrán-Hay, maniobró con las élites de la alta sociedad de panameños, no con los dirigentes populares, para proponerles que Estados Unidos se comprometía a defender la separación de Panamá de Colombia si ese paso separatista se daba.

Y el paso se dio. Se creó la República de Panamá, pero con una independencia mediatizada por el Tratado Hay-Bunau Varilla, y en la práctica nacía, no una república independiente, sino un protectorado norteamericano y además se estableció en la garganta del Istmo, una nueva entidad política: la Zona del Canal, bajo la bandera de Estados Unidos, con sus propias leyes y con un gobernador gringo. Esta es la verdad histórica, no otra, y por ello es una obligación moral rectificar las falsificaciones de la historia para poder aquilatar nuestra identidad nacional.

Lo que hemos dicho, sobre el interés yanqui en 1903, como veremos adelante, tiene directa relación con el fusilamiento de Victoriano Lorenzo. Para abordar el papel de Victoriano en la Guerra de los Mil Días y asimismo, con el fin de obtener una visión real del propio Victoriano, es menester examinar al famoso cholo revolucionario, en su proceso de desarrollo, como sujeto que representaba una clase social: la campesina. De igual manera, considerar la etapa histórica donde le tocó luchar, y tomar en cuenta el tipo de guerra con sus acciones que le llevaron

a derrotar a sus enemigos para después ser entregado al ejército conservador por sus propios jefes liberales.

Simón Bolívar fue el Libertador de gran parte de América Latina; con sus ideas y su espada rompió las cadenas de la opresión del imperio español y alcanzó la independencia nacional de estos países. En cada una de las repúblicas la sociedad estaba dividida en clases y etnias: todavía quedaban restos de la esclavitud negra; siervos y campesinos pobres, amarrados al poder de los grandes terratenientes; pueblos indígenas, discriminados y aislados, poderosos grupos de latifundistas, hacendados y militares. Bolívar dijo que si su muerte sirviera para unir a quienes habían luchado contra los españoles, él bajaría tranquilo al sepulcro.

Victoriano pertenecía a la clase del campesinado istmeño relacionado íntimamente con los pueblos indígenas, provenía de la etnia ngäbe-buglé, establecida fundamentalmente en Veraguas y Coclé. En Panamá, como también en Perú, a ese sector del campesinado se le denomina con el nombre de cholo. Sociológicamente, “cholo” es el grupo humano que viene de las etnias indígenas, pero que ya no habla el idioma de los indígenas, está integrado a la administración del Estado panameño, es fundamentalmente cristiano y en lo general vive de la producción agrícola y artesanal, tal como el resto del campesinado panameño.

Sin embargo, en el lenguaje popular, la palabra cholo tiene varios significados. Según el concepto proveniente de las clases explotadoras y enriquecidas, y de cierto grupo social de los pueblos vecinos a la región montañosa del país, cholo significa: un pobre diablo, un desgraciado, un peón “de a peso el día”.

Este sector de la población colombiana y después panameña, carecía de libertad, de justicia, de igualdad, y podía ser secuestrado de sus comunidades para ir a trabajar gratuitamente a las haciendas de los ricos.

Para entonces, a los cholos y campesinos se les arrancaba todos los años lo que se denominaba diezmos y primicias. Un derecho feudal que venía del tiempo de las encomiendas españolas. Esos diezmos y primicias eran cobrados por sujetos arbitrarios que, a nombre de las autoridades y de las iglesias, les quitaban a los cholos y campesinos sus animales de corral como cerdos o vacas, aves y productos tales como arroz y maíz, incluso dinero. Además ese sector pobre de la población tenía que pagar cada año lo que se llamaba el deber de la fajina. O sea, dar un día libre de trabajo al gobierno, que las autoridades de entonces aprovechaban para limpiar sus potreros y otros negocios a costa de la fajina; este era también un derecho de los tiempos feudales.

Me detengo en estos detalles porque tienen que ver con la causa fundamental del por qué Victoriano se fue a la Guerra de los Mil Días.

Sin embargo la palabra cholo tiene otros significados. En el campo de lo folclórico encontramos tonadas que dicen:

“Qué te parece cholito,
que nos quieren separar,
como si la ausencia fuera
remedio para olvidar”.

Aquí cholo o chola están tomados como algo querido, hermoso, bello. En las familias cuando un recién nacido viene con el cabello sumamente lacio, le ponen de sobrenombre cholo o chola; en este caso significa amor, cariño, belleza. Y en la lucha social y deportiva, cuando una persona demuestra bravura, capacidad de lucha, o habilidad en algún juego, también le llaman cholo o chola. Por ejemplo: el 'Cholo' Durán, el gran boxeador.

Hoy, para quienes comprendemos el verdadero valor de Victoriano, este general de la Guerra de los Mil Días es nada menos que el 'Cholo' Victoriano Lorenzo y esto significa orgullo; los panameños inteligentes y de una conciencia avanzada, que

somos muchos, tenemos el orgullo de haber tenido un libertador como el 'Cholo' Lorenzo.

¿Pero cómo lo veían los ñopos, los dueños del país, los ricos. Pues con el desprecio que todavía los rabiblanos de cualquier partido miran a los campesinos pobres, a los indígenas, para usarlos como bestias de carga: como esclavos, como siervos, como simples electores. Esto hay que tenerlo en cuenta para entender su lucha y su muerte.

A la muerte de su padre Rosa Lorenzo, quien era para entonces la autoridad de El Cacao, Victoriano regresa a su lugar con el fin de ocupar el cargo y su liderazgo. Se dedicó a la agricultura y también a la industria de la miel porque su madre le había dejado un trapiche. El joven Victoriano, como los varones de esos días, era trabajador, divertido; le gustaba el canto de la décima y las tradiciones musicales de la cumbia y el tamborito. Hubo momentos en que Victoriano se dedicaba al pequeño comercio y vendía sal por los poblados de la cordillera. Victoriano se casa con María Lorenza Morán. Y por las relaciones que Victoriano tenía con toda la gente a quien su padre ayudaba, el alcalde de Penonomé lo nombró regidor de El Cacao.

Sin embargo, al otro lado del río Trinidad, el colombiano Pedro de Hoyos fue nombrado por el alcalde de Capira como regidor de la Trinidad, comunidad vecina de El Cacao. Este individuo le prohibió a Victoriano que entrara a su jurisdicción, en donde tenía huertos y un trapiche. Y el caso dio lugar a constantes disgustos. Un día Pedro de Hoyos, armado, se apareció con un pelotón de su gente para coger preso a Victoriano, quien celebraba con sus amigos la terminación de un trabajo cuando se oyeron los gritos amenazadores de sus enemigos; se formó una trifulca en la que Pedro de Hoyos resultó muerto.

Victoriano fue voluntariamente a entregarse a la autoridad correspondiente en Penonomé. Y aunque actuó en defensa

propia, fue penado con nueve años de prisión. En la cárcel, como una persona culta y responsable pronto le dieron la condición de preso de confianza y así pudo tener nuevas relaciones con importantes personalidades; leyó libros y aprendió el manejo de las armas. Durante los años de prisión se enteró de que su esposa lo había abandonado y posteriormente, cuando regresó a su comunidad en 1899, se unió con Lorenza Ibarra.

Estaba dedicado a las actividades agrícolas cuando en 1900 supo la noticia de un levantamiento de liberales contra el gobierno y que el Dr. Porras, quien había sido amigo de su padre, Rosa Lorenzo, estaba al frente de esa lucha. Porras envió a un lugarteniente suyo a buscar a Victoriano para que se encargara de llevar unas armas a La Chorrera. Es así como Victoriano entra a la guerra.

Él no era liberal, pero entendía que los gobiernos colombianos conservadores maltrataban a los indígenas y a los cholos que los ricos les robaban sus tierras.

Victoriano con su gente llevó las armas, pero ya en ese momento los liberales habían sido derrotados en la famosa Batalla del Puente de Calidonia. Por eso regresó a su lugar y escondió las armas. Un enemigo de Victoriano delató este hecho a los conservadores y al Cacao subió un pelotón conservador a buscar dichas armas. Victoriano estaba en uno de sus trabajaderos. Y como los conservadores no hallaban las armas, incendiaron el caserío, incluso golpearon a la madre de Victoriano, María Pascuala Teolla. (No sé por qué se dice que el segundo apellido de Victoriano es Troya, pues el secretario de Victoriano, en su libro sobre Lorenzo anota que en un registro de las partidas de matrimonio, se afirma: *“En la Parroquia de Chame a 8 de julio de mil ochocientos noventa. Yo, el presbítero José María Estrada, cura rector de ella, casé y velé por palabras de presente, como lo manda la Santa Madre Iglesia a Victoriano Lorenzo con María Lorenza Morán; el primero hijo legítimo de Rosa Lorenzo y María Pascuala Teolla”*).

Cuando Victoriano regresó de su trabajo solo halló cenizas. La gente explicó los hechos y le entregaron siete fusiles. Pues cuando los godos se iban de la comunidad en un paso de un río vecinos de El Cacao, entre ellos algunas mujeres, con escopetas tumbaron a siete soldados del gobierno. Y entonces le entregaron esos fusiles a Victoriano y un viejo le dijo: *“Tenemos que ir a la pelea y tú tienes que ser el jefe”*. Por eso entró Victoriano a la Guerra de los Mil Días bajo la dirección de Belisario Porras y siempre como vencedor legítimo en todas sus batallas contra los conservadores.

Algunos han dicho que Victoriano no tenía conciencia ni idea de por qué estuvo en esa larga lucha. Pero ya en julio de 1899 en una carta que envió al presidente de Colombia, Victoriano decía:

*“Los pobres indígenas están sumamente mal,
no están un momento tranquilos, los persiguen
con guardia de policía para hacerlos trabajar forzosamente.
ESTA ES LA CAUSA EN QUE ME HALLO,
para dirigirme a Su Excelencia”*.

Y Rubén Darío Carles en su obra “Victoriano Lorenzo”, afirmó que *“Victoriano Lorenzo pactó su ayuda con Porras a cambio de ciertos ofrecimientos, tales como redimirlos del inicuo pago de los diezmos y otras cargas que pesaban sobre ellos, como resabios de los encomendadores de los tiempos coloniales.”*

Es decir, él sabía que luchaba por su clase social, por sus gentes y por los indígenas. Entra en la guerra al lado de los liberales porque en el Istmo la gente quería independizarse de Colombia y la mayoría de panameños eran contrarios al gobierno conservador.

Aquellos tres años de guerra fueron una escuela en la cual Victoriano tomó en la práctica muchos conocimientos de todo tipo: de política, de táctica de guerra y de las mejores ideas de aquellos combatientes liberales más progresistas, como Belisario

Porras, Eusebio A. Morales y Carlos A. Mendoza.

Los Estados Unidos, interesados en apropiarse de esta tierra para hacer su canal, fue el principal autor del fusilamiento de Victoriano. En el libro “La Guerra de los Mil Días en Panamá”, de Alex Pérez Venero, se dice:

“Herrera recibió una nota del cónsul general de los Estados Unidos en Panamá, señor H.A. Gudger, recordándole a Herrera que su país (Estados Unidos) no permitiría combate en las ciudades de Panamá y Colón o cerca de la línea ferroviaria entre estas dos ciudades”.

Es muy claro: cuando la guerra terminó se mandó a encarcelar a Victoriano, que se opuso a la entrega de las armas porque entendía que liberales y conservadores, al fin y al cabo, no tenían interés en resolver los problemas de los indígenas, cholos y campesinos porque cuando los norteamericanos decidían lo que debía hacerse en la región temían que nuevamente el 'Cholo' de El Cacao pudiese insubordinarse con su formidable guerrilla a la orilla del Canal... Sobre el tema, leemos:

“8 de mayo de 1903

Afirma el general Esteban Huertas que nada resulta más peligroso para la reiniciación de los trabajos del Canal de Panamá, que la presencia de nuevos grupos guerrilleros en las montañas de Penonomé”.

A pesar del importante papel que Victoriano jugó en esa guerra, fue entregado a los conservadores por el propio alto jefe liberal, general Benjamín Herrera. El Pacto del Wisconsin establecía la amnistía para los combatientes de esa guerra, pero esa amnistía no se le concedió al hombre del Cacao; se le encarceló en las bóvedas, se le hizo un juicio acusándolo de delitos comunes, los que en todo caso debían ser conocidos bajo la jurisdicción de un tribunal común con jueces civiles y no en un tribunal militar.

Un juicio previamente arreglado con jueces militares, entre los cuales estuvo nada menos que el oportunista general Esteban Huertas, quien se prestó para ese crimen. Por eso dice el verso popular:

“Mataron a Victoriano,
los godos y liberales,
para ganarse unos reales
del bolsillo americano”.

Y debido a ese comportamiento de Esteban Huertas, yo no creo en él, como si fuera un prócer; se repetía la historia cuando en la época de la colonia de España, el general José de Fábrega, quien era realista, intentó aplastar el movimiento revolucionario de la Villa de los Santos, pero que al darse cuenta que la “torta” se viraba sus militares se pasaron al lado de la “torta”.

Pues bien, pese al heroísmo ejemplar de Victoriano durante la “Patria Boba”, o sea, la República de 1900. En adelante en las escuelas, publicaciones con fotos y ensayos, se alaba la gestión de los llamados próceres, que arreglaron la separación de Colombia con los norteamericanos, en las oficinas del Ferrocarril...sobre Victoriano, el general Cholo de la Guerra de los Mil Días, se echó un cerro de olvido oficial de los gobiernos.

La verdad es que los conservadores panameños aprovecharon ese silencio oficial para seguir ubicando a Victoriano como un delincuente y como dice el teniente coronel Juan José Quirós Mendoza, secretario de Victoriano, en su libro “Mis memorias sobre el general Victoriano Lorenzo”: “*Hoy habrían dicho que era un guerrillero comunista*”.

¿Y cuál es la razón de ese comportamiento oficial de los panameños? Es sencillo entenderlo, Victoriano Lorenzo no era un alto empleado de la Compañía Norteamericana del Ferrocarril, no era un rico hacendado latifundista, no pertenecía

a la aristocracia panameña, era nada más un cholo coclesano, uno más de la clase pobre.

Para los días de su fusilamiento, un pequeño grupo de liberales redactaron una denuncia pública. El gran general Buenaventura Correoso incluso, mientras Victoriano estaba preso, solía llevarle comida a la prisión.

¿Pero cuál fue la primera alta voz que se atrevió a denunciar abierta y públicamente ese crimen? Nada menos que la poetisa de la nacionalidad, Amelia Denis de Icaza. Amelia no era ni campesina ni obrera, sino una distinguida dama de la clase alta de la sociedad de aquellos días. Sin embargo, con profunda conciencia de panameña en su libro de poesías “Hojas Secas”, editado en Nicaragua en 1927, publicó su elegía titulada: “A la muerte de Victoriano Lorenzo”. Ese canto de tristeza y protesta tuvo que haberlo escrito cuando fusilaron a Lorenzo, pues el poema *Al Cerro Ancón* donde ya denuncia la presencia de los Estados Unidos en Panamá como potencia imperialista, lo firmó en 1906. En su verso sobre el fusilamiento de Victoriano dice:

“Y ni el invierno en sus noches lúgubres
detuvo nunca su carrera audaz,
como el león de los bosques en América
ni dio cuartel ni lo pidió jamás.”

Por eso considero que Amelia Denis de Icaza es la poetisa que expresa con mayor profundidad la identidad nacional de los escritores panameños. Ella inició la poesía de protesta y el cantar por soberanía. Y se atrevió a rezarle a Victoriano fusilado ese poema en la oscura noche de aquellos trágicos y reaccionarios momentos.

Todavía hoy existen escritores que temen reconocer al Cholo Victoriano como héroe; como tampoco se atreven a denunciar en sus literaturas al imperialismo norteamericano invasor de Panamá; Estados Unidos es el mayor peligro del mundo en la

actualidad porque amenaza con hacer las guerras que le dé la gana contra la opinión mundial, las Naciones Unidas y el Papa de Roma, contra Irak, ayer y tal vez mañana contra Cuba, como en 1989 la hicieron contra nosotros...

¿Quiénes comienzan a esclarecer teóricamente el papel de Victoriano en la Guerra de los Tres Años? En la década del treinta (1930) fue Diógenes de la Rosa quien en polémica con Ernesto J. Castellero conservador hizo una interpretación correcta tanto de la guerra como de Victoriano.

En su folleto *El Cholo en Armas* escribió: "El indio y el cholo coclesano avistaban en Victoriano Lorenzo, producto telúrico como ellos, la posibilidad de evadirse de su miseria y reconquistar, no la libertad metafísica que no podrían vislumbrar ni comprender, sino la tierra que un día no tuvo límites para sus plantas".

Luego, en 1958 Ramón H. Jurado publica su novela "Desertores", en donde desarrolla la imagen artística del cholo guerrillero; para esa fecha el que habla escribió su décima "Victoriano, Lorenzo", publicada en 1959, en el libro de décimas "Socabón".

Los gobiernos oligárquicos nunca aceptaron como héroe a este prócer cholo, pero debemos reconocer que finalmente bajo el liderazgo de Omar Torrijos, el 13 de mayo de 1971, se firmó el decreto de Gabinete N.º 130, que consignó lo siguiente: "Declarar a Victoriano Lorenzo mártir de la causa emancipadora del pueblo panameño y por consiguiente reconocerlo como héroe de la revolución libertaria".

La verdadera historia es que la Guerra de los Mil Días, en el Departamento de Panamá, tuvo una esencia, un espíritu independentista. Eso lo entendían los generales colombianos de los dos partidos. Ello explica las fuertes diferencias entre el liberal general Benjamín Herrera y el istmeño y liberal Belisario

Porras; entre el liberal general Noriega colombiano y el Cholo Victoriano Lorenzo.

En el libro citado de Alex Pérez Venero hay una conclusión que dice: *“La Guerra Civil más que una guerra entre conservadores y liberales en el Istmo de Panamá, tuvo todas las características de una gesta independentista, una lucha entre panameños y colombianos”...*

Es importante anotar que el destacado escritor colombiano Vargas Vila, en aquellos días declarara lo siguiente: *“Yo anuncié la separación de Panamá, cuando la inútil crueldad de José Manuel Marroquín, asesinando a Victoriano Lorenzo, estranguló en lo alto de la horca, la paciencia de aquel pueblo.”* Por eso, no cabe dudas, de que Victoriano es no solo un héroe de la lucha revolucionaria e independentista, sino el 'Prócer Cholo de la República'.

Pero quiero concluir esta disertación con un pasaje doloroso, de la mujer chola en esa guerra.

Ya asesinado Victoriano, un pelotón del ejército conservador subió aquí a la Negrita y quemó todos los ranchos que constituían el cuartel revolucionario de las guerrillas de Victoriano. Y en el libro de quien fuera el secretario privado de Lorenzo, el teniente coronel Juan José Quirós Mendoza, él narra que año después al regresar al país desde Costa Rica decidió visitar a La Negrita, porque allí estuvieron todos los papeles y archivos de las batallas de las guerrillas que él mismo como secretario había guardado. Pudo encontrar, cerca de la comunidad, a una señora llamada Emilia Sánchez y le preguntó: - “¿Y dónde está la señora Lorenza, la mujer del general Victoriano, para dónde se fue?

Ella se murió-me contestó-. Resulta- agregó la señora Emilia- que la señora Lorenza supo que a su marido lo habían fusilado desde hacía tres días; entonces se encerró y no quiso comer más, ni bebió ni una sola gota de agua falleció a los 17 días después de muerto el general Victoriano, el primero de junio de 1903.

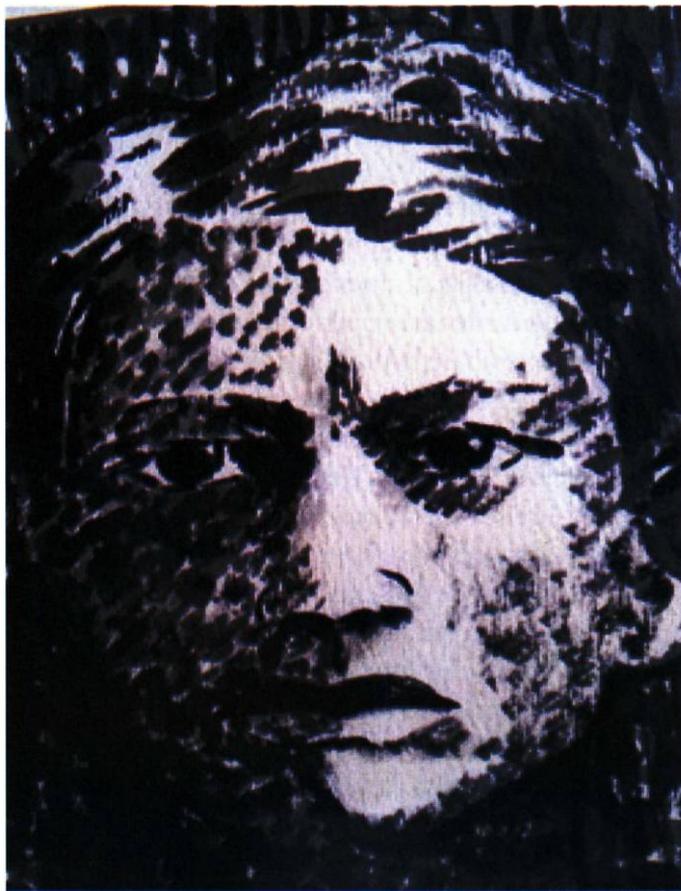
“De pena y hambre murió
la mujer de Victoriano,
como una flor de macano
que la guerra sacudió”.

Finalmente, yo les propongo a todos ustedes hijos de esta heroica tierra, mujeres, hombres, agricultores, maestros, estudiantes, profesionales, políticos y ciudadanos en general, como justo homenaje en este centenario de la República, lo siguiente: que se realice un intenso trabajo hacia la opinión pública para proponer a la Asamblea Legislativa que se declare a Victoriano Lorenzo PRÓCER CHOLO DE LA REPÚBLICA y a Lorenza Ibarra, HEROÍNA DE LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS, y que se le dé el nombre de Lorenza Ibarra, a un corregimiento de Coclé.

¡Viva el Prócer Cholo de la República, Victoriano Lorenzo!

¡Viva la heroína Lorenza Ibarra!

3. VICTORIANO LORENZO, PUNTO DE PARTIDA DE LA LIBERACIÓN NACIONAL



Parafraseando a Carlos Marx cuando en el famoso manifiesto dice que: “La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días, es la historia de la lucha de clases”... diríamos que la historia de la República de Panamá es la historia de las intervenciones norteamericanas, incluso desde antes y a partir de 1846, cuando se firmó el tratado entre los Estados Unidos y Colombia Mallarino -Bidlack. Mediante este tratado EE.UU. podía intervenir en el Istmo para asegurar la paz a través del paso interoceánico que se dinamiza con la construcción del ferrocarril (1850-1855).

En la lucha por la liberación nacional de Panamá, Victoriano es punto de partida, ya que la Guerra de los Mil Días es el antecedente más inmediato y coadyuvante de la Separación de Panamá de Colombia. En esta guerra Victoriano descolló con luz propia porque representaba el interés de una clase social: el campesinado pobre.

No porque hubiera podido llegar a conclusiones teóricas sobre la expansión imperialista norteamericana en esta región, o que su guerrilla concreta se hubiera expresado contra la intervención yanqui en la famosa Guerra Civil, sino por cuanto el 'Cholo' Lorenzo fue llevado al paredón. Después del Tratado del Wisconsin, Victoriano resulta mártir del Canal norteamericano, ya que para hacerlo se requería paz y tranquilidad en el Istmo, no estorbada por posibles levantamientos guerrilleros y el imperialismo en algún bufete oscuro de Panamá tramó este desenlace con la colaboración de liberales y conservadores obsecuentes.

Victoriano Lorenzo estuvo vinculado a la dirección del Partido Liberal, cuyos debates, conversaciones y correspondencia debieron servirle de escuela política para el perfeccionamiento de su pensamiento revolucionario que no escribió en proclamas o artículos, pero sí en la firme decisión de lucha.

Victoriano fue un guerrillero típico, dueño del terreno y del dominio del arte y la ciencia de la guerrilla; suspicaz y astuto, jugó con el enemigo, lo venció y no fue derrotado. Pero no fue un guerrillero simplemente, sino que asimiló en cuanto pudo la disciplina militar regular; esto es que la guerra le sirvió de academia y superando su rudeza ya cuando era general de la Séptima División del Cauca y Panamá se acogió a algunas de las reglas estilo, jerarquías y principios propios de los ejércitos; con un aferrado sentido de responsabilidad y de honor se mantuvo con la frente en alto hasta el momento que marchaba hacia la muerte, lo que dejaba en el guerrillero coclesano una elevada moral.

El 15 de mayo de 1903, seis meses antes de la independencia mediatizada de Panamá de Colombia, un cholo de rostro parecido a Benito Juárez, frente al pelotón de fusilamiento del gobierno conservador colombiano dijo lo siguiente: “Señores: oíd una palabra pública. Ya sabéis de quién es la palabra. Victoriano muere... Yo muero como murió Jesucristo”. Es decir traicionado. ¿Quién fue el general Victoriano Lorenzo, de la Séptima División del Cauca y Panamá?

En octubre de 1989 empieza en Colombia la Guerra de los Mil Días, de la cual el istmo de Panamá era un departamento. Esa guerra una de las tantas que sumió en la violencia a Colombia, era el fruto de la lucha contra el autoritarismo godo, que impedía las reformas sociales necesarias para abrirle paso al capitalismo. Una guerra contra los remanentes de la feudalidad y el clericalismo que la revolución emancipadora de España no pudo resolver. Una guerra entre liberales y conservadores que duró mil días, de allí su nombre.

En Panamá esta guerra no solo cobró una mayor hondura por la presencia yanqui en el ferrocarril, sino que además canalizó las ansias del pueblo istmeño de separarse de Colombia, a la cual se unió en 1821, cuando se independizó de España bajo la bandera de Simón Bolívar de crear la Gran Colombia (Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá).

La cuestión nacional, concretamente la necesidad de los panameños de independizarse de Colombia, cobra cuerpo en la Guerra de los Mil Días ya que el pueblo istmeño pensaba que del lado de los liberales si triunfaban alcanzarían mayor autonomía del centralismo reaccionario de Bogotá.

Necesario es señalar que antes de 1903, cuando se produce la independencia de Colombia, mediatizada por el naciente imperialismo norteamericano, ya los pueblos istmeños se habían separado de Colombia varias veces. Cuando empieza a

desintegrarse la Gran Colombia, con la separación de Venezuela y Ecuador, también Panamá lo intentó en 1830; de 1840 a 1841 fue República independiente y en 1855 Estado federal.

Sin embargo, el imperialismo norteamericano necesitaba romper el istmo para hacerse del dominio de los mares y poder ejercer el predominio en el Pacífico y el continente latinoamericano. El analista cubano Ramiro Guerra dice en su libro, *La Expansión Territorial de los Estados Unidos*, que “Los Estados Unidos intervinieron, expulsaron a España de sus últimas posiciones y echaron en firme los cimientos de la dominación norteamericana en el Caribe, paso previo para apoderarse de Panamá y abrir el Canal interoceánico”.

'Teddy' Roosevelt dijo: “I took Panama”; por eso no poca gente pensó realmente que Panamá fue una república ficticia “made in USA”. Pero Rubén Darío Sousa, César de León, Changmarín, Hugo Víctor y otros, en el libro *Panamá 1903-1970*, dicen: “El imperialismo norteamericano no inventó a Panamá, ni hizo nacer en los panameños el deseo de separarse de Colombia. En realidad, se aprovechó de ambas cosas, en beneficio de sus propios intereses, violentando el desarrollo de la sociedad panameña, deformándola y poniendo a un lado los intereses de Panamá”. (pág. 23)

Si bien la Guerra de los 1,000 días tenía como motor de fondo la necesidad de la sociedad colombiana de abrir paso al capitalismo, ocurría que paralelamente Estados Unidos de Norteamérica entraba en su fase imperialista y necesitaba no solo unir sus costas este-oeste (por eso el Ferrocarril), sino construir el Canal.

Estados Unidos de Norteamérica compró Lousiana (1903); conquistó Texas, robándola a México (1845); construyó el ferrocarril de Panamá en 1855. Por esta razón, la presencia imperialista en Panamá se convierte en factor intervencionista en esa larga guerra. Los destrozos de la guerra, la destrucción de

la producción, el debilitamiento general era aupado por ese país para imponer, como lo impuso el 21 de noviembre de 1902, el tratado de la Paz del Wisconsin, porque fue firmado en el barco de guerra norteamericano Wisconsin situado en la bahía de Panamá para tal propósito.

De manera que en Panamá, el capitalismo inicial quedaba dentro de la camisa de fuerza del imperialismo y así mismo la independencia del país, mediatizada por la misma tinta que firmó la Enmienda Platt en Cuba.

En la Guerra de los Mil Días fueron varias las intervenciones norteamericanas realizadas por su armada; además de la aplicación de las cláusulas del Tratado intervencionista Mallarino-Bidlack. Ya EE.UU. se había tomado la región por donde cruzaba el ferrocarril interoceánico y su milicia dominaba allí, daba órdenes y reprimía.

Cuando el ejército revolucionario liberal se tomó Bocas del Toro (en el Atlántico), el crucero norteamericano U.S. Machías, bajo el capitán Mc Clean, impuso a los liberales la capitulación. Igual ocurrió con la toma de Colón por Domingo de la Rosa, los yanquis en su barco de guerra Iowa, hicieron capitular a los revolucionarios en beneficio del gobierno conservador de Colombia.

El historiador Alexis Pérez Venero dice sobre esta guerra: "Además, varios barcos de guerra del gobierno bogotano, como el Bogotá, eran capitaneados por marineros yanquis y hasta los artilleros que manejaban las ametralladoras Hotchkiss, eran norteamericanos, algunos de los cuales habían hecho la guerra en Cuba".

Y finalmente, cuando los liberales en la parte occidental del Istmo se propusieron tomar la capital, el almirante gringo Silas Casey del Wisconsin, envió un mensaje al jefe liberal de la guerra Benjamín Herrera en el sentido de que no iba a permitir el cruce

de los ejércitos revolucionarios a través de la vía del ferrocarril. Abatidos los liberales en el resto de Colombia, bajo esta amenaza, firman la paz en cuyo documento los bandos se comprometen a realizar elecciones en Colombia y a someter al Senado, “las negociaciones relativas al Canal de Panamá”, razón de las intervenciones yanquis en esa larga guerra.

Dicho tratado de paz incluía la amnistía para los combatientes. Pero esto no le sirvió al 'Cholo' Victoriano Lorenzo. Victoriano Lorenzo no era liberal, fue a la guerra en defensa de la tierra, la autonomía para cholos e indígenas y contra el autoritarismo de los clérigos, los terratenientes y políticos.

Guerrillero invencible, sostuvo desde las montañas su poderío de Panamá a Costa Rica. A su Cuartel general de La Negrita en la tierra coclesana, subían los derrotados oficiales colombianos en busca de refugio.

Antes que **Villa y Zapata, Lorenzo, uno de los primeros guerrilleros del siglo XX** por sus batallas y éxitos, fue distinguido como general de la Séptima División del Cauca y Panamá.

Pero al noticiarse de que se había firmado la paz, Victoriano se negó a entregar las armas. Y el propio jefe liberal Benjamín Herrera, luego de apresarlo lo entregó a los conservadores. El 14 de mayo de 1903, le hicieron un juicio militar sumario y el 15 lo fusilaron en la Plaza de Las Bóvedas.

Los norteamericanos no querían un Victoriano Lorenzo capaz de levantar toda la cholada y crear un escenario de luchas e inestabilidad en el país porque consideraba que esto afectaría la construcción del Canal.

Liquidado el guerrillero agrarista -antifeudal del Istmo, sus aliados de la burguesía y pequeña burguesía liberal pronunciaron la separación de Panamá de Colombia, seis meses después; una independencia mediatizada como la de Cuba.

Tal es la dimensión histórica del 'general de los Cholos', que debe lucir en el claro cielo latinoamericano al lado de Martí, Maceo, Zapata y otros tantos patriotas y mártires de la lucha por la liberación nacional de este continente.

No es histórico ni correcto limitar a Victoriano Lorenzo en el espacio de un guerrillero motivado por la necesidad de salir o por zafarse las coyundas de los diezmos y primicias o como elemento casual de la lucha interpartidaria colombiana. Este fue el campo en el cual se debatió más su significado histórico, su realización esencial, es que el Cholo era la respuesta al interés de la sociedad panameña para alcanzar la entidad nacional y resultó víctima de la expansión imperialista que mediatizó nuestra independencia.

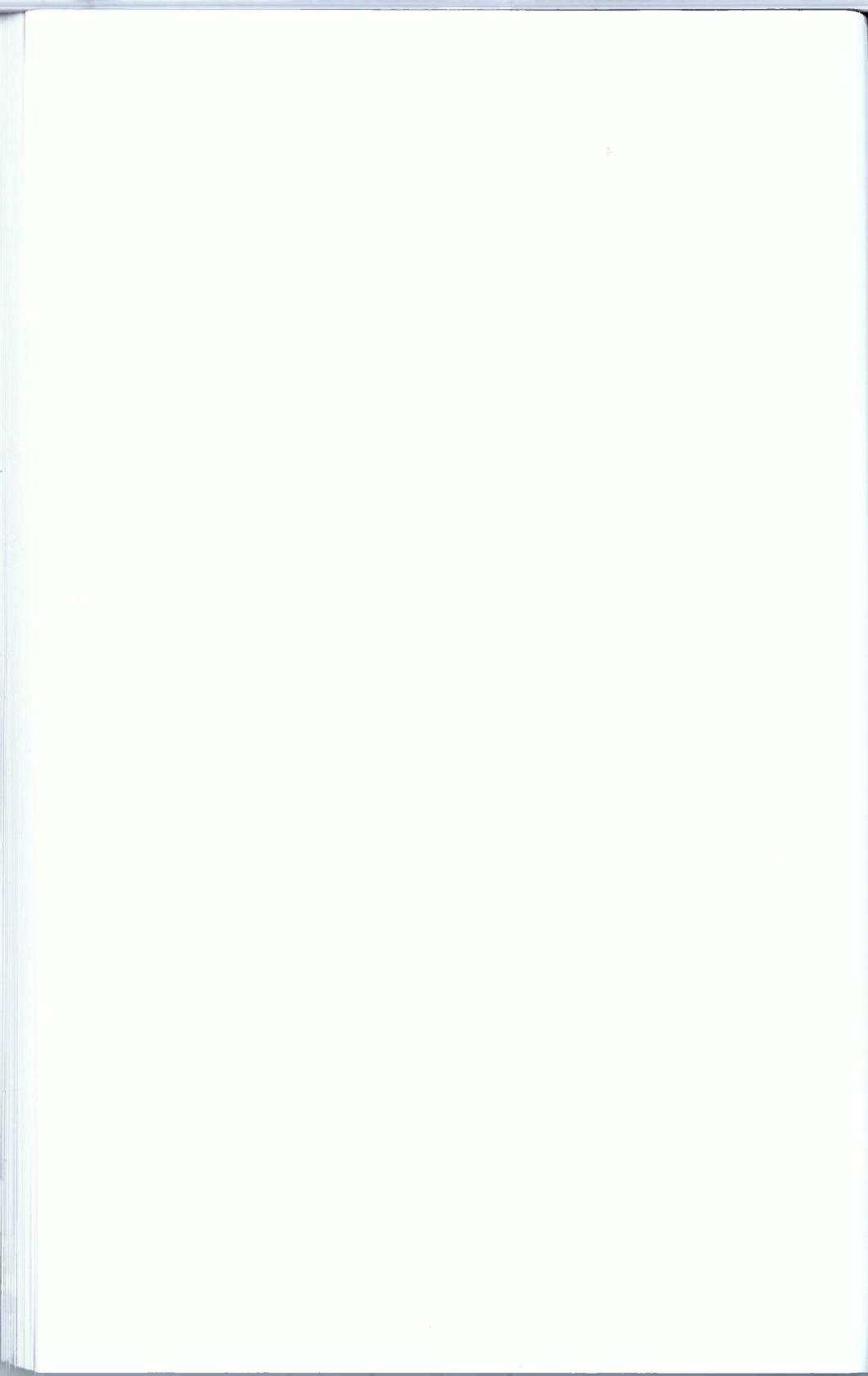
La misma tinta que inventó la negra Enmienda Platt, fue la que escribió el Tratado de Wisconsin y la que luego selló el Tratado de 1903, conocido como Panamá Cede.

Pero los representantes de la “historia oficial” al servicio de los intereses norteamericanos y oligárquicos han desinformado a la población desprestigiando su heroísmo y señalándole como un simple bandolero, lo que incluso apareció en no pocos textos escolares, hasta cuando bajo el gobierno de Omar Torrijos se le reconoció oficialmente como Mártir de la Lucha Emancipadora de Panamá el 13 de mayo de 1971.

Victoriano Lorenzo, uno de los más altos guerrilleros de América Latina, fue víctima del Canal norteamericano. Hoy, escritores, pintores, y poetas escriben sobre su figura, y se dice de él:

“Victoriano, guerrillero,
cholo de la serranía,
líder de la patria mía
primero, entre los primeros”.

II PARTE
VICTORIANO LORENZO, LA
MIRADA LITERARIA Y PICTÓRICA



2.1 DÉCIMAS A VICTORIANO LORENZO



VICTORIANO LORENZO

Santiago de Veraguas. 1959. Del libro de décimas Socabón

**VICTORIANO, GUERRILLERO,
CHOLO DE LA SERRANÍA,
LÍDER DE LA PATRIA MÍA,
PRIMERO ENTRE LOS PRIMEROS.**

1

¡Ay aquel quince de mayo
de ingrata recordación!
Partieron tu corazón
antes que cantara el gallo.
Se dobló tu rojo tallo
bajo el plomo traicionero
del conservador artero
y del liberal impío.
Lloró la sierra y el río,
VICTORIANO, GUERRILLERO.

2

Con el sombrero de frente
y la daga en la cintura,
de la tierra y sus honduras
fuiste sacando la gente.
Llegaron sencillamente
sin conocer cobardía.
Muriendo de noche y día
y marchando al mismo son.
Te fusiló la traición
CHOLO DE LA SERRANÍA.

3

Fue la tierra tu bandera;
Tu grito, la libertad;
tu esperanza, la igualdad
para la cholada entera.
Fuiste rayo, luz y fiera
contra la azul tiranía.
La Guerra de los Mil Días
conoció tu amor inmenso.
Te fusilaron Lorenzo,
LÍDER DE LA PATRIA MÍA.

4

La podrida burguesía
en la traición se solaza,
por eso en aquella plaza
te mataron ese día.
El yanqui felón reía
en su flamante crucero.
Pero tu blanco sombrero
ensangrentado se alzó
y un estandarte pintó,
PRIMERO ENTRE LOS PRIMEROS.

LA MUJER DE VICTORIANO

1

Lorenza quedó solita
con negros presentimientos,
arriba, en el campamento
llamado de La Negrita.
Victoriano fue a la cita
que la historia le trazaba,
aquella mala jugada
que le llevó al paredón.
Fruto de la vil traición
de una paz hipotecada.

2

Los ranchos allí quedaron
metidos en el silencio
y los hombres de Lorenzo
a sus predios no tomaron.
Los fusiles no sonaron,
los fogones se extinguían.
Triste en la sierra sentía
Lorenza su soledad,
cuando de la realidad
vino la nota sombría.

3

Arriba de La Negrita
supo del fusilamiento,
se encerró en el sufrimiento
allí en un rancho, solita.
Contra la traición maldita
con su llanto protestó.
Y no bebió, ni comió
en medio de su infortunio,
y aquel primero de junio
de pena y hambre murió.

4

De pena y hambre murió
la mujer de Victoriano,
como una flor de macano
que la guerra sacudió.
Después al sitio llegó
la milicia del gobierno,
y volvieron un infierno
de fuego al fortín aquel,
pero hoy el pueblo fiel
recuerda su nombre eterno.

**8 de julio de 1975
Ciudad de Panamá.**

A LA CASA COMUNAL DE VICTORIANO LORENZO

Con motivo de la inauguración el 10 de octubre de 1975.

A la Casa Comunal de Victoriano Lorenzo.

Esta décima comienzo
como cosa principal.
Pues mi canto nacional
rinde al pueblo pleitesía
a la lucha, a la porfía,
que hacen posible la unión,
en esta revolución
por nuestra soberanía.

Esta casa es fruto claro
de la colaboración
del pueblo en su decisión
aunque su esfuerzo sea caro.
Y de aquí la luz del faro
de nuestra firme conciencia
alumbrará la existencia
de las masas proletarias
en la lucha extraordinaria
por la real independencia.

En este unido distrito
crece el Poder Popular,
como la marea en el mar
y el horizonte infinito.
Pueblo de San Miguelito
lleno de la clase obrera
y la lucha tesonera
por la tierra y la vivienda;
aquí no hay quien se venda
ni traicione esta bandera.

Le digo al representante
y a la Junta Comunal,
hay que seguir al final
marchando siempre adelante.
Aunque el gringo sea un gigante,
y grita su refunfuño,
hay que levantar el puño
sin dejarse arrodillar,
y con la mano de Omar
expulsarlos del terruño.

LA ESPADA DE VICTORIANO

12 de julio de 1977

La espada de Victoriano
yo la llevo al festival,
con su fuego terrenal
y su calor sobrehumano.
Recorro montes y llanos.
Levantando esta bandera,
que allá en la azul cordillera
clavara Lorenzo un día,
en la Guerra de Mil Días,
de la patria tempranera.

La espada de Victoriano
la lleva la juventud
con la firme rectitud
de aquel cholo coclesano.
Muy fuerte, mano con mano
el giro del festival
con el ardor nacional
que quien no quiere colonia,
el pueblo lo testimonia:
no más zona del Canal.

Hay que tener siempre lista
la espada de Victoriano
contra el yugo ultramontano
y la guerra imperialista.
La juventud hoy se alista
y marcha hacia el festival,
con la consigna inicial
de que "LA PELEA ES PELEANDO"
hasta tumbar, batallando
el enclave colonial.

Luchar en todos los planos,
unir a toda la gente,
la juventud combatiente
levanta su pura mano...
La espada de Victoriano
tiene su filo inmortal
y peleando hasta el final
sin rendirse al enemigo...
toda América es testigo...
Yo me voy al festival.

2.2. CANTATA A VICTORIANO LORENZO- Guion para *ballet*

Este es un guion preparado por el autor para la presentación de un *ballet* que fue presentado en la Temporada de Verano del INAC en los años de la lucha por la recuperación de la soberanía y la firma de los Tratados del Canal.

21 abril de 1974

En un fondo de tumbas, en el crepúsculo, entre amarillo y lila.

El coro canta: Ay, aquel quince de mayo,
 Ay, aquel quince de mayo
 de ingrata recordación,
 partieron tu corazón,
 partieron tu corazón...

Ay. Victoriano Lorenzo...
Ay, Victoriano Lorenzo...

Cholo de la serranía
héroe de la patria mía,
primero entre los primeros...

Cesa el coro. Silencio absoluto.

Aparece una mujer vestida de hermoso traje, largo, negro, vaporoso con una rosa roja, o varias flores rojas. Entre las tumbas, larga cabellera, lacia y negra.

En busca del sitio amargo donde pudiera estar Victoriano Lorenzo enterrado, si acaso podía estar en algún sitio del cementerio, de este o aquel, en Aguadulce, Santa Fe, o La Negrita, la mujer trata de leer los signos puestos en las lápidas.

El coro: musita la frase musical. ¡Ay, aquel 15 de mayo!

La mujer dice: ¿Dónde estará? ¿Dónde?... El tiempo borra las cosas, solo quedan las piedras. ¿Dónde está la tumba de Victoriano Lorenzo? Si es que hay una tumba para este hombre; si fue que lo enterraron en algún lugar, porque entonces, todos huyeron o se quedaron quietos con un silencio de tumba, con un silencio baboso, justamente el momento del ajusticiamiento, ni Herrera, ni Morales, y nadie alzó la voz para decir: esta boca es mía... o esto es el crimen más grande de nuestra historia ... Los fusiles eran yanquis y el miedo creciendo con los tambores. ¿Dónde estará, para colocar estas rosas? Son rosas rojas para alumbrar sus restos para la eternidad, porque era eterno su grito degollado, la patria, la tierra, el pueblo, son eternos.

Aquella tarde lo llevaron tirado en una carreta.

Por la calleja estrecha y oscura, lo llevaron sobre una carreta.

Se teñían los ladrillos rojos de su sangre roja.

Los soldados empujaban a las gentes para que sus ojos no vieran para que nadie supiera a dónde llevaban a Victoriano fusilado, para que no siguiera su guerrilla entre las sombras, aun muerto, para que los gringos durmieran tranquilos e hicieran a su gusto aquel canal.

Estaban los godos contentos, los liberales también.

Solo el pueblo lloraba para adentro, y salió por las calles y sus débiles mechas de velas transparentes, a buscar el sitio de la tierra donde echaron sus huesos verticales.

Esa noche lloró el mar en Las Bóvedas, cuando los campesinos supieron la noticia, lloraron; entonces empezó de verdad a nacer la patria entre traiciones.

**Coro: Se dobló tu rojo tallo
bajo el plomo traicionero,
del conservador artero
y del liberal impío.**

La mujer: Vengo a poner estas flores, en nombre de Lorenza, la mujer de Victoriano; porque el amor es también eterno y no conoce la muerte.

Y yo misma soy Lorenza que me morí de amor, y por eso hoy busco el lugar, si es que existe ese lugar, donde reposan los restos del general Victoriano Lorenzo, primer patriota de la república mediatizada. Y primer mártir asesinado por orden de los yanquis desde los del acorazado Wisconsin.

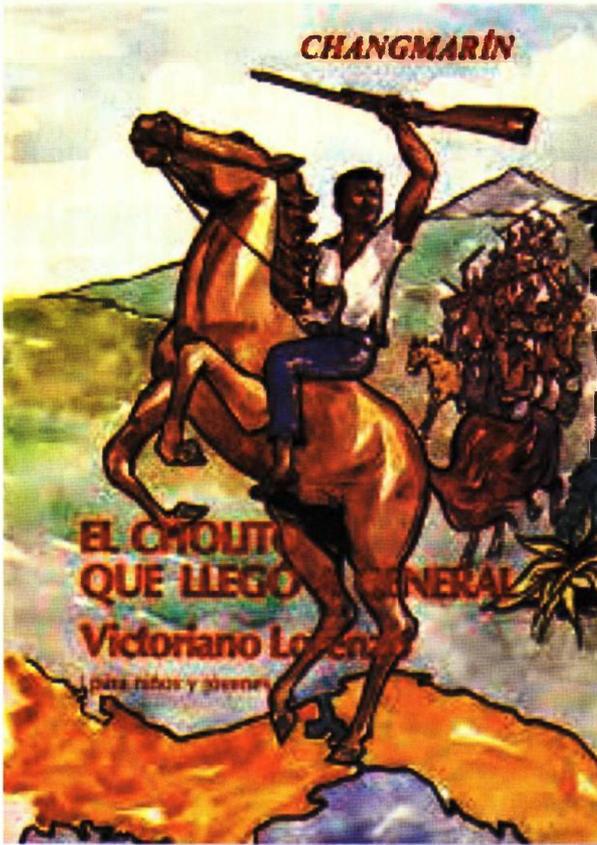
La Mujer

**Coro: Ay, azul 15 de mayo
fue tu grito tu bandera
tu grito la libertad
la libertad
la libertad.**

Fin.

2.3 NOVELA

2.3.1 EL CHOLITO QUE LLEGÓ A GENERAL: VICTORIANO LORENZO - PARA NIÑOS Y JÓVENES



Novela corta para niños y jóvenes

Hemos leído con interés el proyecto de edición del libro *EL CHOLITO QUE LLEGÓ A GENERAL*, cuyo autor es el conocido escritor panameño Carlos Francisco Changmarín, quien en lenguaje sencillo y ameno presenta a grandes rasgos los hechos sobresalientes en la vida de Victoriano Lorenzo, sus luchas y vicisitudes.

La narración es sumamente interesante, al alcance de los niños de V y VI grado del nivel primario; las ilustraciones que se insertan permiten formarse un concepto más claro de lo narrado.

Profesora Aida Name-

Directora de Currículo

Ministerio de Educación de Panamá.

Ilustraciones: Iván Delgado y Nilda Oliva Lloret

1986

2016, segunda edición.

**Decreto de Gabinete N.º 130
del 13 de mayo de 1971.
Junta Provisional de Gobierno de Panamá.**

RESUELVE:

Artículo 1º: Declarar a Victoriano Lorenzo, mártir de la causa emancipadora del pueblo panameño, y por consiguiente reconocerlo como héroe de la revolución panameña.

Artículo 2º: Conservarle su título militar, ganado en cien combates: Victoriano Lorenzo, general de la Séptima División del Ejército Restaurador.

Nació en la sierra el cholito
que después fue general
hijo de gente rural
vino al mundo pobrecito.

I

Según cuentan, en el año de 1864 del siglo pasado, nació el niño Victoriano Lorenzo, en un lugar llamado El Cacao, situado en la cordillera de la provincia de Coclé. Para aquellos días, Panamá formaba parte de Colombia.

Los padres de Victoriano eran casi indios, mejor dicho, cholos; ese grupo humano que proviene directamente de los guaymíes, pero que ya no habla la lengua gnobere.

Su familia gente pobre, vivía de la agricultura y de la artesanía.

El niño Victoriano, como todos los niños del campo, jugaba con sus compañeros, ya en las quebradas de aguas cristalinas y frías, o detrás de los pájaros y las frutas de los árboles. Era un chico fuerte, con la mirada brillante de niño inteligente.

Sin embargo, en esos viejos tiempos no había escuelas en los caseríos y menos en las montañas y la sierra.

Adolescente volvió
a su querida montaña;
a levantar la cabaña
donde su padre murió.

II

El padre de Victoriano, interesado en la instrucción del niño serrano, a falta de escuela, lo envió a casa de su amigo el cura Jiménez, quien vivía en Capira. En la pequeña iglesia sirvió de mandadero y monaguillo y así tuvo la oportunidad de estudiar. Victoriano aprendió con facilidad, no solo las letras, sino algunos oficios. Al hallarlo tan aplicado, el cura Jiménez quiso mandar a Victoriano a seguir los estudios para el sacerdocio en Perú, pero el muchacho se negó a ello, porque ansiaba volver a su montaña. Ya había muerto su padre, quien dejaba muchos amigos y seguidores en la sierra, y Victoriano iba a reemplazarlo en su liderazgo.

El cura Jiménez dijo a Victoriano que era “enérgico, bien hablado, atento, respetuoso,... y muy moral”.

Decidido y firme en sus cosas, Victoriano regresó a El Cacao, en la cordillera, a convivir con su gente”.

Nueve años entre muros
fueron castigo y lección;
allí forjó el corazón
revolucionario y puro.

III

Muy pronto se hizo hombre, y como sabía leer y escribir, las autoridades de Penonomé lo nombraron regidor en El Cacao y otros caseríos.

Pero ocurrió que también decía mandar en aquellos lugares, con el mismo cargo, un tal Pedro de Hoyos o Pedro Espejos,

elemento pendenciero, del cual se tenía noticias de haber dado muerte a una persona en Colombia. Pedro de Hoyos le prohibió a Victoriano que moliera caña en su propio trapiche, el cual tenía en las tierras donde el vecino Hoyos manifestaba ser la única autoridad.

Un día, Pedro de Hoyos vino con un grupo de hombres a sacar por la fuerza a Victoriano de su finca, y se entabló una gran pelea, de la cual Pedro de Hoyos resultó muerto.

El mismo Victoriano se entregó a las autoridades, y aunque fue defendido por Carlos A. Mendoza, fue condenado a pagar nueve años de cárcel en una prisión de la ciudad de Panamá. En dicha cárcel Victoriano conoció a gente importante, estudió algunas leyes, conoció el manejo de las armas y se hizo sastre y barbero. Pasaron los nueve largos años y Victoriano Lorenzo salió de la cárcel; también la prisión le sirvió de escuela. Al llegar al caserío se dio cuenta de que sus paisanos la pasaban muy mal; eran discriminados por ser cholos; carecían de buenas tierras; porque los poderosos las habían “encerrado”.

Por aquellos tiempos las autoridades y la iglesia cobraban a los campesinos varios impuestos. Los diezmos, o sea, lo correspondiente a la décima parte de sus haberes, y las primicias, lo primero y mejor de cada cosecha, o del ganado.

Los diezmeros encargados de hacer estos cobros prácticamente arrasaban con gallinas, cerdos, arroz, maíz, y hasta vacas de los empobrecidos campesinos e indios. Cuando los agricultores iban a los poblados a reclamar, eran insultados, menospreciados, perseguidos y aun encarcelados. A las dificultades de la época se sumaba la dificultad de adquirir la sal, para conservar la carne y preparar las comidas debían someterse a verdaderos atracos de los comerciantes. Todo esto se acumuló en la conciencia de Lorenzo.

La guerra tenía el olor
de la carne chamuscada;
de la tierra devastada,
partida por el terror.

IV

El Libertador Simón Bolívar independizó estas tierras americanas de España, pero en nuestros países quedaron muchos problemas sociales sin resolver. Los criollos de mejor posición económica, se apoderaron paulatinamente de los gobiernos y a la larga formaron una ambiciosa y fuerte oligarquía, montada sobre el pueblo empobrecido el cual se oponía a la solución del atraso imperante expresado en la falta de tierra, de escuelas, de caminos, de industrias y, sobre todo del trato inhumano contra peones y trabajadores que sobrevivían como verdaderos siervos.

La Gran Colombia, formada bajo el sueño bolivariano, se había despedazado cuando Venezuela y Ecuador se separaron. Y a fines del siglo diecinueve, Colombia pasaba por una gran crisis económica y política.

La guerra denominada de los Mil Días se inició en el interior de Colombia el 17 de octubre de 1899. El motivo inmediato consistió en la burla de las elecciones, en las cuales los liberales no tenían derecho a participar; los liberales (había dos tendencias: pacifistas y guerreristas) del grupo guerrerista consideraron que esta era la única forma de llegar al poder. Más tarde la guerra se expandió a varios departamentos, entre ellos, Panamá.

La guerra fue brutal; las tropas saqueaban las haciendas y los comercios en procura de tropas, alimentos, sal, “querosín” y armas. Los patronos obligaban a los peones a marchar. Los pobres

sufrían la peor parte porque de todos modos debían trabajar y entregar a los señores los diezmos y primicias. Los istmeños ya no querían seguir bajo la dominación de los políticos colombianos, ansiaban la independencia, y muchos intelectuales, pequeños empresarios, campesinos y trabajadores se alistaron con el Ejército Revolucionario Liberal, bajo la jefatura de Belisario Porras, de Benjamín Herrera, Carlos Mendoza y otros famosos caudillos, algunos de los cuales eran hombres progresistas, porque los panameños aspiraban también, además de luchar por el progreso, alcanzar la autonomía o la total separación de Colombia.

Bajó de la serranía
empuñando una bandera;
frente dura, mano fiera
y la mirada bravía.

V

Belisario Porras fue un liberal revolucionario y hombre muy instruido, quien desempeñó un gran papel en la Guerra de los Mil Días. Conoció al padre de Victoriano Lorenzo y como necesitaba hombres conocedores de la sierra para cargar armas se acordó de Victoriano.

Porras mandó a buscar a Victoriano Lorenzo para que llevara armas hacia Chorrera, cuando el Ejército Liberal se proponía atacar a las fuerzas del Gobierno conservador en la ciudad de Panamá.

Cuentan que Victoriano Lorenzo llegó al sitio en donde lo esperaba Belisario Porras y los oficiales liberales se rieron al ver a los cholitos patirrajados y mal vestidos entre los cuales se destacaba Victoriano. Desde ese momento, los propios oficiales liberales desconfiaron de Victoriano, porque el joven de El Cacao

era un cholo, un pobre, un montañero. Pero Porras era político astuto y distinguió la utilidad que como cargador de armas podía tener Victoriano, lo elogió públicamente y Victoriano, sin decir muchas palabras, aceptó llevar las armas para la batalla.

Hasta ese momento, el futuro guerrillero no entendía el fondo de aquella guerra entre liberales y conservadores, y ni siquiera Porras podía sospechar adonde llegaría aquel muchacho de la cordillera.

Se debe tener consigo
a la hora de planear
cuál es la forma de actuar
del campo del enemigo.

VI

Hubo una batalla en Bejuco y allí la gente de Victoriano participó con mucha valentía. Los oficiales que andaban con Porras quedaron admirados de la puntería y el valor de los “cholos” de Victoriano.

Los conservadores derrotados huyeron. Esto le dio mucho ánimo a los oficiales liberales; fuerza que aumentó con el triunfo en Corozal, ya antes de llegar a la capital.

Pero los jefes liberales, tal vez llevados por el entusiasmo, principalmente Emiliano Herrera, planearon erradamente el ataque a la ciudad. Mientras los efectivos conservadores estaban bien atrincherados, las tropas revolucionarias eran sorprendidas. Los liberales atacaban al descubierto, con valentía, en una marcha suicida y cayeron heroicamente por centenares. La batalla duró del 21 al 26 de julio de 1900; los liberales tuvieron que rendirse.

Esta fue la famosa Batalla del Puente de Calidonia y la gran derrota liberal de aquella guerra.

Victoriano no participó en esa batalla, él venía en la retaguardia, y al ver lo sucedido regresó con las armas a su lugar, en la sierra, y allí las escondió.

Victoriano guerrillero
cholo de la serranía;
líder de la patria mía,
primero entre los primeros.

VII

La Batalla del Puente de Calidonia cerró la primera etapa de la revolución.

Después el Ejército Conservador subió a la sierra a buscar las armas que Victoriano se había llevado. El Gobierno se enteró de este hecho por el “soplo” de un enemigo de Victoriano, y debido a ese traidor, los conservadores llegaron justamente a El Cacao, bajo el mando de un militar de pésimos antecedentes, el malo de Pedro de Sotomayor.

En El Cacao, la soldadesca conservadora golpeó en forma brutal a hombres y mujeres, colgó con sogas a los jóvenes y apaleó a los niños. Ellos preguntaban amenazadoramente por Victoriano, quien se hallaba adentro en la montaña, y por las armas. Y cuando las hallaron, antes de irse, prendieron fuego a los dieciocho ranchos de la comunidad.

Cuentan que paisanos armados con viejas escopetas, hombres y mujeres, se fueron por otro camino y aguaitaron a los incendiarios y cuando cruzaban el río, los bandidos recibieron ataque y siete de ellos cayeron en las aguas. Las mujeres trajeron al campo siete fusiles.

Al ver sus ranchos vueltos en tizones, la gente mandó a buscar a Victoriano Lorenzo.

Con el sombrero de frente
y la daga en la cintura
de la tierra y sus honduras
fuiste sacando la gente.

VIII

Cuando Victoriano llegó al caserío solo quedaban troncos quemados, tizones que ardían y cenizas de lo que fue su pintoresca aldea. Mujeres y niños lloraban.

Rústicas manos le entregaron a Lorenzo los siete fusiles que arrebataron a los conservadores.

—Tú eres nuestro capitán -gritó un viejo- ¡Vamos a la revolución!
—¡Tenemos que defender la tierra!
—¡Han quemado nuestros ranchos!
—¡Vamos a la guerra... A defender a los pobres!

Victoriano oía y miraba con los ojos de tigre, su ceño arrugado, los labios apretados. Al ver su campo incendiado por los conservadores comprendió que no podía continuar la infame opresión que los “godos” ejercían contra los cholos y los campesinos. Levantó la voz y dijo:

—¡A la revolución, compañeros... que la pelea es peleando!

Victoriano Lorenzo fue un hombre sencillo que deseaba para él y su gente la felicidad, la tierra, el amor, pero antes los atropellos de los ricos y los conservadores, se “echó” a la revolución y se convirtió en uno de los primeros guerrilleros de América Latina,

contemporáneo de Martí y Maceo en Cuba, y precursor de los mexicanos Pancho Villa y Emiliano Zapata y del nicaragüense Augusto César Sandino.

Aquella vez las mujeres hicieron una bandera roja y el jefe de los guerrilleros, con sus hombres bajaron a la llanura.

Fue la tierra tu bandera
tu grito, la libertad
tu esperanza, la igualdad
para la cholada entera.

IX

El ejército conservador le tenía bastante temor a los guerrilleros de Victoriano, porque eran muy valientes y astutos. Los guerrilleros sabían esconderse en las montañas en las curvas de los caminos, en las escarpadas lomas. Atacaban con mucha fuerza, sorprendiendo al enemigo y se retiraban rápidamente. Victoriano fundó su cuartel general en “La Negrita”, en los cerros que rodeaban a Penonomé.

Cuentan que un día llegó una señora con una gallina asada para Victoriano, pero Lorenzo sospechó de ese regalo y mandó echar una presa de la gallina a un perro. Al comerla el animal murió envenenado. Aquella vez el general dijo a sus combatientes: “En una revolución hay que ser vigilantes y maliciosos...”

Victoriano recorrió el istmo de Panamá, incluso tenía hombres experimentados para enviar mensajes hasta Costa Rica. En la guerra alcanzó el título de general de la Séptima División del Cauca y Panamá. Participó en diversas batallas. En el famoso Sitio de Aguadulce comandó la toma del cerro Vigía. En esa batalla había como seis mil soldados conservadores sitiados y cinco mil soldados liberales atacándolos. Se dice que los sitiados padecían tanta hambre que comían carne de caballo y cuero crudo.

Victoriano venció a los conservadores en la batalla de Vueltas Largas, en Santa Fe.

La fama de Victoriano creció por todas partes; los campesinos e indios veían en él al gran jefe de los pobres, al guerrillero invencible y mágico.

Metía el gringo su puñal
en aquella larga guerra
para robarse la tierra
y construir su Canal.

X

La Guerra de los Mil Días terminó el 21 de noviembre de 1902, sin que los istmeños pudieran alcanzar la soñada independencia. Anheló viejo, pues la historia confirma que Panamá había intentado su independencia en 1830, en 1840-41, cuando fue República Independiente, y en 1855, con Justo Arosemena cuando fue Estado Federal. Sin embargo, nuevos factores iban a influir en la suerte de los panameños. En 1855 se inauguró el primer ferrocarril interoceánico, propiedad de los Estados Unidos. Por él cruzaban aventureros y comerciantes norteamericanos ansiosos del oro y las riquezas. En 1880 los franceses empezaron a construir el Canal, obra en la cual fracasaron. Los Estados Unidos, que ya era una potencia imperialista en expansión, necesitaban apoderarse de ese proyecto y de esas tierras para terminar el Canal y así dominar los mares. La Revolución de los Mil Días obstaculizaba estos intereses norteamericanos.

Aunque en el resto de Colombia los revolucionarios habían sido duramente castigados por los conservadores, en Panamá el

Ejército Liberal iniciaba una nueva etapa de la guerra. Pero existía un hecho muy negativo: las diferencias que desde un principio se daban entre los altos jefes liberales. El general Benjamín Herrera, en su disputa con el doctor Belisario Porras en cuanto a quién era el jefe máximo de la revolución, terminó en una verdadera pelea. Benjamín Herrera apresó a Porras y lo expulsó del país.

No reconoció el Tratado
del Wisconsin, pues olía
que una traición se traía
para su pueblo explotado.

XI

En la Guerra de los Mil Días, los norteamericanos intervinieron con sus tropas varias veces. Ahora, cuando los revolucionarios iniciaban un nuevo avance hacia la capital, a petición del Gobierno Conservador de Colombia, los norteamericanos, que tenían barcos en la Bahía de Panamá y tropas en la ciudad de Colón, dizque para defender el ferrocarril y a los ciudadanos gringos, volvieron a intervenir, esta vez contra los liberales.

El jefe supremo de la guerra en Colombia, el general Uribe, le escribió a Benjamín Herrera, en el sentido de que lo mejor que podía hacer era llegar a un arreglo para terminar la guerra y Herrera aceptó firmar con los conservadores el tratado de paz. Concluida la guerra, Colombia, según la letra de ese tratado, se obligaba a someter al Congreso Nacional “las negociaciones relativas al Canal de Panamá”, por cuyo interés los gringos habían obligado a las dos fuerzas a poner término a la guerra.

Dicho Tratado establecía la amnistía para los participantes en la guerra. Y como el documento se firmó en el barco norteamericano

llamado Wisconsin, con ese nombre se le conoce hoy día: Tratado de Paz del Wisconsin.

¿Pero, qué le sucedió a Victoriano Lorenzo, el general de los Cholos?

Mayo quince, triste fecha,
en la tarde, en su negrura
cortaron su mano dura,
quebraron su roja flecha.

XII

Cuando llegó la noticia del fin de la guerra, Victoriano estaba con sus guerrilleros en el poblado de San Carlos, y su tropa se negó a devolver las armas. Los cholos temían ser traicionados. Habían ido a la guerra por la tierra y por la libertad y no la iban a tener. La noticia de que Victoriano se negaba a entregar las armas llegó hasta el general Benjamín Herrera, quien hacía arreglo en Aguadulce, con los conservadores. Benjamín Herrera ordenó el arresto de Victoriano y después lo entregó a los representantes del gobierno conservador.

Los guerrilleros vieron subir a su jefe al barco Bogotá y sentían odio y tristeza, ya que los propios jefes liberales entregaban a uno de los más destacados revolucionarios.

Varios meses pasó Lorenzo en prisión, mientras estuvo en el barco lo custodiaba un centinela gringo. Un día llegó la orden del Gobierno de Bogotá, mediante la cual se le hizo un juicio sumario a Victoriano por un tribunal militar que lo acusó de bandolero, ladrón, asesino y de otros crímenes, que sus enemigos dijeron que había cometido. Según el Tratado de Wisconsin, este juicio militar era ilegal, pero lo hicieron. En realidad, antes del juicio, ya la sentencia estaba acordada por sus enemigos, bajo la

influencia norteamericana. En la tarde del 15 de mayo de 1903, un día después de la farsa del juicio, un pelotón de fusileros cumplió la monstruosa orden.

Cuando le comunicaron la sentencia, Victoriano sintió la profunda traición de que era víctima. Pero el gran cholo no tembló; no vaciló en la hora culminante, ni se arrodilló ante sus verdugos en solicitud de perdón para su vida.

Oscuros tambores sonaron secamente en la plaza que hoy lleva el nombre de Plaza de Francia o Las Bóvedas. Caminó, se situó frente al pelotón, con el pecho abierto y los puños cerrados. Sus miradas parecían llamaradas de ira ante sus verdugos y para que centenares de personas asustadas le escucharan, gritó:

—“Señores, oíd una palabra, Ya sabéis de quién es la palabra. Victoriano muere... Yo muero como murió Jesucristo”.

Los fusiles estallaron y el mártir se dobló sin un gemido.

Minutos después, los soldados depositaron el cuerpo asesinado de Victoriano en una carrera que lentamente se perdió en el crepúsculo. Las masas adoloridas no pudieron seguir el entierro porque la soldadesca se lo impedía. De noche, el pueblo, clandestinamente, encendía velas en honor del héroe de la sierra, el 'general de los Cholos'.

Victoriano combatiente,
Tu muerte el yanqui exigió.
Al pelotón te mandó
Por unas cuantas monedas,
pero tu recuerdo queda...
El pueblo no te olvidó.

XIII

Cuando Lorenza, su mujer, supo que Victoriano había sido fusilado se encerró en uno de los ranchos del campamento de "La Negrita", no comió, ni bebió absolutamente nada y así murió, en protesta por la enorme traición cometida contra el 'general de los Pobres'.

Había caído el defensor de los indios y de los campesinos. Fue fusilado de común acuerdo entre los políticos de aquellos tiempos, conservadores y liberales, conjuntamente con los representantes en Panamá del imperialismo norteamericano. Los gringos pensaban que si Victoriano seguía vivo, los cholos guerrilleros podrían levantarse en la búsqueda de la justicia y esto impediría a Estados Unidos terminar la obra del Canal.

El fusilamiento de Victoriano fue uno de los motivos que impulsó la separación de Panamá de Colombia, cuatro meses después, el 3 de noviembre de 1903. Por eso Victoriano es un prócer verdadero de nuestra independencia mediatizada. Fusilado para que los yanquis pudieran construir tranquilos el Canal, fue por tanto, uno de los primeros mártires de esa vía interoceánica que convirtió a Panamá en un protectorado hasta 1936.

2.3.2 EL GUERRILLERO TRANSPARENTE VICTORIANO LORENZO.



Prócer Cholo de la República

CHANGMARÍN

Dedicamos esta obra:

a las juventudes de la patria y el mundo;
en memoria de los combatientes de nuestras etnias originales y africanas, en las heroicas batallas contra el coloniaje;
a Manuel Luna, Pedro Prestán y a los trabajadores del ferrocarril y del Canal;
a los guerrilleros y patriotas militares de la Guerra de los Mil Días;
a los héroes de la lucha inquilinaria (1925) y de Guna Yala;
a las Milicias Populares de Veraguas, que se tomaron el pueblo de Santiago en 1952;
a los mártires del Tute;
al mártir indígena Elías Clara;
a los estudiantes, héroes y mártires del 9 de Enero de 1964;
a los obreros y obreras de la talla de Rodolfo Aguilar Delgado;
a los mártires y héroes del 20 de Diciembre;
a las masas obreras del campesinado e indígenas rebeldes;
a los intelectuales;
a las mujeres y hombres patriotas de todas las corrientes.

El autor

PRÓLOGO

La novela *El Guerrillero Transparente*, primer premio del Concurso Nacional de Panamá, Ricardo Miró, año 1981, cuenta con seis ediciones en español y una en ruso, con el título *Kristalni general*, *El general del Cristal*.

La trágica Guerra de los Mil Días fue una de las causas más cercanas al complejo hecho de la separación de Colombia, en la cual jugó papel desencadenante el recién nacido, pero decisivo imperio norteamericano, que además fue factor determinante del fusilamiento de Victoriano.

Como lo afirman importantes historiadores de la nueva generación republicana, la Guerra de los Mil Días promovió en los istmeños el sentido separatista. Diógenes de la Rosa, en sus artículos polémicos, frente a Ernesto Castillero R. (junio-diciembre, 1938), refiriéndose a la Guerra de los Mil Días dice: “El exacerbado centralismo reavivó los sentimientos nacionalistas de los panameños y preparó las condiciones para un alzamiento”.

En esa guerra, Victoriano Lorenzo jugó un papel muy importante en la derrota de los conservadores en el Departamento de Panamá. Y por eso el famoso y rebelde escritor colombiano, Vargas Vila, al enterarse del fusilamiento del Cholo guerrillero, dijo: “Yo anuncié la separación de Panamá, cuando la inútil crueldad de José Manuel Marroquín, asesinando a Victoriano Lorenzo, estranguló en lo alto de la horca, la paciencia de aquel pueblo”.

Hoy se sabe que los Estados Unidos impuso la paz en la Guerra de los Mil Días, entre conservadores y liberales, mediante el convenio firmado en el acorazado *Wisconsin*, con el objetivo de que Colombia aprobara el Tratado Herran-Hay para construir

el Canal. A la vez, presionó para que los leales y obsecuentes servidores colombianos no permitieran guerrilleros a la orilla del Canal en construcción Y por eso, el general Esteban Huertas, el más alto jefe militar de Colombia en Panamá, una semana antes del burdo juicio que le montaron a Victoriano, el 14 de mayo de 1903, publicó lo siguiente: “Nada resulta más peligroso para la reiniciación de los trabajos del Canal de Panamá, que la presencia de nuevos grupos guerrilleros en las montañas de Penonomé”.

Y ese mismo oportunista personaje fue quien manipuló, como Presidente del Jurado Militar, aquel sucio y vergonzoso juicio. Y a los seis meses y unos días después de ese crimen, se produjo el acto separatista del 3 de noviembre. Por eso el Guerrillero Transparente, Victoriano Lorenzo cobra la dimensión del Prócer Cholo de la República.

Se hace necesario proyectar en el plano internacional la figura de Victoriano Lorenzo, porque jugó un papel relevante en la Guerra de los Mil Días, al igual que otros guerrilleros colombianos como Tulio Vain y el Negro Marín; y porque en el plano latinoamericano, está históricamente a la par de Zapata, Villa y Sandino, igualmente asesinados.

La novela El Guerrillero Transparente es un grano de arena en la reconstrucción de la identidad nacional panameña, afectada, desde la iniciación de la República, por las falsificaciones de las verdaderas causas de cuanto aconteció y de la amenguada dignidad histórica de un minoritario, pero influyente sector elitista.

El autor.

Del prólogo de la sexta edición.

EL PRINCIPIO

El cholo Victoriano no era un hombre viejo, sino joven, tampoco alto, al contrario, más bien chico, como son los indios. Tenía la cara dura y afilada, de frente: ojos de tigre, labios gruesos y nariz fina. A veces, según los vendavales y odios de la guerra, sobre la estrecha frente caían, como gajos negros los mechones de pelo liso. Pero en la guerra solía usar un sombrero blanco y alón, con cinta roja: un fusil, a la bandolera, y una espada grandísima para su tamaño. Encaramado así en la curumba de la sierra, era el verdadero tata de toda la gente de la montaña y de los llanos.

Al llegar Victoriano Lorenzo, con sus trescientos guerreros a los caseríos y poblados, los conservadores se metían debajo de la tierra y ni siquiera resollaban. Los que andaban con él y quienes lo vieron sabían que al cholo no le entraban las balas. Cierta vez Victoriano, el general de la Séptima División del Cauca y Panamá, quedó acorralado por los godos. Entonces, con una trompeta de caracol llamó a las fuerzas del viento: prendió la paja seca del rastrojo y las voraces llamas convirtieron a sus enemigos en cenizas.

Cuentan que en la Laguna de San Carlos, Victoriano y sus compañeros pescaron un enorme pez: del pescado sacaron una bola transparente, la cual alumbraba como cien focos de luz. En su casa, arriba de la cordillera, en lo más alto, el guerrillero tenía además, un muñeco de oro puro hallado en las huacas de nuestros antepasados. El juguete era tan grande como un niño de año. Cuando la bola fulguraba, el hombrecito de oro reflejaba esa claridad, por los cuatro horizontes del mundo. Desde muy lejísimo se divisaba la llamarada y decía la gente: ¡Miren... allá va el general!

Le cuento que al comandante le apetecían las mujeres negras y a esa hora solía romper la disciplina para guerrear lindamente sobre los muslos y los turgentes senos. Pero aquel día serían las tres de la tarde y rechinaba el solazo sobre las tejas del poblado. La vasija del mundo parpadeaba como un horno transparente. Por esta calentura el gordo y viejo cura, en su hamaca, debajo de tupida parra de granadilla se abanicaba y pedía vasos de chicha de maíz para refrescar su alma. Ni las pencas de las palmeras se movían en el piélagos del aire quieto. Las casitas blancas fulguraban como plata china o espejos astillados. Las gentes nerviosas, con atemorizados ojos, entre rendijas se sorbían la vida, por los runrunes que sofocaban la calle y los misteriosos secretos entre el cura y el prefecto.

El jefe civil había comulgado premeditadamente esa madrugada, y después mandó a trasladar el ganado de su propiedad a un potrero más seguro. Corría el año de 1899.

-¡Ay, hija!- exclamó el religioso- ¡Ojalá lloviera!

Pero como le decía, a esa hora todo estaba como lleno de brea y fuego. Debajo de resplandecientes árboles, perros y gallinas acezaban. El cura nervioso solicitaba de nuevo a su moza la chicha fresca.

- ¡Ay, señor cura!

- ¡Ay, hija mía!

El ordenanza pasó como un rayo, cortando la mitad de la calle principal. Las viejas sacaron sus caras y el poblado se cundió de inmensas y miedosas pupilas interrogadoras.

-¡Tun...tun!...- golpes en la puerta.

El capitán jefe de la plaza saltó del catre, buscó el pantalón y como pudo se vistió. Tomó el arma.

- ¡Negra!— le dijo a la querida con quien gozaba y ella desnuda y asustada no sabía qué hacer- ¡Espérame negra, que ya vuelvo!
Al abrir la ventana vio al soldado mensajero.

-¿Qué carajo es lo que pasa? – gruñó.
-¡Mi jefe, la revolución!... ¡Los alzados, mi capitán!

Pero fue tarde para el comandante del ejército conservador colombiano, acantonado en ese lugar. La sorpresa de los insubordinados inmovilizó al cuartel; se propagó el pánico y tuvieron que entregar la posición a los rebeldes. No llovería, fatalmente. El cura y el prefecto despavoridos se escaparon por la iglesia a través de un túnel secreto.

-¡Santo Dios! ...¡la revolución..! -Se oían voces.
-¡Jesús, el saqueo de las tiendas! ¡las violaciones
- Y tú, Vitalio- clamaba una mujercita- ¿También te vas con la revolución? ¿Tú, policía del gobierno? ¿Y tus hijos?

El hombre contrariado, sin embargo, respondía a la pobre mujer: “que sí... que se iba con los revolucionarios, porque estaba harto de aguantar las órdenes de los señores ricos y de la jefatura que lo tenía allí para darle palo a la gente por orden del capitán, del prefecto, del teniente, del cura, del diezmero, de la mujer del capitán y hasta de su querida y de cualquier mierda conservador que viniera de Colombia a joder en Panamá...”

-¡Déjate de tonterías, mi linda!

Cuando Vitalio se presentó ante el mando revolucionario, expuso sus deseos y habló de sus capacidades militares, le dieron el oficio de corneta y pronto empezó a sonar el instrumento con ímpetu, anunciando bandos y tocando cualquier cosa con tal de resolver el mundo de la revolución. El mismo abrió los aterrorizados comercios; repartió ropas y comidas entre los suyos; “hijueputió” a los godos, a los amos de la tierra y gritó por la revolución hasta

ponerse como un gallo ronco.

Pero esa alegría duró muy poco, porque las tropas del gobierno pronto llegaron al puerto vecino y los revolucionarios acordaron desalojar el lugar y trasladarse a escondrijos más defendibles. Y así, con el mismo desgreño y rapidez con que entraron al lugar, lo abandonaron. Sonaban ya los primeros disparos de los conservadores, cuando la montonera sublevada se dispersó y Vitalio que había dejado la corneta en casa, se demoró al buscarla, porque la desesperada mujer le decía:

-Pero ¿qué dirá el señor prefecto? Oye, ¿y tus hijos, Vitalio de mi vida?-

-No seas llorona Marita; si después vengo, pase lo que pase.

Y arrancó, poblado afuera, caminando con su corneta y una carabina terciada y al momento, se dio cuenta el pobre, que no encontraba el pelotón de rebeldes, el que había partido, velozmente a caballo. Vitalio iba entre chaparrales y el ruido silbante de tiros locos, perdidos en el aire, rodeado de godos a quienes oía acercarse. Sintió un poco de miedo, así tan solito... Se le pararon los pelos. Pero se dijo: ¡Carajo, pase lo que pase!". Y tomó aliento, se acordó de Marita, del prefecto, del capitán, de la miseria de vivir aporreado y empezó, en su soledad, a dar toques de avance a su tropa invisible, transparente, huida; requintando la trompeta dentro del cerco del enemigo, sin hallar el rumbo acertado. Las clarinadas de la trompeta llenaban los tímpanos de llamaradas y banderas rojas. Iba entre matojos saltando zanjas, subiendo lomas y, al asomar por una colina, el enemigo, lo avisto; sonó algún máuser a pleno sol abierto y cayó Vitalio, tumbado boca arriba, muerto, con un ojo reventado y la corneta en su mano derecha, con el ánimo de llevarla nuevamente a sus labios en el porfiado y solitario toque de avance...

Me dijo mi ayudante, un prieto fantasioso, por aquellas antigüedades, después de las derrotas, que los godos no pudieron subir hasta la colina donde estaba envuelta en su bandera de

sangre, la primera baja de los guerrilleros, porque las lomas se volvieron de puro jabón de barra. Entonces apareció, vestida con una enagua negra, y grandes rosas rojas en el pecho, la chola Marita y gritó como un trueno de caracol: “¡Vitaliooooo!”.

Se puso el mundo rojo. Y aparecieron pájaros grandes, como “cacicongos” y levantaron al difunto, sobre un cuero de vaca, loma arriba, cielo arriba. Muy alto se escuchaba el toque de la corneta. Aún, el espantado cura y el prefecto, horrorizados huían por el largo túnel, debajo de la cordillera.

Una noche oscurísima y cuadrada como una lápida cayó sobre los cuatro horizontes, ese mismo día, y así, pues, empezó esta larga vaina de la guerra.

II

“Ay, decía Pedro de Hoyos, que él era”. Pero no fue como dijeron los enemigos: al contrario, Pedro de Hoyos amenazó de muerte a Victoriano Lorenzo. Se lo digo yo que estaba presente.

Para aquellos tiempos, un hombre así, como Pedro de Hoyos o Pedro Espejos; hecho el zorro, muy resbaloso y pícaro, caía muy bien a los gobiernos para arrancar, a como diera lugar, a indios, cholos y campesinos, los diezmos y primicias y obligar al pobre a trabajar “fajiniando” en haciendas de los ricos. Señor, eran días muy malos, al punto que Victoriano se quejó varias veces, incluso, ante el presidente de Colombia diciéndole:

“Otro motivo que origina enviar este memorial a las poderosas manos de S.E. Es que los indígenas son casi pobres de solemnidad y muy sencillos de razón y así varias autoridades de provincia como regidores y alcaldes les exigen multas y trabajos muy fuertes”...

Mire, yo “vide” llegar un día a un sargento con su pelotón al campo mío; empujó con la fuerza a la gente mayor; la amarró con manilas y la llevó a cercar el potrero de un mandamás de la región... Cierta vez entró en su caballo, un rico pendenciero al lugar donde se hacía un tamborito, el ocho de diciembre, con motivo de la patroncita Virgen María; “vide” al hombre sacar el revólver y disparar, echarle el caballo a los tamboreros y gritarle palabrotas a las mujeres: “¡Carajo, aquí no baila nadie...puñeteras! Y se acabó la fiesta”.

En el caso que le cuento, las autoridades sabían porque era del conocimiento público, que Pedro Espejos, natural de Sincelejo en el Departamento de Bolívar, Colombia, se llamaba en verdad, Pedro de Hoyos y era el mismo que andaba prófugo de la justicia, por haber asesinado a una persona por el puro gusto. Y a pesar

de ello, lo nombraron regidor de la Trinidad, en el propio sitio donde Victoriano tenía jurisdicción, antes de Pedro de Hoyos, pues para ello había sido nombrado por el alcalde de Penonomé. Así eran las cosas.

Este hombre, el Pedro, con sus pandillas armadas recorrería la comunidad y varias veces le mandó a decir a Victoriano que lo iba a matar, como se mata a los perros y a los cholos. Que eso era igual. Victoriano tomó la amenaza en serio y se fue a poner las quejas a la autoridad superior, pero allá le aconsejaron simplemente que se trasladara de la tierrita que le había dejado su madre: el trapichito de palo, sus cañitas y otros haberes, para que Pedro Espejos no se molestara.

Aquel día de junio, creo que por el año de 1891, yo estaba allí, pues Victoriano nos había invitado a una junta para cargar el ancho del trapichito, y después de la faena, nos “juimos” a la casa de Gil Cárdenas, ende había una chichita de “maij nació”... y tomando la chicha estábamos Victoriano, yo y otros más, cuando afuera sonaron tiros de escopeta.

-Fuego! ¡Fuego y degüello con el hombre! -Vociferaba, nada menos que el tal Pedro Espejos.

Como si nos hubiera picado un congo, salimos con las puyas al aire y empezamos la pelea, a filo limpio. Cuando Pedro Espejos o Pedro de Hoyos se vio atacado por todos lados y notó que su gente se acobardaba, trató de retirarse, pero en eso, Victoriano que le había arrancado la escopeta a un contrario, le reventó el plomazo en el pecho y Pedro de Hoyos fue a dar al terreno. Los demás huyeron como gallinas... Y nosotros nos quedamos con ganas de pelear... Lorenzo mandó a que enterraran al finado, para que no se lo comieran los gallotes. Y eso lo hicimos, entre totumas de chichas y malas palabras. Y después seguimos ende Gil Cárdenas, rematando la bebida y allí pasamos toda la noche.

Victoriano Lorenzo, al día siguiente se “jue” a entregar, él “mesmo” a la autoridad y explicó la cosa diciendo que procedió así porque no le había quedado otro camino. A Victoriano lo vimos más, porque se lo llevaron a la capital y allá le cayeron encima, el pobre, y condenado por la justicia, pasó nueve años en el presidio.

Según se noticiaba en la sierra, en la cárcel Lorenzo aprendió muchas industrias, “principalmente” a lidiar las armas y a conocer la “cencia melitar”. Bueno ¿Y para qué contarle tanto?, sino que también para esos años la susodicha primera mujer nombrada Lorenza Morán, se encariñó con otro hombre y Victoriano tuvo que dejarla y divorciarse. Pero estas son pendejadas de la vida, que no tienen mucho que ver y se las cuento para que mida el tamaño del hombre que no se aguantaba nada y por eso “jue” que ese día, cuando oyó gritar a Pedro de Hoyos, salió, así sin camisa, con un machete en la mano y dijo: - “Vamos a ver quién es más verraco”.

¿Sabe “usté”? Yo tenía por allí algunos papeles de esa vida que pasamos juntos en la guerra. Un periódico publicó lo siguiente, sobre la investigación del caso: “El cadáver de Hoyos estaba desnudo en la fosa, en estado lastimoso. Tenía catorce heridas, causadas por arma cortante en el brazo, trozado un dedo de la mano, el cuerpo rasgado por detrás, señal de que había sido arrastrado y para colmo de crueldades, había sido castrado... Me creerá compa, que era tal la juma que yo tenía que eso como que lo “vide” y no lo “vide”. Y al día siguiente de la pelea, se comentaba en el campo, entre risas y jodas, pero yo no le puedo aclarar nada al respecto.

Lo que nunca se me olvida fueron las ocurrencias de Victoriano, ya cuando enterramos al tal Espejos y seguimos en la casa de Gil, con la chicha. Victoriano templó una guitarra mejoranera y en aire de zapatero, empezó a cantar estos versos:

¡Don Pedro de Hoyos..!
y aquí lo grito, entre todos,
que ya no comerá más bollos...
Y si alguien tiene algo que decir,
que lo diga pues ahora,
pa' que lo pase lo mismo que el hombre,
y lo metamos sin bollo en el "joyo"...

III

Negrolindo comenzó a preparar la fiesta de su santo. Eran los mejores tamboritos del lugar, porque entonces Negrolindo traía, de los llanos de Antón, a sus amigos tamboreros que hacían temblar toda la cordillera, hasta los amaneceres.

La historia de Negrolindo entre la cholada del Cacao era muy simple y corta. A mi choza llegó, cierta vez, "juído" del amo. Y era una madrugada oscurísima y entre las nieblas el negro casi ni se veía.

¡Compadre, compa, compita..!

Oyendo su voz fina, me dije: es Negrolindo, otro no podía ser. Quitó la tranca a la puerta y el muchacho entró, verdaderamente, muy mal. El propio patrón le había propinado unas tres docenas de palos, tan solo por una novilla, que en la última saca llevaba a la Chorrera, se "despatarreó" y hubo necesidad de sacrificarla y darla a los vecinos de aquellos andurriales. Maltratado y acusado de ladrón, Negrolindo subió a la sierra en busca mía, porque éramos viejos marchantes, de cuando los dos nos jodíamos de peones en la hacienda de aquel ñopo mala gente.

Para aquel tiempo, en nuestros lugares, algunos vecinos jamás habían visto a un negro, y esa mañana se aglomeró la gente al ver tan tullido a Negrolindo, y tan negro, sintieron mucha

lástima y alguien mandó a buscar a Ña Pastorita, para que lo medicinara, con los remedios de la sierra. Y así, con caldito de palomo y aplicaciones de hoja de pasmo, se le fue reduciendo la cabeza al muchacho, hasta caberle de nuevo el sombrero. Y desde entonces, muy buen peón con el machete y mejor, arreando mulas, se fue con mi primo Victoriano Lorenzo, por esos lomeríos, mercadeando sal, de campo en campo, más allá de los Picachos de Olá de Chitra, hasta Santa Fe. Y fue de allá donde se trujo una mujer chola como nosotros, pero de los ojos verdes, la cosa más rara y más bonita del mundo. Y esto daba mucho que hablar en el caserío. Primero, porque el hombre era tan negrísimo, y segundo, porque la mujer tenía esos tales ojos verdes. Pero eso sucedía según los cuentos, porque el susodicho Negrolindo era muy ladino, entrado y bailador; sobre todo, porque tenía la gracia de ser cantador y poeta. Y en esto de ser poeta y a la vez cantador fue donde se amarró con Victoriano, quien oyéndolo en una junta de carga de casa, quedó maravillado, tanto de los versos como de la saloma, los giros y los torrentes de las décimas del mulato. Y como Victoriano era partidario de la guitarra mejoranera halló que nada había resultado tan bueno, lo uno para lo otro, y se iban por esos caminos en los trueques de los negocios, entre vendiendo sal, picando amores, con el charraqueo de las cinco cuerdas y los floreos de los versos de Negrolindo.

Con los días, ya el negro era un habitante más del campo y la mujer que de allá se halló, fue pariendo gente igual a uno, ni más ni menos.

Había la costumbre, como le dije, de hacer la gran fiesta en la casa de Negrolindo. Un tambor, de esos tambores antoneros que daban gusto, porque Negrolindo mandaba a buscar a sus primos y primas mulatos, que en el baile, les salía el demonio de la alegría por los poros, y esos bailes tenían gran fama por las comunidades vecinas. Además aquellos jolgorios eran una real cooperativa de diversión, porque había quien ponía las tulas de

chicha fuerte; estos, su cochinito asado; el de más allá, su tanto de bollos; quienes ofrecían verduras; otros, gallinas y así resultaban de grandes y alegres los festejos que nos dábamos.

Pero debo contarle que ese año, no había sido bueno. Se oía hablar, en los pueblos, que la cuestión andaba mal. En los campos cundía el miedo; en nuestro caserío, por ejemplo, habían aparecido los tres sobrinos del cura de la parroquia a la cual pertenecíamos, en forma más exigente, cobrando los famosos diezmos y primicias. Dejaron las huertas vacías; se llevaron casi todo el café, gran cantidad de gallinas, partidas de cerdos. Si uno chistaba, allí mismo le caía el garrote, porque los diezmeros venían con policías y a veces, con soldados. Yo no sé si usted oyó mentar quiénes eran los tres sobrinos del cura de que le hablo, pues la historia de ellos era muy conocida, sobre todo, porque se habían apropiado de las grandes haciendas de la Virgen de la Concepción y de la Candelaria, para las cuales exigían contribuciones.

Pero bueno, ¿qué se le iba a hacer? Y por mucho que Victoriano, hombre plumario y entendido, mandaba memoriales a los prefectos y obispos, aquello resultaba peor porque entonces, si nos reconocían, cuando bajábamos a los poblados, nos metían presos, y de noche, solían obligarnos a vigilar, con una varita, las ranas de los charcos de la plaza mayor para que no cantaran, y así pudieran los ñopos dormir tranquilamente.

Ese año ocurrió también que llegó un capataz acompañado de soldados y sacaron a todos los hombres mayores de quince años y nos llevaron, caminando dos días y medio para llegar a la costa. Allá nos pusieron a sacar astillas, para cercar unos terrenos en donde casi cabía, el mundo entero. Oiga, y al fin, nos dejaron libres. El capataz dio la orden de ponerse en el camino y gritó: - ¡Lárguense, cholos de mierda, malagradecidos!.. Han tenido el honor de trabajar en la hacienda San Antonio de don Gaspar de la Guardia, hombre que vale más que cien obispos, y al cual, poquito le falta ya para hacer milagros.

Pues sí, había sido un mal año, pero a pesar de todo la vida caminaba, y le cuento que Negrolindo al regresar de sus correrías y negocios con Victoriano, dijo tener unos reales, y empezaron los preparativos en la comunidad. Hasta mandaron a buscar al pueblo una docena de voladores, donde un “mestro” pirotécnico y “cuetero”, nativo de un lugar colombiano, lejísimo, de allá por las cartagenas. Y ya podía decirse que la fiesta empezó cuando llegaron las primas de Negrolindo, unas morenas guapas que a más de cantar tonadas alegres y picantes, como lo de:

“Aje, Salomé
al hombre borrachón,
palo con é...”

Eran muy compañeras y amigas. Resultaba una contentura verlas, porque pilaban arroz cantando y meneándose y lo mismo resultaban en los fogones cuando freían los chicharrones... Y esa vez la cuestión iba a quedar mejor, porque Victoriano se trajo, de Santa Fe a un tal Vernacita, tocador de guitarra y cantador, que daba gusto, pues además tenía un aire de cumbia santafereña que picaba adentro y metía ganas de zapatear.

Victoriano hizo al frente de la choza una gran ranchería; parapetó la valla para la gallera, porque iba a ver peleas de gallos. Al otro lado, situaron el mesón con todo cuanto era bebida. Cerca de allí, los menesteres de fogones y cosas de cocinerías. Nunca hubo más preparativos para el tamborito de Negrolindo. Noticias del tambor, generalmente llegaban a los poblados y algunas personas acudían, ya que los ahijados invitaban a sus padrinos y estos a veces traían regalitos, sus botellas de seco, que para aquella época valían dos realitos no más; en fin, los señores se daban gusto con el dientes, la lechona asada, el sancocho de gallina, y participaban en todas las cosas de estas fiestas campesinas.

Esa vez, tal cual se había organizado, la actividad empezó con mucho entusiasmo. La gente se fue a bañar de madrugada a

la quebrada. Temprano, entre claro y oscuro, los fogones de las rancherías echaban sus chispas rojas y sus olores buenos. Se sentía el tufillo de lechona asada. A las cinco de la mañana, con sus acompañantes, el santafereño comenzó la tuna charrasqueando la guitarra que daba gusto, y se inició la cantadera, de casa en casa. Entre cocinar, emperifollarse, adornar los ranchos y recibir al guitarrero y sus cantares, se le iba el rabo de la mañana a las mujeres.

Al mediodía empezó el asunto de las peleas de gallos, donde Victoriano era el encargado. Entre gentes de afuera que llegaron habían unos hombres, que nadie conocía, pero que traían gallos para la competencia. Por el llanito, los que no jugaban gallos, corrían caballos en parejas, rasgueando los animales frente a los ranchos de las muchachas hermosas. Las mujeres empolleradas parecían gallinas culecas, iban de un lado a otro. Cuando ya se hizo tardecita, terminó el juego de gallos, y tomó fuerza la cantadera, que finalmente dio paso al afanado tambor. Empezaron aquellos repiques de tambores, pujadores y repicadores y golpes capaces de tumbar las estrellas del cielo. Y las muchachas, a cantar con un tiple, que junto con el tun, tun del cuero, en el viento, aquella música corría kilómetros de distancia, y por allá los vecinos decían:

-¡Cuche...cuche! ¡Cómo suena el baile de Negrolindo!

¿Qué le cuento, amigo?... la noche lucía clarita, la mancha blanca del gentío bajo los mechones; tonadas, los versos y hasta los amores, y en eso estábamos todos, cuando serían como las once de la noche ¿qué cree usted que pasó? De pronto los hombres raros que habían venido dizque a pelear gallos, sacaron revólveres y empezaron a disparar a lo loco. Los niños y las mujeres chillaban. En eso, más de diez sujetos a caballo, algunos soldados acudieron a todo galope, salieron de no sé dónde y rodearon al montón de paisanos asustados. Cuando Victoriano, Negrolindo y otros compañeros intentaron protestar,

inmediatamente fueron golpeados. Uno, el jefe alto, blanco, mal hablado y atropellador gritaba en el centro, daba órdenes. Luego separaron a los hombres de las mujeres y los niños y a punta de culatazos, trompones, patadas y tiros amarraron con largas sogas, casi a treinta cristianos y les ordenaron marchar a latigazos.

- "¡A ver, puñeteros, cholos bailadores, si son tan buenos zapateando allá en la hacienda!

Y así, en medio de burlas y truhanerías, empezaron entonces a tentar a las mujeres; tumbar a las pobres negras cantadoras. Se tomaron las bebidas; comieron hasta hartarse y ya borrachos mandaron a que una de nuestras mujeres quemara la ranchería. Pero como la compañera se opuso, entonces la patearon y la tiraron al suelo. El jefe tomó un tizón, lo sopló y quemó todo cuanto había. Los detenidos marcharon en fila de sombras, unos detrás de otros, bajo latigazos y palabrotas. Adelante y atrás iban los verdugos que aparecían y desaparecían, con los lampazos de luz de las rancherías encendidas. El santafereño cantador, que ya estaba bien cogido en el chirrisco, que él mismo había traído de su lugar, entre aquellas sombras y luces malas, logró cantar este verso, que desde entonces parece haber quedado en mis oídos o en aquellas sombras.

“Nadie me puede quitar
la tierra que yo labré,
donde un naranjo sembré
y cultivé un arrozal”

Eso pasó en el tamborito de Negrolindo, posteriormente ya no hubo más tambores en ese lugar, porque vino la guerra, y el propio Victoriano decía, después del ataque al Cerro Vigía, en la batalla de Aguadulce, donde Negrolindo cayó muerto, con un tiro en el pecho, que muy pocos guerrilleros habían sido más valientes que él, ni tampoco tan fieles.

IV

“Bajamos, pues, a la amplia senda que conduce a la ciudad, por donde únicamente podríamos llegar a ella y a pocas vueltas, ahogados por terrible pestilencia nos internamos en el callejón fatal en donde se había cumplido la más terrible escena del sangriento drama. La perspectiva que se describió a la vista fue espantosa. Empezamos a andar por entre cadáveres, a uno y a otro lado del camino extendido, unos amoratados y encharcados en el lodo o en su propia sangre; sentados o de bruces o encogidos otros; cuales con espumarajos en la boca; muchos con caras como la cera, reflejando en sus rostros y en su actitud inerte la última impresión violenta de la vida; tumefactos casi todos, inconocibles y en estado de putrefacción...aquí, me decían, cayó Agüero; acá Joaquín Arosemena; allá Juan A Mendoza, ese es Samuel Rostroup, aquí Diego Miranda... Partía el corazón ver aún insepulto, en ese campo de desolación a Fabio Tejada, anciano de cerca de setenta años y como él a otros muertos a quienes dio bríos la libertad por la que pelearon y rindieron la existencia”... Eso escribió Belisario Porras. Sí señor y así jue, para contarle, si la memoria me es fiel, entre el veinticuatro y veintiséis de julio de 1900.

El jefe Victoriano tenía unos ojos como de espanto o de odio, frente al reguero de muertos, y dijo:

- ¡Vamos a la sierra!..-

Él adelante, yo “detrasito” y sesenta hombres más con el cargamento de armas, las que traíamos desde la playa de Chame, precisamente para aquella batalla, ya perdida, en el Puente de Calidonia, cementerio de liberales. Según oí conversar, mucho después, entre Victoriano y otros oficiales, la culpa de esa derrota se debió a error del general Emiliano Herrera, engreído y muy déspota quien ordenó el ataque, por donde no debía ser, y lanzó

temerariamente a los revolucionarios contra los conservadores que estaban bien cubiertos en las trincheras de la ciudad.

Así ocurrió, y como sombras nos perdimos con la tropilla de animales, huyendo rápidamente, para ganar los estribos de la montaña amiga. Nadie hablaba esa vez. ¿Qué estaría pensando Lorenzo en su puesto delantero, con los hombros caído como pajarito mojado y la cabeza casi metida debajo del sombrero alón de guerrillero? ¿Tal vez le remordía la conciencia por haber llegado tardíamente? ¡No! La culpa no era nuestra, solo nos habían pedido el encargo de llevar las armas, como simples peones. Y nadie de nosotros sospechaba lo que podía pasar; sucedía que para esos tiempos no éramos todavía parte de la guerra.

En ese andar, al fin llegamos a El Cacao y el capitán ordenó enterrar las armas y las municiones. Pasaron unos días, y después de esa comisión, yo regresé a mi campo y no supe a “ónde” se fue el jefe Victoriano. Todo siguió casi igual en el mundo de esas serranías. Como siempre volvimos a la tierra, a las parcelas. Algunos vecinos bajaban a los pueblos y contaban que las vainas no andaban bien; había mucho odio en los ricos poblados, los que se referían a nosotros titulándonos: cuatrerros y “creminales” de la sierra.

En ese tenor, le cuento que un día, no recuerdo bien, llegó la mujer de mi primo con una criatura. Ella, llena de pavor y temblorosa, parecía un espanto y no podía hablar...

Un batallón godo de caballería asaltó El Cacao...- dijo la mujer-. Un coronel preguntaba a Victoriano... y que- “¿dónde están las armas? ¡cholos del carajo!”- Varias docenas de soldados, lo más borrachos todos, cogieron a la tía de Victoriano y la colgaron de un árbol para que la señora dijera dónde se hallaban los fusiles y su sobrino... y - “ ¿en dónde estaba el “creminal” de mierda de Victoriano?- . Y la señora a no decir, y ellos a “chicotearla”.

Entonces, al fin y al cabo hallaron el entierro, cerca de un rancho de guardar arroz, y por eso y otras cosas empezaron a apalear a los hombres, a tumbar y violar a las mujeres y a matar los animales: vacas, puercos, gallinas, perros, por la pura diversión... Y después, oiga, los soldados quemaron los ranchos, sin dejar ninguno, y todo era según se oía, por orden de un tal Pedro Sotomayor.

Si señor cuando nosotros llegamos, entradita la noche, solo se veían parpadear los tizones rojos de las soleras ardiendo y echando chispas. Se sentía bramar el viento. Yo, entre el “chisperío” y las sombras del campo destruido, me parecía, de nuevo ver los cadáveres derrotados en el Puente de Calidonia. Y reunidos allí, decidimos mandar a buscar a Victoriano. Cuando él vino halló su campo en ruina: solo el carbón de los ranchos y el fuego de los ojos de su gente. Éramos, en tal, más de trescientos cristianos, sin ranchos, ni comida, ni nada. Y allí fue cuando el gentío empezó a gritar estas palabras que no se olvidan nunca:

- capitán de los cholos!.. A la guerra, la guerra, la guerra!
- Ay, “hijuna”... ¡Vamos a la guerra!...

Me sorprendió ver que de entre el grupo salieron unas mujeres y presentaron al jefe siete fusiles.

-¿De dónde los sacaron? -Preguntó Victoriano.

Antes de que se salieran con las suyas -respondió una de ellas- “bajamos con escopetas algunas de nosotras y los esperamos en el río. Cuando los desgraciados entraron en el agua... allí fue la cosa: tumbamos a siete.”

Y desde entonces, según mucho después contaron las gentes, a esas combatientes que acompañaban a los hombres en las batallas, alumbrando los caminos y las noches, cocinando, lavando ropas y a la vez los chopos al hombro, les llamaron Guarichas...

Crémelo, amigo, que eso ocurrió así, y nos “juimos” a la guerra por este motivo. Bueno, y para que usted sepa, las miserias de esta vida. Los conservadores llegaron a El Cacao en busca de esas armas escondidas, porque un tal Rosa Ríos, campesino igual a mí, pero enemigo personal de Victoriano, bajó al pueblo, el muy sapo, “jue” a la jefatura del Ejército Conservador, y delató la cuestión.

V

Y como le iba contando, esa vez bajó del campamento de La Negrita, a pleno día, la montonera armada con machetes y algunos fusiles. Yo le digo que la acción más parecía una peonada en camino hacia la roza. Salomábamos y gritábamos contentos, y el hombre Victoriano, en la delantera: serio, con un par de ojos de tigre, viendo más allá de los matorrales. La tropilla detrás; él sí sabía a lo que íbamos.

Los godos nos pintaban como cuadrillas de ladrones y cuatrerros. Victoriano, el jefe, decía cosa distinta: “Los pobres indígenas están sumamente mal, no están un momento tranquilos, los persiguen con guardias de policías para hacerlos trabajar forzosamente... y súmele usted, la necesidad de sal, que la tenían los ricos: tierra y principalmente, la justicia”.

Bueno, y de pronto, al oír nuestros gritos y “japías”, los vecinos de Río Grande, sorprendidos huían algunos; los tenderos cerraron sus comercios, pero otra gente llegó a saludarnos con alegría y miraba como pasmada al jefe de quien ya se decía que tenía “juerza” diabólica, que aparecía y desaparecía transparentemente en el aire: que era por gusto dispararle, porque ni con bala mascada se podía matar.

Entonces empujamos la puerta de un ventorrillo y el pobre dueño, pálido como el azogue, empezó a balbucear: “Yo soy liberal, soy liberal, señores!”

Sentía que le puyaba la muerte, porque estaba al frente, nada menos que el Cholo Victoriano Lorenzo, el cuatrero, el bandido, que decían... con el fusil en las manos y los ojos de tigre.

-¡Soy liberal, señor don Victoriano!-. Repitió temblorosamente el asustado hombre.

-¡Liberal de mierda eres tú! - gruñó Victoriano-.

Le dio una patada en el culo, lo apartó y el propio jefe empezó a realizar la pesquisa: treinta sacos de sal, dos docenas de sombreros, dos quintales de arroz, tres machetes, dos libras de perdigones y algo de pólvora. Le digo esto, porque yo era el almacenista del campamento. Y fíjese, recuerdo bien, que en un calendario, colocado en la pared de la tienducha, la hojita decía: ocho de noviembre de 1900.

Con el botín subimos al campamento, con más poder y hombres, que se agregaron a la brigada. Victoriano celebró la batallita sin tiros; hizo buena distribución de algunos aparejos entre los guerrilleros y nos pusimos a esperar.

En esos días alguien informó que abajo, un tal Trinidad tenía un fusil, en su finca. La noticia vino del campamento del Cerro de la Cruz. Colgaba el chopo lindamente de la pared, en la sala, como amenaza de los godos de la hacienda.

.-La cuestión es muy sencilla-dijo Victoriano- les ordeno a ustedes tres que vayan a la casa del señor Trinidad; me le dan saludos en mi nombre, le dicen que me haga el bien de mandarme esa arma. Y si el hombre se niega, entonces, muchachos, me traen al fusil y al dueño.

Dicho y hecho, así “jue”. Ahora pasa que usted me pregunta si aquella vez ajusticiaron a Don Trinidad allá arriba en La Negrita... Eso dijeron los enemigos, pero yo le cuento que estuve presente. Bueno, el hombre iba prisionero, y si bien le tiramos algunas palabrillas, “naide” lo rempujó. Un tal “Cachejo”, que era “remaldito” y sucio de lengua, por puro joder le decía:

-Señor don... ¿Cómo se le ocurre tener la carabina guindada, “continás” en la “misma” sala? ¡Si no tiene usted los “guevos” más “detrás” que un puerco! ¿No?

Pero no más fueron palabrillas. Al llegar Victoriano, lo hizo sentar caballerosamente. Le dio café y le preguntó cómo le había ido con nosotros. Don Trinidad confesó que ese fusil se lo había entregado el jefe del Ejército Conservador de la zona, para que se defendiera de los cuatrerros y los “creminales” de la sierra.

- ¿Cree usted - preguntó Victoriano- que yo soy cuatrero?

- ¡No! - contestó el hacendado.

Y le dijo, para terminar, que yo “misimo”, por orden del jefe trasladé al tal Trinidad del campamento a su finca sano y salvo. Y si el dicho hombre se “peló” después, yo no sé de qué asunto se moriría. Y en fin, le cuento que, en aquella larga guerra, con esa arma llegamos al fusil número ocho de la guerrilla.

VI

Mire, para que usted sepa, yo no todo el tiempo fui hombre bueno, y digamos, honorable, como soy ahora, ya cundido en canas, lleno de hijos, nietos y biznietos. Pues con el nombre de Victoriano, tengo dos hijos, cuatro nietos y ocho biznietos; además, entre el resto hay unos ocho que se llaman Lorenzo.

A veces, cuando veo muchachos pícaros o medio maleantes, ¿sabe?, les concedo razón... Yo era uno de esos. ¿Quién fue mi padre? Nadie me lo dijo, porque al nacer este servidor, murió de parto mi madre. No quiero recordar la vida de perro de mis primeros días, cuando empecé a tener uso de razón; pero no olvido cuando me llevaron al pueblo y me pusieron a órdenes del cura de la parroquia, en aquella vieja iglesia, llena de santos raros y mal hechos; pero según los campesinos, todos milagrosos y muy bellacos... Bueno, yo andaría en los doce o trece años; no sé, y el padre quiso amansarse, para que le sirviera a su persona y a nuestro divino Señor Jesucristo. Pero yo había sido experimentado ladrón de gallinas; de manotadas de arroz de los ranchos rastrojeros, y de cualquier cosa que veía mal puesta, en los sitios a donde a veces iba a pagar el medio peón de las faenas. Por eso me decían el Gato y el Gato fui ya, después, hecho hombre.

En la guerrilla, no me quise quitar el apodo, porque me gustaba para nombre de guerra. Si a usted alguien le hubiera preguntado, en esos días de la guerra de los tres años, por él, por el capitán Marín, nadie le hubiera dado razón de mí. Preguntar por el Gato, ya era otra cosa. ¿Quién no conocía al hombre más temerario de toda la tropa de Victoriano Lorenzo? Ese mismo era yo. Le repito que el cura aquel, un español libertino y mujeriego, no podía cambiar mi vida de gato montés. Pero allí pasé mis buenos años, entre sacristán y monaguillo, haciendo de las mías: me hice de una garulilla con la cual repartía parte de la cuota de limosnas de las rebuscas diarias que realizaba. A veces después de las once de la noche, con mis apóstoles, repartía del mejor vino, y en uno de los hermosos platos de porcelana del cura, yo mismo regalaba buena cantidad de hostias para comerlas con vino, licor que entonces venía en damajuanas grandes de España o Italia. Las jumás que nos pegábamos eran tamañas. Al día siguiente, el cura desde el púlpito echaba sus latigazos, insultos e imprecaciones, contra los ladrones de vino y de hostias, sin descubrir que el satanás era yo mismo... O tal vez, el muy zorro lo sabía. No quería desprenderse

de mí, porque yo realizaba, con mucha dureza y hasta ferocidad, el cobro de los diezmos y las primicias, en los campos de su parroquia. No se me quedaba cristiano a quien no le arrancara lo mejor de su huerta y lo correspondiente a los diez meses de las contribuciones. Tenía la peor fama como diezmero “hijueputa”, y estas fechorías las hacía con la ayuda de dos mozos, peones de las haciendas que el cura poseía, llenas del mejor ganado. Para qué decirle que el cura era uno de los más ricos de la provincia y como veía que yo, apenas un muchacho que echaba el primer bozo, ya era capaz de tan buenas cosechas, allí me aguantaba, aunque tenía razón al pensar que alguna parte de lo recogido, yo me lo guardaba.

Sin embargo, así fue siempre, algo bueno he tenido y nunca me dio por atesorar nada, porque fui huérfano de todo. Yo distribuía los bienes entre mis apóstoles, una pandilla pueblerina de elementos como yo, perequeros, chingueros y medio bandoleros. Al fin y al cabo estaba a gusto con el cura. Era la costumbre, y aún lo es, que lo sagrado se respeta; que lo tocante a Dios no se tienta. Pero se me acabó la miel y el trapiche un día en que el reverendo me pescó en una bajeza que no podía soportar.

Muchacho de su confianza, bautizado por él, cuando tenía catorce o quince años, por sus manos corregido y aumentado y así convertido en oveja negra del señor, me utilizaba para los encargos de algunas cosas propias de los hombres, como las concernientes a sus varios amores. Oficio en el cual los curas son casi perfectos, porque saben envolverlo con la maestría de muchos siglos. ¡Dígamelo a mí, que fui sacristán! Yo le llevaba dineros, regalos y cartitas a varias de las devotas mujeres, y entre ellas, a la preferida que era nada menos que la esposa de un rico hacendado, el cual tenía su finca en el vecino caserío. Mujer bien organizada en carnes y en provocaciones, linda como ella, no la conseguían ni los generales más famosos que venían de Bogotá. Y cualquiera mala maña o trampa podía perdonarme el ministro del señor, menos que sorprenderme, como lo hizo esa maldita

tarde, con la señora de los desvelos, ¡oiga! Justamente en el jorón del propio rancho, en donde ellos solían clandestinamente consolarse.

Como yo sabía que el diablo del cura era tan temible y bueno con el revólver, del susto rompí el techo del rancho y medio encuero me tiré abajo. Suerte la mía, que fui a dar encima de unos haces de paja y llevándome el cañaveral en los pechos, todavía me parece oír los tiros al aire que el presbítero enfurecido disparaba.

Yo no sé por qué le cuento estas penalidades, pero más nunca volví a ver a la divertida dama, ni regresé a aquel lugar, ni supe más del cura. Fue entonces cuando tuve las primeras noticias de la guerra, y eso me dio un gran entusiasmo. La gente cerraba temprano sus puertas. No entendí nunca la razón por la cual algunas familias solían colgar sábanas sobre las puertas, dizque para que las balas no penetrasen. La invasión revolucionaria, se decía, había llegado desde Nicaragua por Chiriquí y campesinos, jóvenes y políticos se unían a los insurgentes ayudados en Centroamérica por Zelaya y en el sur por el general ecuatoriano Eloy Alfaro. Ya me sentía con ganas de matar a alguien; dormía con el machete debajo de la cabeza, allí donde me cogiera la noche. Soñaba con conservadores y soldados destazados como lechones. Yo quería realmente guerrear, era lo más justo para mí: ansiaba acabar con todo lo que había y cuando pasaron los guerreros victoriosos hacia Aguadulce, me dije: esto es conmigo... Se va el Gato con la revolución... Y esa noche robé un brioso caballo negro, en la hacienda en la cual trabajaba, y me presenté al lugar donde los soldados descansaban alrededor de una fogata. Al verme llegar montado en aquel potro, sin silla y sin otra cosa que mi sombrero y el machete, me interrogaron, y no anduve con cuentos.

-Yo soy el famoso Gato, y quiero entrar en la revolución. Este caballo lo robé al patrón, un godo desgraciado, y se lo regalo al jefe que mande aquí.

Esto cayó muy bien entre los revolucionarios. Y al admitirme dijeron que me darían unos días de prueba.

Varias semanas anduve cargando pertrechos, sacos de comida y verduras, pero no me daban arma alguna. Después me sometieron a ejercicios fuertes y a prácticas de tiro. Donde ponía el ojo, ponía la bala. Pero aún así, le digo, que casi me aburro de aquello, porque no veía la tal guerra. Así anduve, medio desilusionado ya que no podía enfrenar ni matar a nadie y cuando se produjo en Coclé la entrevista con Victoriano Lorenzo, la cosa cambió para el Gato. Vi a esos hombres de la cordillera, macilentos, desarrapados, con sus anchos pies al suelo, ceñudos y me dije: esta es mi gente, ésta es mi clase. Solicité al propio Victoriano que me dejara ir con ellos.

-¿Tú quién eres? - Preguntó el general.

-¿Yo? El Gato.

-¿Cómo que el Gato?

-Bueno, así como usted oye

-¿Qué sabes hacer?

-Que es lo que no sé hacer- Si fui hasta sacristán.

Y en eso el hombre, el Cholo Victoriano, se echó a reír de mis ocurrencias, según supe después, porque también él había oficiado de monaguillo y sabía, al igual que yo, algunos latines.

-También he sido ladrón y pendenciero-

-Bueno, eso es otra cosa y no me gusta.

Pero pronto se dieron cuenta los serranos que el Gato era ciertamente el Gato. Oiga, y a mí me costó mucho trabajo lidiar con Victoriano, por culpa de la disciplina. Por diversas cuestiones fui arrestado, entre otras cosas porque un día aparecí en el campamento, en un caballo, con una linda muchacha al anca.

-Y esa mujer, ¿quién es? Me preguntó el capitán Chirú, uno de los valientísimos de Victoriano.

-La Virgen María - le respondí - porque yo venía medio, medio de una vinas de palma de corozo, bien fermentadas, que me había tomado-. Una revolucionaria, Guaricha que se dice, y que andaba con un pelotón, pero se había perdido y me pidió que yo la ayudara.

-¿Quién eres tú?-preguntó el guerrillero a la muchacha- Yo soy eso que este hombre dijo- respondió.

-Ya ve. Una guerrillera legítima ¿no la está viendo mi capitán? - contesté yo.

-¿De dónde traes a esta mujer? Insistió el capitán, con su voz de guerrero indígena y con gesto amenazante.

-Ya le dije, mi capitán, para decir verdad, bueno pero creo que me la robé en un rancho quemado, del llano así, un poquito a la fuerza, pero ella un poco queriendo. Y ahora quiere seguir con nosotros, dice que cocina muy bien, y también tiene buena puntería.

-Buena puntería, ¿No?

De una vez fui llevado a un juicio y acordaron quitarme el arma, y que fuera a devolver la cosa robada, al mismo sitio donde la había tomado. Pedí el arma. Se me negó. Pero cuando ya trotaba con la mujer al anca, me llamaron y me entregaron la carabina. Eche unos trotes, y la muchacha gritó:

-Oiga capitán, mejor me devuelve con su gente.

-Bueno...¡tráela carajo! Esas son las vainas de la guerra, pero si ella quiere ser guaricha, pues que nos alumbré a todos.

Desde entonces, comprendí que no podía seguir robando mujeres ni caballos. Y pronto, en los distintos combates donde actué pude lavar mis pecados, en las peores condiciones, unas

veces vencedor, y otras, derrotado y herido. Y dejé aquella cáscara vieja: mudé la piel de víbora que la vida me había cosido como ropa en mi alma. Bueno, y eso se lo debo a la guerra, y al general Victoriano, y porque él era rebelde, los propios jefes liberales, después, traicioneramente lo entregaron y los godos lo fusilaron.

-A veces me pregunto: ¿Qué será de mí, cuando yo muera y tenga que vérmelas con la otra vida? ¿Qué me dice usted? ¿Si iré para el cielo, o para el infierno? ¿Si me hallaré con Victoriano Lorenzo, allá arriba, o con Benjamín Herrera, con el cura, o Fidel Murillo acá abajo en las pailas de brea? ¿O todos juntos, los mismos que peleamos, unos contra otros, debido a las contradicciones que nos llevaron a la lucha mortal? Bueno, porque nunca fui un ángel. Me costó matar a otros hombres igual que yo. Ellos con su ropa azul, yo con la mía, roja. Sí, apuntaba con el fusil, buscando el punto más adecuado de la presa, así, para pegar, justo en la mitad del pecho, disparaba y viraban las cutarras esos hombres. Al caminar oía quejarse, llorar; simplemente tenía que pasar sobre sus cadáveres y avanzar. Porque o mataba o me tumbaban a mí. Vi cosas verdaderamente terribles.

-Pero, ¿sabe? - para entonces el Gato era otro Gato. Éramos dueños absolutos de la cordillera, desde el río Gatún en Santa Fe hasta el ferrocarril de Panamá. Hombre de confianza para las acciones más astutas y difíciles de Victoriano, peleaba porque sentía un gran amor por todos los revolucionarios, pero sobre todo, por la cholada, los indígenas y campesinos, como yo que solo teníamos miserias y cadenas. Entonces, cuando no había batallas y nos recogíamos de tiempo en tiempo, para hacer las rozas de arroz y maíz, ya como gentes humanas reales, con la coa y el chuzo y el machete; al ver esas matas levantarse del suelo negro y rojo, así entre verdes y moradas de pura fuerza, y cuando Victoriano, y a veces algunos oficiales intelectuales nos hablaban de las injusticias sociales y de que los yugos había que reventarlos o morir, me parecía cuán inútil había sido mi vida de muchacho ladrón y qué grotesca resultaba, por ejemplo la de aquel cura, que

aconsejando a las mansas ovejas, se tornaba lobo y se enriquecía con los diezmos y primicias, y se comía a la mujer del hacendado, su cliente en Cristo. Yo era otro Gato mi amigo, un Gato bueno, que no pudo ver lo que los ojos de tigre de Victoriano tampoco vieron, porque se los apagaron antes de tiempo.

Y pues le digo que en esas vueltas y revueltas de la revolución yo vide cosas, que ahora me parecen fantásticas, pero que al momento, no parecían tales, sino que daban ganas de enfrentarlas. Una vez bajando de la cordillera, nos hallamos nada menos que con el famosísimo y malo del coronel Pedro Sotomayor, perverso enemigo de los guerrilleros. ¡Pecho en tierra!.. y disparamos a poquísima distancia. Al suelo fue a dar Sotomayor, con un ojo menos. Cuando vimos que cayó el matón, gritamos de alegría:- ¡Ay. Ja, jau, jau, ja! ¡Hijo de la mala leche!

Despavoridos huyeron sus compañeros, al faltarle el jefe, y en eso saltó de nuestras filas, como un rayo, aquel Fidel Murillo, otro asesino igual, que sin embargo se metía en nuestras filas. Sotomayor le había torturado a su madre, y sin ningún perdón por el caído, ahora, cuando balbuceaba medio muerto o medio vivo, el dicho Murillo sacó su machete y de un tajo le tajó la nuca, y procedió a ensartar la cabeza del muerto en un chuzo y echó a correr llano afuera, gritando y riéndose como si se tratara de una simple mojiganga.

Jamás olvido aquella máscara de gente humana con un solo ojo, disfrutado por el terror.

VII

-Giro, como usted sabe, le dicen en mi tierra al gallo de pintas blancas y amarillita.

-Yo recuerdo aquel gallo giro que me trajo un viejo tío de abajo,

de los llanos - me dijo el compañero que me ayudaba todos los días a reconstruir los hechos de la guerra - Y yo le quiero hablar de esta historia, mi amigo, pero ya que me preguntó de tantas cuestiones viejas, empezará por lo primero. Veo frescamente el plumaje de aquel animalillo que yo crié y que iba conmigo al pozo a buscar agua, como si fuera un perro. Fue cierto que mi abuela más nunca bajó a los pueblos, y menos a Penonomé. Ella murió con muchas dolencias de la vida, pero siempre con los resentimientos por el abuelo. Perdió tantas cosas, pues usted conoce que mi tata murió en la guerra. Trabajó con Victoriano. Por allí todavía anda una punta de cruz. Pero el abuelo fue otra cosa. Porque aquello sucedió mucho antes. Contaba la señora que él huyó del poblado, en una de cuyas haciendas trajinaba como peón y acá en la sierra se hizo rebelde. Fácilmente lo acusaron de cuatrero.

Y cierta vez lo vinieron a buscar patrullas del ejército, porque junto con otros indios, se había levantado contra un rico poderoso, en razón de asuntos de tierra.

Se trataba de gente grande, óigame, de la cual en nuestra familia no se habla: sus nombres no se mientan... Sí señor...

A los compañeros los apalearon y los hicieron arrepentirse, puestos de rodillas, con las manos en la cabeza, en el atrio de la iglesia. Los familiares del rico y demás poblanos los insultaban y escupían. Pero el abuelo no se rindió y entonces lo llevaron a un pozo brocal, en desuso, que según cuentan, tenía el amo del lugar, y allí lo echaron. ¿No oyó usted hablar nunca de dicho pozo? A varios campesinos asesinaron, en esa forma, antes y durante aquella famosa guerra.

Poco después de ese suceso vino la guerra, y cuando mi tata que nada más tenía diecinueve años, le pidió permiso para irse con la gente de Victoriano, le contestó: - Pregúntale a tu padrino, él dirá-. Y el padrino le dio el asentimiento. Al tata lo mataron, de

una vez, en los primeros días y mi abuela quedó solo conmigo, jamás cogió otro marido, y siempre anduvo vestida de negro y de medio luto hasta cuando le llegó la muerte.

Pero si tengo vivo aquel susto más grande andaría en los cinco o seis años, no sé... Era entre claro y oscuro, cuando alguien gritó: “¡La guerra! ¡Vienen! ¡Vienen!”

Voz de mujer, tal vez una tía mía o de alguien así con mucho terror. El grito se fue en el eco, barranco abajo, y el pánico corría como un remolino de viento entre las chozas.

El caserío no tenía muchas casas. Eran ranchos alrededor de un llanito. Y uno podía ver los movimientos de todas las habitaciones.

Esa vez la gente iba de un lado a otro, apresuradamente. Nosotros los chiquillos no sabíamos exactamente qué ocurría. Todo se hablaba entre dientes; era como un hormiguero cuando se avisa el peligro. De pronto los viejos juntaron a los muchachos y chiquillos y dijeron: - “Corran, agarren a todos los gallos; los gallos y pollos más viejos”. Y salimos nosotros despepitados de huerta en huerta, correteando a los pobres animales, los que además eran veloces y nos daban gran faena. Parecía una fiesta, pues con la garulilla iban los perros y los gallos con sus rojas, negras y amarillas alas, pronto quedaban guindando con las patas amarradas con secas y duras majaguas. Pero lo que parecía fiesta, pronto se convirtió en algo horrible. Yo llevaba, al estilo de los galleros, debajo del brazo a mi amigo gallo giro. Vimos cómo los señores de la aldea sacaban filosos cuchillos y gallo que entregaban los muchachos, gallo que degollaban sin contemplación.

- ¡A ver, el tuyo, niño!

-¡Ajo!- Eso contesté y salí huyendo con el giro. Pero me lo arrebataron y lo pasaron por la cuchilla. Lloré de rabia. No

dejaron vivo un gallo esa noche, porque ya era casi de noche cuando terminaron de arreglar a los degollados animales.

Yo soñé esa noche con enormes gallos giros y colorados. A patadas y con los puñales de sus espuelas degollaban a la gente. Había gallos del tamaño de una choza, de un árbol, de un toro. Y en medio de la matanza, solo yo quedaba con vida. Y esa pesadilla se repitió muchas veces, después de los combates en que participé. Compadre, ¿se acuerda de Bejuco, con el doctor Porras?

Eso fue cierto, ¿sabe? Ocurría que al llegar las tropas a las cercanías de las comunidades campesinas, en la montaña se mataba a los gallos. Para que no delataran con sus cantos, la existencia de los caseríos y de la pobre gente.

VIII

Era una hembra galana la Martina, que Dios la perdone, pero la tuve entre mis brazos, o mejor decir: la gocé entre medio de los torbellinos de la guerra, pues una guerra es una guerra y suceden tantas cosas... De las mujeres no quedaron sino versos, porque fui poeta, y también Victoriano, medio que lo era. Asimismo, tengo rasguños en el pellejo. No fueron cuentos; aún hay por allí un perdigón entre las costillas. Lo dejé para que me diera suerte. Pues pasé los tres años guerreando. Ya la quebrada no está, es un fantasma de agua seca.

Pues sabrá, que el tener noticias de que los godos se preparaban en el pueblo de Santiago para cortarnos la comunicación con el Ejército Liberal que venía hacia nosotros, el Estado mayor de Victoriano decidió atacarlos en su propia madriguera. Y en una mañanita neblinosa de octubre, antes de que las campanas de la iglesia mayor empezaran a sonar, nosotros avanzamos por los cuatro costados del cuartel en medio de gritos y japiás que ponían a temblar a los blancos de la ciudad. En menos de

lo que se persigna un ñato cayó la plaza y recogimos como a cincuenta prisioneros, que no sabíamos qué hacer con ellos. Los señores godos y ricos del lugar trataron de huir por los patios de sus casonas, pero gente nuestra, bien situada los atrapó. Primero llevamos a prisioneros militares y los ñopos más “principales”, al centro de la plaza, pero entonces empezó a llover y dijo un general de los nuestros:

- ¡Pobrecitos...vamos mejor a meterlos en la iglesia!...

Se mandó a un parlamento a la casa del cura y muy atentamente y con muchos perdones le comunicamos, que para bien de sus parroquianos íbamos a guardarlos en la iglesia mayor, la que era bastante grande y cuantimás que allí nada les pasaría a sus excelencias, porque estarían protegidos y benditos por los santos. Pero entonces vino la cuestión de darles de comer y sobre todo a gente tan distinguida. Cuando en ese tenor rematamos con el ganado y las gallinas de los corrales del poblado, mandamos las brigadas a requisar carne, arroz y verduras a los alrededores. Yo recuerdo que había, entre nosotros un negro natariego que se titulaba El Jaquimón, quien con muchas reverencias llegaba a las haciendas vecinas y apuntando con el arma aterrorizaba al encargado o mayoral, con voz dulcita decía: - “Dice don fulanito, su amo y señor, que de las mejores vaquillas le recoja una cuantas, para pagar una penitencia que está haciendo en la iglesia mayor del pueblo”... Pero eso no era na, porque también resultaba un problema peor el recoger diariamente tan perfumada mierda que producían aquellos ricachones y los pobres soldados prisioneros, que por ser algunos, caucanos de Colombia, tal vez cagarían distintamente a nosotros.

Todos los días sacábamos barriles de esa mercancía humana y la mandábamos al basurero, y como no queríamos ensuciarnos con cosa ajena, ya que además no eran estas obligaciones “militares”, organizamos turnos especiales para dicho menester. Tomando en cuenta la jerarquía, con todo respeto y merecimiento, pusimos al

frente de cada turno, siempre a los blancos más distinguidos. Era deber que todos los prisioneros cagaran junto a la pila bautismal, donde se puso el excusado, o sean las latas y vasijas en las cuales tenían que hacer su gracia. Allí con mucho comedimiento, los brigadistas tenían que recoger el asunto, y custodiados por hombres nuestros, los barriles eran llevados en palancas, a la vista pública de los pobladores. ¡Oiga! Sí me daba gusto de ver a lo mejor de la sociedad de aquellos tiempos: alcaldes, personeros, jueces, hacendados riquísimos, a hijos y sobrinos de presidentes y de obispos cargando su propia porquería, y como yo era medio pudresangre y jodedor, a los más flojos los hijueputiaba y les decía: -¡mariconazos!... ¡guevones!... y demás palabras del pueblo, ya que yo era el mierdero jefe; pues sabiendo Victoriano mi modo de ser me dijo pícaramente:

-A ver, mira tú, gánate un par de rayitas aquí con estos blancos.

Pues para aquellos anteriores y lejanos días los ricos de los pueblos llegaban a nuestras chozas en el campo y ordenaban: -“Oiga manito, le trato ese lechón”-. Eso quería decir en cristiano que se lo llevaba de todos modos, sin pagar, y no había otra salida que perder el animal o ir a recibir un viaje de palos en las cárceles.

Nuestros hombres se aburrían sin pelear y no era nuestro oficio el ser cuartereros, pero el Estado Mayor nos decía que se trataba de una importante operación de escarmiento y a la vez, de entretenimiento al enemigo. Y para cambiar, ocurrió algo increíble, que más parecían vainas del diablo. Yo sé que usted no me va a creer llanamente, pero esto sucedió como se lo estoy contando. De nosotros los guerrilleros, se decía que no teníamos respeto de dios ni de nadie, y en parte eso era cierto. Pero peor actuaba el enemigo, porque además, su bandera era mala. Le voy a decir que algo que cuidaba mucho el conservador, sobre todo los intocables hacendados y demás mandamases era el honor de la familia. Algunos preferían morir a dejar que les sobaran a sus mujeres o a sus hijos. Y de todo ocurrió entre nosotros y los más

terribles en estas otomías fueron los godos que no respetaron ni a los animales; pues mire que un capitán del gobierno al caerse de su caballo, por un simple tropezón, se bajó furioso, sacó la espada y le cortó la nuca al potro... como la bestia estaba caliente, dio como ocho pasos hacia adelante, ya sin cabeza... Y tome en cuenta que nosotros éramos guerrilleros revolucionarios y no bandoleros como nos tildaban. Bueno, y le cuento qué pasó. Pues un domingo, como a las diez de la mañana, a la hora en que los curas hacían la misa recogidos en la casa cural, de allí salió una muchacha, seguramente escapada de sus cuidadores y gritando llegó hasta nosotros. La mujer no tendría veinte años y era lindísima como el mismo sol. Allá, por una ventana se oyó la voz de alguna señora cuando gritó:

– ¡Ay... la niña Martina! Por Dios... la van a matar, María Purísima!..

De pronto y detrás de la bella muchachona, rubia como una mazorca de maíz, alborotadamente apareció el señor cura y le ordenó:

– ¡Niña Martina, por Dios vuélvase a casa!

Pera la muchacha no le hizo caso y se violentó, contestando a gritos:

– ¡Estoy harta!.., Estoy hartísima! ¡No se metan más en mi vida! ¡Padre, déjeme ser libre!

Entonces la muchacha se acercó y me dijo: - ¡Mire, coronel! Y pensé: “qué coronel del Carajo.”... ¡Mire, capitán, yo no quiero seguir escondida, quiero vivir mi vida sea como sea. Yo también seré guerrillera! Y mejor me voy de Guaricha, peleando con ustedes.

Eso causó un escándalo, la risotada entre compañeros, que entendieron lo que la niña linda estaba exclamando.

-Perdónela, expresó el cura, está casi enloquecida; es la hija del

señor prefecto de la provincia. Entonces hubo un gran silencio y los muchachos se miraron entre sí.

-¡Qué loca... ni qué loca del carajo! Gritó la niña- Ni me importa que sea hija de quien sea. Señores guerreros, yo no inventé esta guerra. Quiero vivir libre. Tengo un año, señor coronel, de andar escondida y huyendo...

Y aunque el cura la llevaba casi arrastrada por las amarillas mechas de pelo, yo como solo era el mierdero jefe, puse el caso a órdenes de mis superiores. Le di un alto al señor cura que casi se lo traga la tierra, y allá los del Estado mayor la dejaron posteriormente libre, como ella quería, para que viviera donde gustara y guerreara a como diera lugar. Para decirle sobrino, que la rebelde conoció cuasi a toda la tropa, desde gente del Estado mayor, que por respeto no menciono, hasta guerrilleros sin rango alguno. Me cupo la honra, y a esto voy, y se lo digo privadamente, que se me encargara el delicado trabajo de traer a la niña engreída, en un caballo blanco, a tomar los baños, justamente en los chorros de esta quebrada, y me daba gusto el mirar los juegos que hacía con el agua, por lo que varias veces llegué a pensar ciertamente que yo estaba en un encantamiento. La niña se bañaba con una camisola, con mucho recato; pero hubo veces que perdía la reputación y me gritaba, riéndose, desde aquel charco:

-Venga acá mi coronel, atrévase... No sea cobarde... Mire que me está comiendo un lagarto. ¡Huy!..

Y allí donde yo, acostumbrado a recibir órdenes acudía guerrilleraamente; sacaba mi machete y mataba el lagarto encantado, trabajando encima de tan suave y movedizo duende de las aguas...¡Je...je!... Sí, la muchacha era buena y no estaba loca nada. Eran cuestiones de la guerra y travesuras de los ricos.

Total, que para no cansarlo, le diré que tuvimos que abandonar el objetivo y liberar a los prisioneros. Salimos de allí y nos situamos a kilómetro y medio del sitio; no sé por qué. A los dos días nos llegó el informe de nuestro servicio de espionaje diciendo que los godos iban a castigar públicamente a la muchacha, en la plaza mayor del pueblo, a la Martina, por lo que ella había hecho. Que dizque su padre, el prefecto habría dicho que si no la castigaban por cincuenta azotes en las nalgas a la virgencita, él se iba a suicidar, por el honor y la pura vergüenza. Oiga, y cosas de mi destino, ¿qué le digo? Me tocó, de nuevo, cumplir una de las misiones más atrevidas de mi guerra. Razones tendría el Estado Mayor para tomar esa decisión, tal vez, por los servicios que la Martina le había prestado gustosamente a la tropa. Lo cierto es que con un comando me mandaron a entrar al poblado y sacar, a como diera lugar, a la muchacha. Estaba ella maniatada en el centro de la plaza, envuelta en una ancha capa o traje negro, como de monja: rodeada de los curas y otras notables personalidades, cuando de repente disparamos los tiros al aire, y gritamos con fuerza... Huyeron algunos y otros se trabaron en lucha con los del comando, pero de pronto, sobre el caballo blanco tenía yo montada a la hembra y salimos velozmente despavoridos, poblado afuera, con tal mala suerte le digo, que por regresar a buscar a un compañero herido, aquí mesmo, en la quebrada, una maligna bala le atravesó los pechos a la muchachilla que se me desgajó en los brazos como cualquier cosa. La acomodé a la orilla del arroyo. Ella quedó con los cabellos largos y dorados que brillaban sobre la corriente azulita y así, como un pez o como lo que fuera la hallarían muerta los suyos. Y tal vez, por eso, el pueblo o ¿quién sabe quién?, le puso a esa quebrada el nombre de quebrada la Martina.

IX

Nuestro servicio de inteligencia comunicó a Victoriano que del puerto El Gago, iban hacia el poblado de Penonomé unas cuatro carretas, bien surtidas. Rápidamente nos desplazamos, cortamos

el camino y sorprendimos a los custodios del gobierno quienes, al ser atacados huyeron dejando tres muertos. Subimos entonces al campamento, para ofrecer al general los frutos del asalto. Había buena mercadería, por primera vez hallamos algo de dinero.

Fue un día grande para mí, porque el general me concedió el grado de capitán. No pasé de allí, fui capitán toda la guerra, y todavía la gente me decía: -“capitán, “despropiaciones” de esa clase se hacían todas las semanas, pues recién habíamos venido del Cacao, a fundar el Campamento Central de La Negrita, y debíamos hacer acopios. También ocurría que gentes amigas acudían al campamento para ofrecernos comidas, ropas, armas y regalos.

-Tenga en cuenta- explicaba el general Victoriano- que esta guerra hay que trabajarla desde los cerros. Solo tenemos once fusiles, pero con nosotros están todos los cerros: La Martillada, Mano de Piedra, Cerro Gordo, en fin, la cordillera y principalmente, la gente.

Y era cierto, tal como el general planeó el Campamento en La Negrita, donde operaba el Estado Mayor, se denominaba El Llano, y así era cercado el principal reducto del enemigo y de importantes terratenientes: Penonomé. Victoriano dispuso unos doce puntos, casi todos los sitios más altos, desde los cuales con larga vistas observábamos el movimiento de los contrarios.

-El guerrillero que ande bajo mis órdenes- sentenciaba Lorenzo- debe ser como en potro arisco, que al pasar un charco desconocido pone oreja para adelante y otra para atrás.

De nosotros, los conservadores decían que éramos como las avispas de congo, que pinchábamos y salíamos huyendo, y era ciertísimo. Aunque también hubo toda laya de gentes; unos, valientes que morían caminando hacia el enemigo; otros, que solo servían para cocineros, y hasta los que, a los primeros tiros,

barajustaban a “juir” reventando el monte con el pecho y el miedo entre las piernas.

Avanzada la guerrilla ya teníamos un territorio liberado, en donde, por órdenes de Victoriano, nada se podía mover sin el consentimiento de las brigadas o los centinelas de los puestos de observación. Y “jue” así como el propio día del santo del general dos vigilantes trajeron, al rancho del comedor, a una señora que resultó ser Ña Leandra, la que se decía comadrita de Victoriano.

-Suelten a la comadrita- ordenó el jefe- aunque un tanto sorprendido de verla por allí.

-Perdone, compadrito, mi general Victoriano, pero como yo soy sabedora que hoy es el día de su santo, me dispuse traerle esta gallinita adobada, con su culantrito y su achiote, para que siquiera pruebe un bocado... Sí, señor, esto le traigo para su santo.

Los ojos de tigre del general chispearon y vide que las comisuras de sus labios anchos se arquearon hacia abajo, y eso era para mí un mensaje: el hombre estaba disgustado. Quiso intentar una risita que más bien era la terrible sonrisa del diablo.

-Guarden ese adobo para la tarde- dijo.

Ña Leandra la comadrita palideció y bajó la cabeza. – “Antonces”, mi general- quiso ella decir- yo me voy como vine y que Dios lo tenga con bien.

Victoriano le dio la espalda; ella salió. Después el jefe ordenó algo y dos hombres llevaron a la vieja y la metieron en el rancho que servía de cárcel.

El general mandó a buscar al enfermero que teníamos en el campamento y este le echó varias presas de gallina adobada a los perros. Al momento, los animales se revolvían dolorosamente y morían.

-Que esa vieja bruja diga quién le encargó que me envenenara, y

después, mañana me le dan cincuenta palos- gritó furibundo el general.

A mí me tocó cumplir la orden de los azotes, y la verdad era que me daba pensión ejecutar a la susodicha Leandrita. Tal vez, por ser ella una pobre chola igual que yo, me entraban los sentimientos... Oiga, si la vieja podría ser contemporánea con mi mamá. Y lo que se supo después fue que el prefecto, que tenía órdenes de hacer desaparecer al jefe a como diera lugar, mandó a Ña Leandra la comadrita, debido a que era conocida de Victoriano. Pero bueno, si uno se deja llevar por esas condolencias, mire, no sirve para mierda en una guerra.

¿Con qué le doy yo esos palos a esta vieja traidora? Le pregunté al general Faustino Mina, que muy de madrugada se había levantado. Y el propio general Mina tomó una mocha, cortó un bejuco de esos que le llaman de pedorro, que usted sabe que tiene un parecido, en lo rasposo, con el chumico, le “juí” dando de “apasito” a la comadrita. - ¡Dale duro, cobarde! ¿Qué te crees tú que es la revolución? -gritó el general Mina. Y me entró un coraje, le levanté la pollera a la espía y mientras un compañero le agarraba flacos brazos, le reventé el bejuco cincuenta veces en las nalgas, como si le estuviera dando rejo al “mesmo” y malo de Pedro Sotomayor, el que nos había incendiado las casas allá en El Cacao.

Y para que sepa, tal fue el susto y la rejera recibida que la vieja se remontó en la montaña; padeció de gusanera y dicen que de ese mal murió la pobre... De vez en cuando las mujeres del campamento la oían “bujiar” como tulivieja; bui...bui... Y varias veces a Victoriano y a ese servidor, la fantasma nos salió, así con las nalgas desnudas y sin cabeza. ¿Qué le parece?

X

—Conteste el acusado, sí o no, ¿bajo sus órdenes se fusiló, en Santa Fe de Veraguas, a su lugarteniente Fidel Murillo?

Hundido en la silla, los mechones de pelo lacio caído en la frente; la firme y escrutadora mirada negra de los ojos cholos, duros y adivinadores; el entrecejo partido por dos rayas de rebeldía profunda; los labios anchos y separados horizontalmente por una línea, como flecha curvada de desprecio y odio, Victoriano Lorenzo proyectaba su mirar fijo en el fiscal, cuando el resto del tribunal militar, sentado como en chuzos, representaba la farsa.

De pronto, la sala pareció convertirse en una plaza y los jurados, el presidente y el fiscal transformados en diablicos sucios, empezaron a danzar, con sus máscaras grotescas, al son de inmensas guitarras oscuras, charrasqueadas por los dedos de la muerte. Abrían sus bocazas dentadas, sacaban sus puntiagudas lenguas de llamas incandescentes... Rondaban los jueces — diablicos alrededor de alma para atraparla con sus largas uñas de diablos y sus cascabeles de engaño.

—¡Sí! Dijo desdeñosamente el cholo guerrillero, general de la Séptima División del Ejército Revolucionario.

Oiga para decirle a usted, ¿de que no acusaron al jefe Victoriano. Que si de cuatrero asaltante y ladrón, borracho, chinguero, incendiario...De cometer crímenes horribles, -¡hasta de matar a un señor cura! Mire, fue la guerra y a Victoriano le tocaba siempre lo “pior”. En la batalla de Aguadulce lo mandaron, nada menos que a tomarse el cerro Vigía, y él, a tiro limpio, subiendo como un tigre; las balas silbando sobre su sombrero blanco, agarró la punta de la colina. Pues nosotros peleábamos contra los propios godos, y los señores dones, santificados en las iglesias con agua bendita. No eran vainas, y por eso, hasta los “mesmos” liberales se asustaban y nos mostraban mucha desconfianza. Éramos

los patirrajados, los cholos guerrilleros, gente bajuna. Claro, el mentar a Victoriano... ya metía el pánico entre los acaudalados de los pueblos y de las haciendas.

Le cuento que Lorenzo era pequeño de tamaño, muy cargado de espaldas, trigueño y fuerte. Le gustaba la fiesta, las cantaderas. Tocaba la mejorana; peleaba gallos, en fin, un hombre común y corriente.

Y además era también orgulloso y heredó la malicia del indio. Macho en la pelea, intransigente y violento en el combate. Duro sin vacilaciones a la hora de la hora...el amigo, era el amigo, y el enemigo era el enemigo. Nada de medias tintas.

Volviendo al cuento, aquella vez tomamos rumbo a Santa Fe, para esperar allí las armas que debían llegar de Nicaragua, por el Atlántico. Esa noticia se supo por el comando gobiernista que decidió trancar el camino, y darnos la batalla en plena cordillera. Victoriano ordenó que bajáramos un poco hacia el lugar denominado Montañuela y distribuyó las fuerzas en tres alas. Pero a un fusilero ahuevado que estaba en el Cerro Tute se le salió un tiro, y los enemigos echaron pecho a tierra. Sin embargo, esa vez, la paliza que le dimos dejó regados a los muertos del gobierno, en medio de las piedras del terreno y el resto huyó.

Subimos a Santa Fe, mas entonces vinieron esos días de esperas largas. Ni el enemigo atacaba...ni llegaban las anunciadas armas del extranjero; así, nos mataba el hastío, la quietud y los malos pensamientos.

Entre la tropa corría el rumor de que, cerca de nosotros, andaba el famoso Fidel Murillo con su banda.

En el bello lugar serrano de Santa Fe, había una muchacha muy agraciada y por demás pariente cercana de un valiente general revolucionario. Varios oficiales escribían en las libretas el nombre de la muchacha, y en las frías neblinas de la cordillera, por las

noches, a veces oía usted serenatas, donde la guitarra floreaba de lo lindo y el verso le subía a uno por la garganta:

“Oiga la mujer bonita...

Lástima que tenga dueño”.

Pues para que usted sepa, a la muchacha bonita la violó Fidel Murillo. Borracho, con sus bandidos, a punta de pistola se la raptó, la empujó al monte y entre todos le hicieron junta y la desgraciaron. Así era Murillo. El caso fue conocido en la comunidad y casi se nos levanta el pueblo. Los oficiales se dirigieron al general Victoriano para que se castigara al violador, y el jefe ordenó el juicio.

Mucho se habló de Fidel Murillo, como si fuera parte de la fuerza insurgente de Victoriano. Si bien en realidad no obedecía las órdenes del general de los Cholos, Murillo sí fue el fruto de la brutalidad impuesta por los conservadores; pues se cuenta que el conocido matón gobiernista, el tal coronel Pedro Sotomayor, llegó una vez a la casa de la madre de Fidel Murillo.

-¿Dónde está el puta de tu hijito, ña Alejandra? - Preguntó, casi gritando, Sotomayor.

-“Sinol” coronel, por nombre de Dios, yo no sé; María Santísima.

El coronel mandó que guindaran de la rama de mango, usando la propia larga cabellera, a la señora y allí quedó colgada la madre del muchacho. Murillo contaba así la historia, y por eso se echó a la guerra, por su cuenta, haciendo de las suyas, personalmente y fuera del orden de la guerrilla.

Oiga, pero las vainas, son las vainas, cuando uno es de abajo. Murillo era un bandolero a cuenta de la guerra, pero entonces, al final, se llevó a Victoriano Lorenzo, frente a los jueces. Fidel Murillo aparecía como un angelito que Lorenzo había hecho fusilar, y por eso la sociedad tenía que cobrarse el crimen... y tengo que decirle a usted las cosas como sucedieron. Fue el

general Vernaza, con toda razón, quien exigió a Victoriano que debido al hecho deshonroso, cometido contra aquella niña, había que hacerle un juicio a Fidel Murillo, como correspondía a los hombres de la guerra, para dar ejemplo del respeto que el guerrillero le debe al pueblo. “Jue” solamente eso, le digo. Y entonces dieron orden de vaquearlo y batiéndose en los riscos, por donde andaba remontando con sus asaltantes, lo hallaron y lo trajeron amarrado, “guevo” a “guevo” al poblado de Santa Fe. Y dicen que el pelotón disparó y el hombre cayó; solo quedó herido y, como la tía zorra, se hizo el muerto, pero lo descubrieron, y el “mesmo” oficial, que de bueno tampoco tenía ni pizca, mientras Murillo pedía clemencia. - “¿Ay, no me maten, por Dios”- y que le perdonaran la vida y otros menesteres, le cortó la cabeza a machetazos limpios , y como le digo, así fue el trajín, y se acabó Murillo.

XI

Altos oficiales subían a nuestro Campamento de La Negrita cuando la guerra en otros lugares, o bien era derrotada o andaba mal. Algunos de estos oficiales eran oficiales colombianos, otros istmeños intelectuales, en fin en su mayoría blancos de la ciudad. Nuestra guerra era otra cosa, la guerrilla y los distintos campamentos trepados en la curumba de los cerros, apenas si tenían algunas camas hechas de madera; o hamacas, o bien cueros de vaca, para dormir en el suelo... Si este era el acomodo, “pior” era la comida. A falta de carne de res, de puerco o de gallina, hubo veces que estuvimos a punta de caña, guayabas y otras frutas; cuando teníamos suerte: palomas, pavas, conejos, pero también y según los cuentos, hubo los que comieron gallotes y ratones... A eso se debía que Victoriano peleaba con poca gente; nunca fuimos más de trescientos guerrilleros, aunque detrás de nosotros, estaba toda la indiada y el campesinado. Sin embargo, a veces como le digo, subían hasta doscientos soldados del ejército regular, con sus jefes, y esto creaba un gran problema de mantenimiento y sobre todo, porque ellos trabajaban la

guerra distintamente a nosotros y sus oficiales eran muy “marrumanciosos”. Esto ocurrió cuando estuvo con nosotros el coronel Noriega.

Con ese gentío arriba del campamento, una vez bajamos al territorio enemigo, en los llanos, cercanos a Aguadulce, a cumplir una acción especial de aprovisionamiento; porque Victoriano supo que había ciento cincuenta novillos en un corral, los cuales servían para unos cuantos meses. Cuando realizábamos esta clase de operaciones Victoriano nos decía que eran expropiaciones, y los godos nos acusaban, por eso, de cuatrerros y asaltantes de caminos; pero en la dicha guerra, todo mundo robaba: los conservadores y liberales se abastecían de las haciendas y huertas de los campesinos y nosotros de las fincas de los ricos.

Bajo la oscuridad de la noche del llano nos acercamos al encierro del ganado. Victoriano se quedó afuera, distribuyó su gente, y dos nos acercamos al sitio. Primero oímos un toque de guitarra mejoranera y alguien que cantaba versos. Eran los vigilantes del corral, muy descuidados, matando el aburrimiento de estos oficios. El jefe nos había dicho que sacáramos el ganado, cortando los alambres, pero que no matáramos a los centinelas, a menos que nos atacaran. Estaban tan poetas los cantores, que poco a poco, con unos alicates cortamos el suficiente trecho de la cerca del corral, en medio de la tal oscuridad, que tan solo se alumbraba por las manchas blancas de algunos que otros toretes. Cuando ya estuvo el boquete hecho, desde el otro lado disparamos las carabinas. En eso el ganado, asustado rompió por el portillo y se desplegó en el llano. Los cuidadores sorprendidos, pero desorientados, disparaban también, y eso empujaba más al ganado a huir. Allí estaban nuestros hombres que empezaron a vaquearlos por la ruta adecuada, y el jefe adelante, con mucho conocimiento, porque él veía de noche como los gatos, y sabía palmo a palmo los vericuetos del terreno. Días después llegamos a La Negrita y el general Victoriano nos puso al frente de la gente y nos felicitó por la acción de abastecimiento. Dijo algo como

que robar a los ladrones no era robar, y que ese ganado debería durarnos un tiempo.

Para nosotros los guerrilleros, la carne no era un problema tan grande. ¿Cómo podían los pobres comer carne de vaca en esos tiempos? Casi nunca. Esa vez los soldados forasteros al ver la saca de toretes gordísimos, empezaron a formar alboroto y guerra por la comida. Hubo una disputa en el Estado Mayor, por un novillo que mataron sin órdenes del capitán Chirú, a quien Victoriano había puesto al frente de ese ganado. Fue debido a que un día se vio a los soldados repartir carne fresca. Cuando el capitán quiso averiguar, se formaron dos bandos; la gente estaba dispuesta a matarse, allá cerca de una quebrada. Le cuento que me dieron una cuchillada y yo casi mato a un diablo.

Según me enteré después, la discusión fue muy acalorada y salieron a relucir muchas cosas. ¿Sabe? Porque algo que se tiró esa guerra eran los muchos celos que había entre los oficiales liberales, sobre todo entre los que venían de Colombia y los panameños, cada uno se consideraba jefe civil y militar del Istmo, cada quien era el mandamás, y a veces existía más odio entre ellos mismos que entre liberales y conservadores. Eso lo vi varias veces, y no solo acá entre los jefes chicos, sino entre los propios generales; entre Porras y Domingo Díaz, entre Benjamín Herrera y Belisario Porras. Esa vez, por culpa del novillo casi hay una revolución, allá arriba en el Campamento.

–Yo no estoy de acuerdo con ese tipo de guerra que usted hace, general Victoriano- dijo enérgicamente el coronel Manuel Antonio Noriega-. Eso solo consigue que nuestra categoría y rango del glorioso ejército que dirigen en Colombia, Rafael Uribe y Vargas Santos, quede reducido aquí a bandas de cuatros y bandidos-.

–Eso es lo que dice el enemigo, mi coronel. Y quiero aprovechar, ya que se muestra tan orgulloso, para decirle dos cosas – expresó seriamente Victoriano- Primero usted que vino aquí, a mi

territorio a decirme, sin más acá ni más allá, que se convertía en mi jefe. Yo quiero decirle que en esta guerra, la jefatura se gana en las batallas. Además, mi coronel, y esto es lo peor, el otro día fui informado de ciertas cartitas que usted se escribe, nada menos que con el señor prefecto de Penonomé, nuestro enemigo.

—Mire, mi general, usted tiene que respetar, que el señor prefecto es un viejo amigo de mi casa- contestó airadamente el coronel Noriega-

—Ajá, ustedes son blancos y se entienden ¿no es así? Pero si a mí me agarra su prefecto, me manda a fusilar. Pues para nosotros en esta guerra, la pelea el peleando, aquí en este territorio, no cartitas que valgan.

- Entonces, yo me voy de aquí!

-Esté usted seguro, mi coronel, que nadie quedará llorando su ausencia.

Al presumido coronel Noriega, lo derrotaron los conservadores en Veraguas, en los llanos de Quije, entre Calobre y La Laguna de la Yeguada. Y a mí me quedó esta señal en la cara de la cuchillada que recibí en la triste pelea, entre revolucionarios, por culpa del novillo y del hambre de los soldados regulares.

XII

Mucho tiempo después de la guerra me encontré con un amigo que había sido soldado del Ejército Conservador, o sea que peleamos en bandos contrarios.

—Le contaré- me dijo- que en aquel doloroso sitio de Aguadulce hubo gentes que lloraban. Hombres machos los vi llorar la derrota que los revolucionarios nos habían propinado. Como usted sabe, yo nunca fui conservador, ni político de ninguna clase. Lo que sucedió, para aquella fecha fue que el patrón nos llevó a la fuerza, a todos los peones y nos puso un rifle en las manos: - “Marchen, canallas del desierto!” - nos gritó.

Yo estuve en aquel sitio que se le tendió al comandante conservador, un general muy orgulloso que se equivocó de puntería. Tal vez, porque creyó ciertamente que de la ciudad de Panamá, sus colegas le iban a mandar un barco artillado. Ellos, los generales solían decir que la guerra la ganaba quien dominara los mares. Yo no sabía mucho de esas estrategias y cuantimás que los que seguíamos a Victoriano nunca fuimos marinos. En aquella operación, en lugar de avanzar sobre las trincheras, con las cuales el famoso general Morales Berti tenía defendida la ciudad, el ejército revolucionario procedió, primero a barrer a los gobiernistas del vecino poblado de Pocrí, y después se le tendió un cerco. En la segunda batalla de Aguadulce, poblado de la sal, paso obligado al occidente del país, dueño de un puerto natural. Le estoy hablando del renombrado sitio de Aguadulce.

Mi amigo me contó cosas de no creer. Al principio había entre los conservadores sitiados, alta moral porque esperaban grandes refuerzos por tierra y mar, con aquel barco artillado que no llegaba. Pero de pronto nosotros le arrebatamos el ganado que tenían de reserva, y la situación se les hizo trágica. Poco a poco se les acabó la comida. Esto no solo afectaba a los tres mil soldados, sino, a la población civil. La gente empezó a comer gatos, ratones, cuero crudo, suela de zapatos; toda clase de hojas; echaban abajo los cocoteros y se comían hasta el último palmito. A los treinta días vencidos por el hambre, el comandante en jefe dejó de lado su orgullo de guerrero y capituló con sus quince batallones.

Para que usted sepa, rendimos a trece generales, trescientos oficiales y más de tres mil hombres de tropa. Además tomamos un barco de guerra, cuatro mil fusiles, medio millón de tiros, cinco cañones, una ametralladora... para que decirle!... Óigame, si aquella era una guerra grandísima, pues nuestros contingentes llegaban casi a tres mil. Si nota que por aquellos tiempos el Istmo tendría unas doscientas cincuenta mil almas solamente, calcule la cuestión... ¡Tantas armas juntas, y tanta tristeza!.... Esa vez

hallé agonizando a un guapo joven del ejército conservador, y al morir, tomé su espada, la cual se ve allí colgada, de ese clavo como trofeo. Pues yo nunca pasé de capitán.

—¿Y Victoriano Lorenzo?

A Victoriano, luego de la gran derrota de los godos, la más grande recibida en Panamá, le ordenaron, entre otras cosas, vigilar la costa.

¿Sabe? Yo le cuento a usted lo que vi y también algunos sucesos que solo ahora, después de tantos años llegué a conocer de parte de mis viejos compañeros de armas, porque entonces, o bien no podía entender las cosas que yo mismo hacía bajo el mando de Lorenzo, o eran asuntos reservados a los Estados Mayores. Victoriano nos contó una vez que el buque revolucionario, almirante Padilla había hundido al barco chileno Lautaro, embarcación que el gobierno conservador se había incautado y en la cual estaba ese día, nada menos que el comandante en jefe de las Fuerzas del Gobierno en la costa del Pacífico y Panamá, general Carlos Albán.

Después, años después, como le cuento, me vine a enterar que los conservadores sabían que la única manera de hacer frente a los revolucionarios, era mediante la utilización de un barco superior al almirante Padilla, pero no resultaba fácil para el gobierno colombiano adquirirlo, por los rejuegos de la política norteamericana, que a veces favorecía a los liberales y otras, a los godos. Ya, casi al término de la guerra, y eso tuvo sus razones, compraron el buque norteamericano, llamado el Jessie Banning. A dicho barco los godos lo nombraron El Bogotá. Para que se entere de todo lo que había debajo de aquella sangrienta y larga guerra, los artilleros de ese crucero eran gringos, y el propio comandante del buque, un fulano, lobo de mar, pirata y medio que había peleado contra los mambises en Cuba, un tal Henry Marmaduke.

Como le dije, a la gente de Victoriano, entre otros encargos, nos dieron el de vigilar el puerto de Aguadulce. Y el nuevo jefe militar del gobierno, que ya estaba en entendimientos con los norteamericanos, para ponerle fin a la guerra, había mandado parlamentos al jefe militar de la revolución, que estaba con sus divisiones en Aguadulce. Pero para presionarlo envió al crucero Bogotá, de forma que esta tremenda máquina disparara algunos cañonazos y ejerciera sí la definitiva decisión. Yo nunca había oído sonar bombazos más fuertes que esos disparos del crucero, que estallaban sobre nuestras cabezas... "hijuna"! Y el diablo del animal marino se acercaba peligrosamente. Ya no había forma de huir. Yo mandaba la patrulla, y en su lugar ordené que se metieran en el manglar para camuflarnos entre el verdor.

Tan cerca estuvo el barco de nosotros que alcanzábamos a ver la tripulación. Ordené disparar... ¡Allá iba eso! ¿Por qué lo hice? ¡Ni sé!.. Ellos volvían a prender las mechas de sus cañones, cuyos disparos pasaban por encima de nuestras cabezas... Pero después de un rato se fue retirando el crucero: vino la niebla, y al atardecer, algo de lluvia. Oscureció. Nosotros nos resbalamos cuidadosamente a nuestros puestos y mandé el informe al jefe Victoriano. Yo recuerdo esta absurda pelea con el barco, como si fuera ahora. Eran las puras arrecheras de guerrear. Yo tenía para mí, que andando con Victoriano las balas no me cosían el pellejo, así vinieran mascadas. Cuando el jefe decía: - ¡Adelante, compañeros! Yo sentía primero que un chorro de sangre me recorría, como puro fuego de la vida; que me iba el fuego a la cabeza y me parecía que iba creciendo, creciendo como un gigante capaz de barrer al enemigo con un solo puñetazo de mi mano de hierro. Me tiraba al suelo, aportaba el rifle, y las balas iban derecho al corazón del enemigo... ¡Putra madre! ¡Qué coraje me daba el mando de Victoriano!

Bueno, para entonces yo tenía solo dieciséis años cumplidos: estaba en la reventazón de la vida, y ya me había apiado a más de quince godos en la guerrilla

-¿Quiere que le diga?- después el Alto Mando supo que en aquel tiroteo del puerto, contra el Bogotá, a bordo había caído un gringo... Sí señor, ese fui yo que me lo eché, y esa fue la gloria más grande para mí en toda la Guerra de los Mil Días: “manque” sea un gringo muerto.

XIII

Cada quien veía las cosas del color que más le gustaba. Por eso, aunque el aire de aquella maldita tarde estaba teñido de sangre chamuscada, mucho después, el general conservador Víctor M. Salazar, haciendo su historia escribió lo siguiente: “al declinar el sol arribamos a la bahía de San Carlos. Los peces en millares, saltaban por el aire, asustados por el ruido del barco sobre las olas. Era aquel bellissimo atardecer.

-Pues parece que nos jodieron, coronel Cañarete... ¡Nos jodieron!

-Sí, mi general Victoriano Lorenzo, eso parece

-Écheme otro traguillo, mi coronel.

-Aquí lo tiene, su merced.

-Usted sabe que yo siempre dije que la pelea es peleando.

-En eso estamos, mi general.

-Pero el general Benjamín Herrera, nuestro gran jefe se volvió patas y no se pudo parar.

-Así son los blancos, mi general ¿otro traguito?

-Desde que Benjamín Herrera echó a Belisario Porras, ya me entró a mí una vaina...

-Eso fue así, pero dicen que ahora se trata de los norteamericanos.

-¿Los gringos?

-Sí mi general. Tienen barcos de guerra en la bahía de Panamá y un tal Silas Cassey y le notificó al general Herrera que no permitirá que nosotros los revolucionarios tomemos las ciudades de Panamá y Colón.

-Ajá... pero además de esa amenaza, el general Uribe le escribió al general Herrera, para que usted lo sepa mi querido coronel

Cañate, y le escribió que ya no le quedaba otro camino que entregarse con honor. ¿Qué honor? Dice que había que ser cuidadoso, porque allí estaba el poder americano...

¡Ay ...ombe!- gritó Cañarete-. generales de levita... como si nosotros no tuviéramos chácaras...

—Sí, mi general, y ahora dan la orden de parar la guerra, y ya ve, nos han desarmado.

—Cholo sin arma, es cholo muerto, mi amigo. Don Benjamín Herrera ya andará del brazo del general godo Salazar, mi coronel Cañarete, ellos son blancos y se entienden, y más si los rempuja el gringo.

—¿Qué me dice, mi general, si nos insubordinamos?

— ¡Otro traguito, mi coronel... y cuádrese como hombre!

¡A sus órdenes, mi general!

—Entonces, dígale a la tropa, ¡carajo!.. que yo Victoriano Lorenzo, general de la Séptima División del Ejército Revolucionario, me limpio el culo con los papeles del Tratado del Wisconsin, y por tanto ordeno y mando retomar las armas y que todo mundo haga fila en esta plaza.

Le digo que así ocurrió legítimamente. El general Victoriano no se puso esa tarde a tomar. Nunca lo vi derrotado, pera esa vez tenía los ojos tristes; así de toro tristón. Era cierto que la tarde tenía una cierta bonitura de entradilla de verano; no sé, pues no era verano. Las aguas en la playa del dicho poblado parecían sumamente claras y verdes, y arriba las tizeretas negras iban como escribiendo, quién sabe, qué cosa en el cielo. Cuando dijeron: ¡se acabó la guerra!

Pues la misma tarde se ensució, porque los revolucionarios esperábamos la orden de avanzar hacia la ciudad de Panamá; tomarla, al fin y al cabo y vengar la derrota que nos habían dado los godos en el Puente de Calidonia, aquel 26 de julio de 1900. Pero llegó la nueva de que se había firmado el Tratado de Paz, en el acorazado norteamericano, el Wisconsin, y por lo tanto, se nos obligó a entregar el armamento. Por eso cuando el coronel

Cañate dio la orden de recuperarlo, el lugar se transformó en un hormiguero; los compañeros gritaban y salomaban de alegría; disparábamos tiros al aire, a gatillo suelto.

¡Viva el general Victoriano Lorenzo!

¡Viva!

¡Viva la revolución!

¡Viva!

-¿Sabe? Yo era uno de los más arrechos, pues tenía mis razones de ganar esa guerra. Los godos me habían matado a dos íntimos camaradas. El general Victoriano nos hablaba de que ganando la guerra, ya no habría más matones como los Pedro de Hoyos ni Pedro Sotomayor... ni diezmos, ni fajinas. Ni verdugos de ninguna clase... Y cuando el general Plaza comunicó a gritos:

- ¡Muchachos, se acabó la guerra!

A mí se me enfrió la pajarilla, pero tomé coraje y contesté:

- No entrego un carajo, mi general-.

-Cholo de mierda, entrega ese fusil! -gruñó aquel general. Y a la fuerza me lo arrebataron, dándome unos culetazos. Pero, después, con las armas en las manos, el gentío dueño de la plaza, los revolucionarios y guerrilleros con sus pantalones de dril azul; los pañuelos, los sombreros blancos y las cintas rojas... Mire, los tiros al aire y el rostro de macano y los ojos de tigre de nuestro hombre, el general Victoriano Lorenzo... el coronel Cañarete a su lado... Parecía que todo iba a seguir como en los buenos tiempos.

- ¡Gringos puñeteros!- Gritó el coronel Cañarete- Nos vamos a la sierra, compañeros, para ver si los godos huevones se atreven a subir.

Pero toda esa acción estaba dicha y hecha entre la amargura de la derrota y los tragos. La plana mayor de la revolución había capitulado. Y esa tarde, cuando nos cayeron encima y finalmente, los propios jefes liberales nos desarmaron, sentimos ganas de

llorar, pero no pudimos. Quiero decirle que el general de los cholos, el que mantuvo a raya a los conservadores y levantó la cholada a lo largo de la sierra, desde Panamá hasta Costa Rica, fue encadenado por sus propios jefes y nunca más, estos apagados ojos míos lo volvieron a ver.

Yo creo, entre otras cosas, era el odio tremendo que el general Benjamín Herrera sentía por Victoriano, y por todos nosotros los “patirrajados”... Atadas sus manos, subió el comandante de La Negrita al crucero Bogotá. Entregaban en bandeja de plata su cabeza para bien de los políticos, de los hacendados y regalo del gringo. Ahora podrían abrir el Canal en la paz del señor...

Pues bien, mi amigo, no contentos con esa traición, ordenaron que sacaran al coronel Cañarete a la Plaza de San Carlos y le dieran veinticinco palos. Entre los soldados marchaba nuestro coronel, mucho más hombre y más verraco. El tambor empezó a tocar, y los palos miserables a caer sobre sus espaldas, como rayos, a espadas de fuego de algún demonio o dios engreído, que en esta forma se vengaba del atrevimiento sin nombre, de los cholos de la cordillera, al haberse levantado, contra el orden constituido, para buscar, tal vez, al fin y al cabo, las claras de un nuevo día, como decía Victoriano.

XIV

La sierra quedaba lejos y de noche debería ser negra. El hombre había contado, en esos meses de prisión, todas las estrellas, una a una: aquella parecía una vaca, estas un toro; más allá el carro, al fondo, los ojitos de María... El chileno decía que en su tierra se veía clarita la Cruz del Sur, casi hecha de diamantes y al alcance de las manos, como racimos de uvas.

—¿Cómo es su tierra de Chile? - preguntó Victoriano.

- Es una tierra relarga, mi general; bien amarga y harto jodida, mi general.

-¿Hay indios?

-Allá todos somos indios, pero nadie lo acepta. Es una tierra linda., mi general, de marinos como yo, "pata e` perros"... por eso estoy aquí, por la pura aventura, trabajando de mozo de barco.

¿Cómo son esos indios?

-Nada que ver, mi general, como en todas partes del mundo. ¿Quiere que le cuente algo distinto? En estas noches estuve en el camarote del capitán. Había una fiesta- ¿Oyó la bulla? ¿Sabe usted, mi general, por qué terminó la guerra? Yo estuve sirviendo el vino. Luego tomaron un aguardiente macanudo. Hasta mujeres trajeron. ¿Me oyó mi general?

-Le escucho.

-¿Sabe por qué se terminó la guerra? Yo se lo voy a decir, mi general. En esa fiesta se contó que el propio Jefe Supremo del bando liberal, el general Rafael Uribe Uribe, le notificó al jefe civil Militar del Istmo, general Benjamín Herrera, que ya era por gusto seguir esa guerra, pues el gobierno norteamericano, a petición de los conservadores, había intervenido con sus acorazados. ¿Comprende? ¿Por qué cree usted, mi general Lorenzo, que lo vigila ese centinela gringo, aquí en el barco? ¿Sabe?, los oficiales esa noche, en su borrachera estaban locos de contentos. Uno llegó a decir que al fin y al cabo, los norteamericanos, ahora sí podían lograr que el Senado de Colombia aprobara el tratado para construir el Canal, para que todos fuéramos ricos. Dígame general, ¿por qué lo cuida ese gringo pecoso? ¿Piensa que lo protegerá la amnistía que establece el tratado de paz del Wisconsin? ¿Qué va, mi amigo!

Las preguntas del chileno volaron por encima de la proa del crucero Bogotá, como una hoja de papel y el viento de diciembre las zumbó en lo profundo de la distancia oscura del mar; de un mar quieto, apenas modificado por débiles reflejos de los mechones de luces de la ciudad, a esa hora temprana de la noche. Los dos hombres frente a frente, quedaron silenciosos, en la perfección de la solidaridad humana. Afuera la oscuridad transoceánica negrísima, y de vez en vez, el rumor de olas moribundas, golpeando el Bogotá. Al fondo, recostado de la proa del barco cárcel, el perfil riguroso del centinela norteamericano. Soldado que alguien de mando superior había hecho clavar en la embarcación para vigilar al guerrero.

-No – Contestó secamente Victoriano.

Con sus ojos negros de tigre traspasaba la realidad extraña del mar, hombre de sierra, de la montaña, todo le parecía profundamente injusto. Él podía partir con su espada el agua en dos tajadas y hacer un camino para llegar al campamento de La Negrita; volver a levantar la cholada invencible, seguir la guerra, enfrentar a conservadores y liberales, y aun a los poderosos yanquis; hacerlos comer tierra; pelear tres años más, nueve años, como lo hizo aquel inderrotado Urracá.

- Es por eso, mi general, que a usted, perdóneme, lo van a matar- agregó el marino chileno después del silencio largo y de adivinarle al Cholo, sus intrincados pensamientos.

Pero Victoriano siguió cavilando en su propio mundo. En su mujer, allá en el campamento; en sus camaradas de armas; en las fugaces batallas; en la toma del Cerro Vigía, subiendo con el agua de la marea en los pechos, arreando balas contra los godos que dominaban la altura. El gritando: ¡adelante, muchachos!

Tomando corajudamente la cima. O la vez que mandó a incendiar el llano para que se quemaran los soldados enemigos que estaban contra el viento.

En fin, cuando el ejército liberal había sido derrotado en casi toda Colombia, solo él, el general de los Cholos, sobre la cordillera, Bolívar indígena, mantenía en alto la bandera, y hasta su campamento subían los jefes liberales más famosos a acogerse a la libertad de su territorio liberado y nunca llegó a marearse en su grandeza revolucionaria. Pero después los propios jefes liberales lo entregaron prisionero y ahora en la oceánica noche, distante de su gente y de la sierra, todo le parecía absolutamente mentira y era como si no hubiera valido la pena haber peleado tanto.

—Oiga, mi general, alguien me ha dicho que si usted le regala su espada, podría arreglarse la fuga- dijo el chileno rompiendo el mutismo del guerrillero. Mi general, no es cuento, usted me ha dicho que si de esto sale bien, se iría a Nicaragua; pues yo lo llevo señor, conozco el mundo.

Esa noche Victoriano Lorenzo, sereno y despacioso, sin dar respuesta al chileno se fue a su estrecho camarote, se acomodó en la vieja hamaca y siguió tejiendo su tiempo antiguo, con los hilos de su chola imaginación. Recordó un verso; lo recitó en su mundo de silencio y de derrota. ¿Adónde...adónde? ¿Era verdad todo lo que el padre Jiménez le enseñó?.

“Yo le quiero preguntar
a los sabios más profundos;
los que se van de este mundo,
¿a dónde van a parar?”

Y abajo, entre el barullo y el estremecimiento del mar y de las olas, una voz lejana en contrapunto amargo parecía contestarle:

“ Con las penas corporales
paga el hombre su pecado,
si algo falta queda pago

con sentimientos morales.
 Esas penas eternas
 son una ilusión fatal.
 La hora de agonizar
 es triste, negra y sombría,
 y es aquí a la tierra fría
 adónde van a parar”.

Aquella noche, 24 de diciembre, el jefe de la policía corrió a la aristocrática casa en donde se le rendía honores al jefe conservador, general Salazar, para decirle, medio en secreto y con nerviosidad lo siguiente:

- Mi general, el indio Lorenzo se ha fugado esta tarde de su prisión, el crucero Bogotá.

-¿Cómo? ¿Y qué hizo el centinela norteamericano?

-Perdone, mi general, es una mierda... estaba borracho, me han informado que el chileno, mozo de abordaje le embriagó.

A Victoriano lo volvieron a agarrar al día siguiente, o sea esa Navidad. Yo le digo a usted que tal cosa aconteció, porque el hombre se fio de un alto jefe, que nunca llegamos a saber quién pudo haber sido. Parece que el marino chileno, llamarse Pedro Lezcano, sí lo supo y dejó razón de lo ocurrido con una mujer, pero un año después que yo hice viaje a Panamá, ya fue por gusto averiguar; la mujer no apareció tampoco, más ni nunca... Eusebio Morales, que fue alto jefe liberal, más tarde opinó que tal vez el general Victoriano fue víctima de una “trama siniestra”...

Esa vez la policía que lo buscaba por toda la ciudad, presionada por los agentes norteamericanos, quienes operaban en las oficinas centrales del ferrocarril, recibió el soplo acerca de que en la casa del general Domingo J. González estaba la desaparecida espada

de Victoriano Lorenzo. Y siguiendo el rumbo de ella, llegaron hasta el fugitivo.

La ciudad lo hizo perderse para siempre. Hacía falta a su lado el capitán Chirú, o el coronel Cañarete; necesitaba la serranía. Fue una navidad amarga para Lorenzo, pienso yo, con los grilletes y fierros que le ataron en las manos y las piernas hasta su última día; ahora solo sin la espada y tal vez sin esperanzas.

XV

Yo sé que a veces, con los agujeros, la marea subía tanto que penetraba en la negrura de la celda. Las noches saladas, oscurísimas y quejumbrosas del oleaje le daban la sensación a Victoriano de estar bajo el propio y pesado mar. Entonces mordían más crudamente los grilletes que le ataban a su destino amargo. Quería ser pájaro para salirse por entre los barrotes; pez para huir en el piélagos del agua que anegaba la fría celda en la cárcel de Las Bóvedas, en donde sus enemigos y sus “amigos”, lo habían sepultado.

-“¿Me matarán? ¿Me fusilarán? ¿Pasaré de nuevo otros nueve años en prisión? ¿O todo el resto de la vida?”

Pero una maldita esperanza se le amarraba a la poca luz de sus ojos de tigre, ahora de un tigre derrotado. Y era lo que más le dolía en su estómago, en las tiras de carne de su corazón. La pelea es peleando... Pero se le olvidó eso. Los blancos son blancos y se entienden, los ricos son ricos y se respetan así sean conservadores o liberales, y Victoriano lo sabía desde los primeros días cuando bajó de la sierra a la llanura.

“General de la Séptima División del Ejército del Cauca y Panamá”, sí, pero él era un cholo... Iban con él, y él con ellos, en realidad cada quien por cosas distintas... ¿Pero acaso los demás altos jefes, el liberal general Benjamín Herrera, y el conservador

general Víctor Salazar, no dieron la palabra de honor de respetar su condición de oficial de la guerra? ¿No rezaba para Lorenzo el artículo cuarto del Tratado de Paz del Wisconsin? Que establecía: “amplia amnistía y completas garantías para las personas y los bienes de los comprometidos de la actual revolución”..

Lo que le dolía al famoso guerrillero de Panamá, en aquella larga guerra de tres años, más que la propia celda oscura y empapada de mar, más que la gran soledad de la madrugada, o todas las penas imaginadas, era la conciencia infeliz de comprender el momento en que no fue suficientemente perspicaz y desconfiado de haber cedido a la debilidad, de rebajarse de su nivel de guerrero, y creer, en esa crítica hora de una guerra revolucionaria derrotada, en la palabra de quienes poseídos de gloria y fama, de reconocimientos y elogios, en el seno de su propia sociedad, no obstante, mintieron tantas veces y se habían tendido entre los del mismo bando repetidas trampas, y hecho tan vergonzosas zancadillas.

Pues, para Victoriano, la guerra solo tenía el límite de la liberación de su clase y para él el color rojo de la bandera bajo la cual peleaba, significaba algo más allá de la politiquería. Los colmillos de esa culpa le mordían al alma: él, quien nunca se había dejado engañar: Victoriano Lorenzo, el jamás vencido en las batallas...

En la alta noche de aquel barrio de la ciudad vieja, en la terrible cárcel de Las Bóvedas, con sus celdas limitadas con las mareas del Océano Pacífico, un solo son de olas furiosas pegando en los antiguos ladrillos, daba la hora, del vencido general de los cholos, estrellas y norte de la indiada, de la cholada y los campesinos, en la guerra de los Mil Días, sometido a prisión ahora por los intereses de los bandos contendientes, ya armonizados gracias a la paz norteamericana impuesta en un acorazado yanqui, para beneficio de los imperios de Francia y Norteamérica.

Él lo sabía y no lo sabía. Como pedazos de película reflejados en la sombra, aparecían trozos de historia reciente, cuando desesperados generales liberales acudían al territorio liberado por Victoriano, a ofrecerle sus servicios o a pedir ayuda. -¡Cuánta cortesía!-

-¡Cuántos elogios!

Ahora era un simple cholo acusado de cometer horribles crímenes, un bandolero sin Dios ni ley, por eso la celda se le llenaba de agua y de murciélagos, y le mordía el grillete como un pez de angustia.

Muchas veces, a esas horas, Victoriano pasaba revista a todas sus acciones: su padre Rosa Lorenzo lo llevó, siendo tan niño a Capira, donde el presbítero Antonio Jiménez. Él lo hizo pasar a su casa y con dulzura dijo: - “Yo te voy a preparar para que seas cura”- Quería mandarme al Perú. Pero después de la muerte de mi padre, yo preferí volver a la sierra, a mi gente.

Ya hombre aquella vez que por una mala jugada de la vida derribó de un caballo a un pendenciero y pasó nueve años en la prisión; cuando la mujer se le fue con otro, él desde la misma cárcel ordenó el divorcio, y al salir, ya en el remolino de la revolución se halló con Lorenza Ibarra. Y era la guerrillera que lo esperaba en el Campamento La Negrita, el objeto de su pensamiento constante, porque también sabía tener su amor humano, y más que su propia suerte le dolía la de ella... ¿Cuántas veces al salir al combate creyó que no le encontraría de nuevo? Que no volvería mañana, como no regresaron jamás otros que cayeron combatiendo al enemigo con toda la furia guerrillera; soldados y oficiales valientísimos de lejanos lares de Colombia, del Istmo y aún de Centroamérica. Al lado de su celda, afuera, alguien solía cantar en la noche siempre la misma canción. Y cuando cesaban los oleajes, las estrofas llegaban con mayor claridad. Entonces la imagen de su mujer aparecía en la oscuridad de la prisión.

“Adiós... adiós... lucero de mis noches...”

-Dijo un soldado al pie de una ventana-

-Me voy, pero no llores, alma mía.
que volveré mañana...”

Victoriano conocía esa canción, porque la cantaban los combatientes, especialmente los colombianos. Y aquel que al otro lado la repetía ahora, ¿quién sabe si corría la misma suerte suya, y en qué lejano lugar de Cartagena o Montería estaría la mujer de sus sueños?

“Ya se asoma la estrella de la aurora...
Ya se divisa en el oriente el alba...
Y en el cuartel tambores y cornetas
están tocando diana”.

Victoriano oyó cantar esa canción en los días del sitio de Aguadulce, cuando en la sitiada ciudad los godos comían ratas para poder sobrevivir. O en las largas caminatas hacia Pocrí, o a los Picachos de Olá. También la escuchó en Santa Fe, al rasgueo de mandolina y guitarras, cuando estuvieron esperando el armamento que Belisario Porras haría llegar a Nicaragua por el Atlántico. Sí eran memorias de sus camaradas, de los combatientes que nunca lo abandonaron, de guerrilleros, soldados y poetas; de mujeres que amó de paso y de la suya propia, la Lorenza Ibarra que, en el Campamento, con la carabina en sus cholas manos aún lo esperaba.

“Horas después, cuando la negra noche
cubrió de luto el campo de batallas;
a la luz del vivac pálida y triste
un joven expiraba”.

También era la noche cerrada en aquel combate recio. Ordené al Corneta el toque para que no dispararan en dirección de nuestra propia gente. Allí cayó el hombre herido; lo tomé en los brazos al

desplomarse del caballo. Avanzábamos entre muertos y heridos. Nuestros cañones hacían estragos en el campo enemigo, casi a ciento cincuenta metros solamente. Hubo un momento en que quedamos confundidos en el campo, alumbrados solamente por el chisporroteo de las luces de la restallante pólvora. De pronto, al abrirse paso, oí una dolorosa queja, de algún compañero moribundo y yacente en el terreno. ¿Quién es? “Soy yo, el indio mexicano... mi general Victoriano, ¡acábeme de matar!”

“Alguna cosa de ella, el centinela
al mirarlo morir, dijo en voz baja...
Alzó luego el fusil, bajó los ojos
y se enjugó las lágrimas”.

Esa noche el mar se fue, casi definitivamente al horizonte, hacia los islotes de dormidos pelícanos. Como tantas otras noches, Victoriano no dormía, calculando hasta donde podía ir la paz del Wisconsin, contra su pequeña estatura de gran general. Se preguntaba: - “¿Me matarán? - ¿Dirán que fui igual que un Fidel Murillo?-. ”

Los repúblicos y grandes próceres, en el banquete del presidente de la Compañía del Ferrocarril Interoceánico, míster Edward Simons, el cónsul general de los Estados Unidos en Panamá, míster J.A. Gudger, el Contraalmirante del Wisconsin, Silas Casey, los generales Víctor Salazar, Alfredo Vásquez Cobos, Lucas Caballero y Benjamín Herrera, se frotarían las manos, porque gracias a su amor a Colombia y a la gentileza de los Estados Unidos, al fin y al cabo había terminado la guerra y era necesario asegurarse muy bien de la total pacificación, de forma tal que no hubiera posibilidad alguna de que otro Victoriano Lorenzo levantara las guerrillas del futuro y pusiera en peligro las obras del Canal... ¿Me fusilarán?

Victoriano Lorenzo, en su soledad de agua salada y calabozo, apenas cortada, de vez en vez, por el pito del centinela, a esa hora de la noche inconmensurable prendió una vela, puso el

rudo papel en la mesa rústica donde escribiría la carta para su mujer amada, y copió en ella las últimas estrofas de la canción que afuera cantaba, no se sabe quién, si otro preso, un soldado enamorado, o el alma en pena de algún difunto de la guerra.

“Hoy cuentan por doquier gentes medrosas
que cuando asoma en la oriente el alba,
y en el cuartel tambores y cornetas
están tocando dianas...”

“Se ve vagar la misteriosa sombra,
que se detiene al pie de una ventana,
y murmura: no llores, alma mía...
que volveré mañana”.

XVI

El niño le decía a la abuela que eso era por gusto; que no le pusiera velas a Victoriano, porque él no era santo. Pero ella insistía. Y así, entre otras imágenes, en la penumbra del rancho, se veía el alumbramiento del santico Victoriano, con su sombrero alón y la espada grandísima, de una foto que el general se tomó cuando tendría unos treinta y tres años. Para el cabo de un año, en lo profundo de la montaña, a donde la persecución de los godos nos había llevado después de la guerra, la abuela hizo un rosario por el alma de quien en vida fue el general Victoriano Lorenzo y para esos días los vecinos estaban muy interesados en el dicho rosario, porque sabían que vendrían gentes muy importantes: varios de sus compañeros guerrilleros, los más leales y temidos por los conservadores.

En un rancho de la huerta, entre aparejos y otros menesteres de trabajo habían cosas escondidas por la abuela: carabinas, revólveres y hasta una espada. De vez en cuando subían a la sierra algunos hombres de confianza y revisaban ese material y

cuando dormían en la casa, contaban sus historias de las luchas al lado del general de los Cholos y se lamentaban siempre de la traición.

La noche del rosario, a pesar del luto fue como una fiesta. La abuela puso en medio del rancho, sobre una mesita, el retrato de Lorenzo, la espada y dos carabinas terciadas. Entonces comenzaron los rezos, y al término de tantas letanías se dio café y después, chicha. Porque había chicha y cuando a la gente se le subió el zumo a la cabeza, entonces vinieron las historias, los cuentos y hasta algunos llantos. Pues no crea usted que para aquellos días todo estaba claro sobre lo que había acontecido en el Istmo. Sus compañeros de armas más cercanos eran sabedores que Victoriano Lorenzo había sido fusilado; pero en la montaña alguna gente dudaba de esa información. Allí estaba el caso de Esteban, el Mocho Esteban, quien perdió la mano izquierda en una escaramuza de la guerra, y le llamaban el Mocho. De él se comentaba que había quedado medio loco y que por eso decía lo que decía. Pera la abuela afirmaba que el hombre no estaba loco, y que las cosas podían ser como el Mocho las contaba.

Una vez Esteban se perdió del lugar por una quincena. Y cuando apareció lleno de rasguños y herida los vecinos corrieron a preguntarle: - “¿Qué te ha sucedido y por dónde andabas todos esos días?”.

-Una tarde- dijo el Mocho, venía yo del monte, ya tardón, cuando ¿Qué creen ustedes que vide?... Oiga, me topé nada menos que con el “mesmo” Victoriano Lorenzo, el cual andaba, le digo, montado en un caballo de cristal - “¡Quibo Mocho!” - me saludó el jefe, y me preguntó: “y ¿qué pasó que le saliste huyendo a la guerra?”.

- Chumba!...yo quedé paralizado y se me alborotaron los pelos de la nuca. Pero luego repuse mis nervios, me limpié los ojos con la mano y volví a ver la figura, porque el guerrillero transparente había brotado, así de pronto, de entre mi pecho, cuando en el poniente, el sol rojo y bajito chispeaba por todas partes, sobre

el rastrojo. Recordé el decir de las mujeres, respecto de que las noticias de la muerte de Victoriano eran puros cuentos; porque los godos siempre propagaban que lo habían matado otras veces, y el hombre aparecía aquí y allá en lo suyo, con la carabina de fuego al hombro.

Oiga, y yo saqué fuerza de adentro y le contesté: -“yo, general ¿huirme de la guerra?...¡Qué va, mi general, eso nunca!.. Estoy a su mandar”.

Y contó el Mocho que puso la jaba en el suelo, y con el machete en la mano subió al anca del potro de Victoriano, pero sí notó verdaderamente que el caballo era de cristal. Pues bien, tal vez no se sepa nunca quiénes fueron las personas reales que manejaron ese asunto, pero no hubo ninguna dificultad en aceptar la petición norteamericana.

La gente del arrabal recogería algunas firmas para solicitar que le fuera permutada la pena de muerte por otro tipo de condena, pero nada más y hasta el señor gobernador se escaparía de la ciudad para no estar presente a la hora del fusilamiento del guerrillero entregado por los liberales, bajo la apariencia de los amparos del tratado de paz del Wisconsin; instrumento que fijaba la amnistía para los participantes de la desoladora Guerra de los Mil Días.

Muchas cosas se dicen, pero ya se conoce que a Victoriano le hicieron un juicio sumario, de apuro para cumplir, lo más rápidamente el encargo. Ni siquiera el acusado pudo buscar a su propio defensor. El jurado le negó la presentación de testigos. La farsa había sido montada, para que fuera cumplida en una sola sesión de trabajo, el día catorce de mayo, y allí mismo leyeron lo que ya había sido redactado en algún lugar de la ciudad, bajo la vigilancia del comandante Silas Cassey: Victoriano era condenado a la pena capital, la cual debía cumplirse, por la vía del fusilamiento, de una vez, al día siguiente.

Pero a Victoriano Lorenzo no lo podían matar, según decían las

mujeres de la sierra, en las piladeras de arroz o en las quebradas, porque las balas no le atravesaban la carne. Victoriano no podría esa noche en su celda fría agarrar el sueño; afuera ineluctablemente se escuchaba el ir y venir de todas las olas del océano que chocaban, casi inútilmente con los muros de sal y calicanto de la prisión.

En realidad su muerte ocurría en esos momentos, antes de que la bala penetrara su corazón indígena. Por eso podía tramontarla, escalando la realidad, y tomar por ejemplo la pluma para escribirle una carta sin destino a su mujer. O bien, pensaría con algo de esperanza, de la que no falta a esas horas, que todo habría sido un juego para amedrentar al pueblo, pero el Presidente de Colombia conmutaría la pena... ¡Quién sabe!... O simplemente se preparó para la muerte, a la que jamás temió en las batallas desiguales. Vio morir a tantas gentes en esa guerra; a sus camaradas y amigos... y convencido de los hechos, de que así como había matado, también lo matarían en eso lo halló el toque de la corneta, entre la niebla y chispas de agua salada que penetraban entre los barrotes, en la moribunda madrugada de sus opresores.

El Mocho sí reconocía que lo único raro de todo aquello era el caballo de cristal, ya que al bajar, con el general, entrada la noche a los llanos de Antón, cientos de hombres, todos guerrilleros los cuales estaban alrededor de una fogata gritaron:

¡Viva el Mocho Esteban!

¡Viva!

Le dieron su nueva carabina y al día siguiente en la mañana ordenaron la marcha, pero al percatarse El Mocho de que todos los jinetes iban montados en caballos de cristal, preguntó: a qué se debía eso, y en dónde estaba su caballo.- ¡Ah !... ¿No sabe?- respondió es mismísimo coronel Cañarete- Vamos al puente de Calidonia pero hay que pasar por una gran zanja, donde los gringos están haciendo el canal; si cruzamos, ¿verdad?;

entonces los conservadores sabrán que Victoriano Lorenzo, no es el general Emiliano Herrera que la vez pasada se rajó. ¿No es así? Nos vengaremos de aquella derrota y los aplastaremos definitivamente, para que tú, óyelo Mocho Esteban, y “toitos” los mochos y hombres completos de esta tierra puedan comer su tortilla calentita, con su pedazo de carne, cada día, en la contentura y anchura de la vida...¡Ja..Ja!

-¡Ajo, coronel, usted siempre con sus vainas!...

-Entonces, pregúntele al general.

-Déjese de eso, mi coronel . Su palabra es mi palabra.

Cuando la noticia del resultado del juicio de Victoriano recorrió la ciudad, una nube de espanto ensombreció a la gente pobre del arrabal y a todos los revolucionarios. Y a la hora de la ejecución, la tarde del quince de mayo de 1093, cientos de asustados participantes y mirones se alineaban en la Plaza de Chiriquí, frente al paredón improvisado. Nadie puede decir si a las cinco de la tarde sonaron también las campanas de las iglesias de San Francisco y de la Catedral, pero sí se oía el maullido de las olas y el chillar de las gaviotas, que rozando con sus alas blancas el gentío, no podrían comprender, al igual que muchas gentes, la razón de aquel asesinato. Junto al parapeto allí situado, a últimas horas, para los efectos del acto aparecían los puntos salientes de las sotanas de los curas que iban administrar santos oficios correspondientes al “bandolero”, para que no faltara ningún elemento sin cumplir, en beneficio y respeto de la moral cristiana.

De pronto emergió un murmullo, como de olas, pero no era el mar sino el sacudimiento del público. Salió de su celda, allá un bulto gris, entre gendarmes. Algunos pensaron: va a arrebatarse. Otros, pedirá perdón; se arrepentirá de los crímenes cometidos, para salvarse de la pena capital.

¡Pero si solo es un indio!.. Un cholo.. ¡Dios mío y lo van a asesinar! Exclamó una joven mulata sorprendida. Un anciano, a su lado le dijo a la muchacha:

“ Eso no importa, hija mía, porque todo el día de ayer y de la noche,

junto a ese pobre cristiano, estuvo un santo cura prodigándole consuelo y preparando su alma, para el bien morir...”

El tambor sonaba claro, pero lentamente, como son de rigurosas las cosas a la hora de muerte. Y el pequeño bulto se fue definiendo ante las masas silenciosas, con su paso firme, la penetrante mirada de tigre, pero casi lejana y huidiza; su entrecejo sin renunciamentos, con sus fieras rayas verticales; sus labios anchos, perfectamente recortados, pero curvados hacia abajo, como signo de su decisión de ganar esta última batalla, como tantas otras, frente a los fusiles de los enemigos de la patria naciente y sangrante.

“Yo, anuncié la separación de Panamá, cuando la inútil crueldad de José Manuel Marroquín, asesinando a Victoriano Lorenzo, estranguló en lo alto de la horca, la paciencia de aquel pueblo”. Eso denunció el escritor colombiano Vargas Vila.

En ese terrible sesgo de la hora, los testigos y demás funcionarios palidieron. Desde algún balcón, con larga vista, los mercaderes del Canal observaban la fiesta en donde iban a matar al toro o al tigre.

En el cortejo, junto a Victoriano, inadvertidamente venía un pequeño perro, la única nota discordante de la ceremonia, porque los soldados lo pateaban para ahuyentarlo y Lorenzo lo detuvo, lo acarició y lo apartó cariñosamente. Colocaron al convicto en el sitio en donde los poderosos de Colombia, el Departamento de Panamá y Estados Unidos, a esa distancia de la historia querían que lo situaran, para que la bala no se equivocara en su rumbo. Y cuando todo estuvo listo se oyó brotar la poderosa voz del guerrillero que exclamó en el silencio absoluto lo siguiente:

“Señores: oíd una palabra pública.
Ya sabéis de quien es la palabra.
Victoriano muere
Yo muero como murió Jesucristo..”

Después fue el grito de mando y resonó la primera ráfaga. Las masas, como el mar, al unísono chillaron: ¡Ay! Sonó la segunda descarga. El hombre en un gesto imposible quiso levantarse y decir algo...

Cuando el Mocho Esteban regresó al caserío, tal como le he dicho y empezó a contar la historia de su encuentro con Victoriano Lorenzo y la tropa de guerrilleros con sus caballos de cristal, unos le creyeron y otros no. El nieto le decía a la abuela:

-Eso no es cierto; eso que cuenta el Mocho; si usted misma me ha dicho que a Victoriano lo fusilaron.

- Hijo mío, todo puede ser y no ser...

Muchas mujeres creían lo dicho por el Mocho, pero les inquietaba ciertamente que pudiera haber caballos de cristal. Y como le vengo contando, el velorio de cabo de año, allá en el ranchito de la vieja abuela se cundió de vecinos, campesinos y guerrilleros que no cabían en la habitación y tenían que acomodarse afuera, debajo de los naranjos y calabazos. Allí estaba el Mocho Esteban y después de los rezos se habló mucho de la guerra y de todas las cosas. Ya volteando la luna, como a las doce de la noche, entre dormido y despierto, junto a la abuela yo escuchaba a un anciano camarada que vino de muy lejos, contar lo que aquí le agrego.

-Entonces, señores, después que alguien del pelotón le dio el tiro de gracia al hombre y estaba allí medio muerto, pero aún sin caerse del asiento donde lo pusieron, con su mano derecha suelta y extendida hacia abajo, como buscando un arma y la cabeza doblada de medio lado, entonces llegaron unos soldados con una burda carreta tirada por un burro; echaron en ella, como si fuera una res al ajusticiado general; apartaron violentamente al gentío que se acercó para mirar y sacaron, en esa forma, al difunto de la plaza. Los soldados arreaban; el burro apuraba hacia el fondo de la ciudad, y el cuerpo se ladeaba y chorreaba sangre. Los ladrillos de la calle sobre los cuales caían las gotas derramadas se volvían más rojos.

Oscurecía pesadamente la tarde, allá lejos, por donde la carreta iba con su carretero y los vigilantes armados, calle abajo, porque al pueblo le prohibieron seguir en el doloroso acompañamiento.

Así, el ejército con sus fusiles bajo la última lámpara del día y una noche de plomo, cayó sobre el espectáculo y el crepúsculo.

En las casas humildes y los cuartuchos de los pobres hicieron rosarios clandestinos en su nombre. En muchas partes, en determinados sitios, de noche colocaron velas por el ánima del fusilado, porque nunca se supo en qué mismo hueco de la tierra lo enterraron sus enemigos. Eso contaba el viejo, y en ese punto, el Mocho Esteban, medio turulato preguntó con su ronca voz:

-Totalmente, señores que entonces, ¿mi querido general es ya muerto?

-Eso se dice, Esteban -contestó la abuela- eso dice...

EL FINAL...

Entonces llovió mucho; a partir del 15 de mayo de 1903 y no salía el sol, las pozas y los enormes cangilones abiertos por los franceses en su fracasado canal interoceánico se llenaron de oscuros caimanes. Los trenes se descarrilaban entre el Atlántico y el Pacífico, porque los rieles se volvían puro jabón de barra. Y seguía lloviendo. Varias veces, y en distintos lugares cayeron toneladas de sardinas manadas y hasta tortugas transparentes.

Al fin escampó, porque salieron las gallinas a bichar en los llanos. Los ríos se llevaron al mar la sangre, las “huesamentas” de los muertos, y hasta los casquillos de las balas del Puente de Calidonia y del Sitio de Aguadulce. El Wisconsin y otros navíos norteamericanos subieron por el Magdalena y después se transformaron, según cuentan, en enormes diabolicos de hierro y pasaron por la Quinta de Bolívar hacia el Cerro de Bogotá, para negociar unos tratados. Cuando al fin apareció el sol, un poco a la derecha del saliente, los cholos amargos y con inmensas tulas de ira en los ojos, escondieron por decenas de años las escopetas. Sus mujeres lloraban al anochecer.

Cuando el prefecto y el cura, al fin, salieron de los túneles y regresaron al poblado, tenían los cabellos blancos y largos como los duendes. Solo hallaron, por esos andurriales, una vaca con su fierro. La vaca mostraba únicamente un ojo y tres patas, nada más. El cura santiguó los horizontes desgastados y llamó a su criada y exclamó:

¡Gracias, Santo Dios, porque has dejado de llover!

Y pasaron los años y los años, y dicen los lugareños que Lorenza Ibarra, la difunta esposa del general de los Cholos, salía por la cordillera. Vestía enagua negra, casi traslúcida, y grandes rosas rojas en el pecho. Solía llamar a los vecinos en sus ranchos; gritaba entre las neblinas altas de las noches oscuras, o bajo las lloviznas de la sierra. Andaba con la carabina y la espada de su marido. A veces, entre los chiflones, por las cañadas, ciertamente se escuchaban los disparos. ¿Tiros de cazadores? ¡No! Era la finada Lorenza, su alma rota que subía y bajaba lomeríos en busca de los

guerrilleros y entablaba combates, ella solita contra las sombras del ejército conservador, del Ejército Liberal y de los gringos. Y esto era un espanto que no daba espanto a los pueblos. Había quienes buscaban la abusión de Lorenza, porque si la veían, y ya había ocurrido con muchos vecinos, se volvían imbatibles y transparentes. Yo me hallé con algunos que tuvieron esa gracia y tenían el pellejo blindado; las balas no le penetraban y nunca más sintieron miedo. Por decenas de años, esperaron nuevamente la hora. Muchísima gente subía a la montaña para buscar la aparición. Iban desde Vueltas Largas en Santa Fe, por los filos de la serranía, pasando por los Picachos de Olá, para llegar a la región del campamento de La Negrita, tras la hermosa mujer chola ataviada de negro transparente, con sus rosas rojas, como brasas, en el pecho, el pelo largo echado hacia atrás, desperdigado por el viento, la carabina terciada y la bandera roja subiendo por las astillitas de los amaneceres, más arriba de los soles colorados y negros del mundo.

Bueno, le diré, yo en apariciones y vainas de esas ciertamente no creo. Pero que la mujer de Victoriano, la tal Lorenza Ibarra sale por esos rumbos, de noche y de día y galopa en caballo de cristal, con su carabina transparente... ¡Oiga!.. mucha gente lo ha dicho. Esta muchacha, la Lorenza, segunda mujer del jefe, vivía en uno de los ranchos del Campamento de La Negrita, y era una chola hermosa y muy joven; de ojos negros, cara redonda y dientes afilados. Era una pascua de risa por cualesquiera situaciones que ocurrieran en el trajín y la bolina de la guerra. Pero ya en los días de octubre de ese año de 1902, la dicha mujer se veía cargada de presentimientos y se le acabó la risa.

La última vez que vio a Victoriano lo notó huraño y muy desconfiado de los jefes de la guerra. Pues no era lo mismo andar remontado, jugársela todos los días, que maniobrar, como los blancos, por los callejones de la política.

Nunca escuché del jefe discurso alguno, ni alabanzas al partido liberal; siempre hablaba de su causa, de la defensa de la tierra y de acabar con las injusticias de los gobiernos, de los terratenientes

y los obispos. Yo personalmente no fui político, sino guerrillero. Y había realmente dos guerras en esa guerra. La de nosotros era distinta. Tanto nos apaleaban los amos conservadores como los liberales. Desde luego los godos, que pensaban tener a Dios agarrado por las barbas, lo hacían un tantico más. ¡Ay, amigo!.. Eran los días en que había que hacerle bendito a los señores de los poblados para conseguir una miga de sal.

La otra guerra era muy sucia y a veces las batallas se perdían por los celos de algunos generales y las maniobras de los políticos que tiraban para acá o para allá y hasta traicionaban a los mismos partidos. Victoriano sabía muchas cosas y olía el tamal. Conocía que los gringos, por pedido del gobierno conservador, habían dicho que no nos dejarían cruzar por la línea del ferrocarril hacia la capital, y entonces, señor, según Lorenzo, no sería un blanco como el general Benjamín Herrera el que se atreviera a pasar o morir.

La pobre mujer había quedado “solítica” en el campamento. Ella allí al cuidado de esos ranchos, en la espera, de algo nuevo, y vino la noticia; era nada menos que la guerra había terminado y que Victoriano Lorenzo estaba preso, sin saber la razón. ¿Qué le parece, no? Totalmente que después se supo, había sido, porque Victoriano se negó con el coronel Cañarete y sus hombres a entregar las armas... en San Carlos, cuando le notificaron el fin de la lucha.

Entonces ya no fueron presentimientos, sino la pura realidad, y eso fue lo que consiguió Victoriano después de servir tanto a los liberales. Sí señor, el propio jefe liberal de la revolución, el colombiano Benjamín Herrera, el mismo que una vez quiso ajusticiar al doctor Porras, entregó al general de los Cholos. Y el otro general, Esteban Huertas, quien odiaba a Lorenzo y a sabiendas que el Tratado de Paz, firmado por conservadores y liberales, a la sombra de los norteamericanos, en el barco de guerra El Wisconsin, para poner fin a la Guerra de los Mil Días, acordaba la amnistía para todos los combatientes, violó ladinamente dicho Tratado.

Y así, en la componenda, decidieron juzgar al Cholo Guerrillero, por supuestos delitos comunes. El mismo Tratado establecía que tenía, en ese caso, que ser tratado por un tribunal civil, pero Victoriano tuvo que enfrentarse a un tribunal de militares. Y Huertas que presidió esa farsa de diablicos sucios se prestó para la degenerada jugarreta y el vergonzoso crimen. Cuando meses más tarde, al coronel Cañarete le llegó la noticia de los detalles de este juicio comentó: “Para los colombianos ese Huertas será un traidor... para nosotros, los que anduvimos con Victoriano, es, además de traidor, un asesino y comerciante”. Y unos seis meses y días más tarde se vendió a los gringos y a sus próceres por unos veintiséis mil dólares.

¡Para qué vale recordar tantas traiciones!... sino que la amiga Lorenza lo supo y estuvo allí y dijo que se iba del campamento, porque hallaba el olor y el calor de su marido en cada choza, y que ella no se entregaría al gobierno, porque además, todo mundo sabía en la montaña que a Victoriano no le entraban las balas. Se clavó en la tierra; con sus ojos negros miraba desde lo alto las curvas de la sierra y las distancias. Noche y día esperaba el regreso del general de la Séptima División. Fue por gusto, el hombre no volvió.

Un día llegó un mensajero a decirle algo que no se atrevía a contar llanamente y anduvo con rodeos de palabras, hasta cuando tuvo coraje y se lo dijo. Pero ya la mujer lo adivinaba por el pestañeo de los ojos del guerrillero... Y era simplemente que el quince de mayo, un día después del macabro juicio, más o menos a las cinco de la tarde, el gobierno fusiló a su marido, el general de los Cholos.

— ¡Jo!..

Eso nada más exclamó la mujer y se metió en el rancho. Afuera el mensajero la oyó llorar cortito y hondo. ¡Claro!... ¡tenía que haber sido así, a la entera traición!... Y ella lo presentía. Uno es cholo y huele lo malo en el viento. Sí, pues, jodieron al jefe, y

la pobre no se atrevía ni a llorar, para que no dijeran que era cobarde. Y por eso gemía para adentro. La quisieron ayudar, como era menester en esa ocasión; darle su consuelito. No quiso. Era su suerte... Trancó la puerta; se encerró en el rancho y no bebió agua, ni probó bocado alguno, un día, dos, tres, quince días... ¡quién sabe! Arriba del cielo azul empezaron a revolotear pájaros desconocidos.

Y así la generala falleció desintegrada, muerta de dolor y de rabia. La Guaricha luminosa que marchaba al lado de Victoriano, como otras campesinas y serranas que se unieron, desde los primeros días a la revolución, esa luz se apagó, como la protesta de la tierra sofocada.

Y cuando las tropas del gobierno conservador subieron en busca de las armas que el fusilado Lorenzo había mandado a esconder, hallaron el lugar solitario: al cadáver le habían nacido, a su alrededor, rosales blancos y rojos.

Los soldados sintieron miedo, regaron un poco de querosín y rápidamente las llamas consumieron los trece ranchos del campamento. Pero entre la humareda, de pronto salieron los pájaros invisibles. Sobre un cuero de vaca loma arriba, cielo arriba, llevaban el alma de la guerrillera. Una trompeta de caracol sonó y partió la bolita del mundo en cuatro tajadas. Serían las tres de la tarde y empezó de nuevo a llover... Bajo la lluvia, en el recodo del camino apareció el guerrillero transparente y el pelotón de soldados se volvió jabón de barra.

Pero años después, como le cuento, la finada Lorenza, la mujer del Cholo Victoriano, la 'Generala' sale, su alma y su cuerpo, con la enagua negra y las rosas rojas en el pecho y la cabellera larga flotando entre las fibras del viento.

Llama a Victoriano Lorenzo: ¡Victorianooooo!.. Levanta de nuevo a los guerrilleros de la cordillera. Y a veces hasta disparos se oyen en las noches y eso, yo sí lo creo, perfectamente.

GLOSARIO

A

Arrecheras: dificultades, durezas, riesgos.

Arrecho: envalentonado, embellacado, enfurecido; fuerte, duro.

Apiao: de apear, tumbar, herir o matar a alguien.

B

Blancos: ricos, aristócratas, latifundistas, burgueses.

Bujiar: dar gemidos, como los graznidos de los búhos.

C

Cacicongo: buitre tropical más grande que el gallinazo.

Cañitas: diminutivo de caña de azúcar.

Carga de casa: costumbre campesina de trasladar el rancho o bohío, de un sitio a otro.

Cogido: estar cogido, borracho

Congo: nido de avispas.

Cuase: casi.

Cuetero: relativo a cohetes; el que fabrica fuegos artificiales, o los prende.

Cuche: escuche.

Culecas: cluecas.

Curumba: parte más alta del relieve; de edificios o árboles, y por extensión, de los fenómenos: curumba del cielo.

CH

Chácara: bolsa de hilo de pita; por extensión, huevos, cojones.

Chicha fuerte: bebida de maíz fermentado.

Chingero: jugador, tahúr.

Chirrisco: aguardiente casero o de origen clandestino, cimarrón.

Chisperío: chispero.

Chumba: apéndice o abultamiento que sobresale de una superficie. Exclamación similar a caramba! Diablo!

Chumico: arbustos cuyas hojas se utilizan como lijas.

D

Despepitado: rápidamente, desenfrenado.

Detrasito: detrás

Diablico sucio: tipo de diablico con máscara y vestido sencillo, sin lujos.

E

Ende: donde.

F

Facilitamente: fácilmente.

G

Garulilla: pandilla, gallada.

Gallote: gallinazo.

Godó: conservador, reaccionario.

Granadilla: enredadera que da frutos agrdulces, del tamaño de la papaya.

Guevo: huevo.

H

Hijueputió: mentar la madre

Hijuna: ¡Ay... hijo!

Hoja de pasmo: hoja de arbusto utilizada para sanar magulladuras y dolores de cabeza.

Huesamenta: osamenta.

J

Japías: grito particular del campesino que expresa motivación en el trabajo y que se hace en las fiestas como expresión artística, folclórica.

Jorón: altillo rústico, propio de los ranchos campesinos.

Joyo: hoyo.

Jue: fue.

Juerza: fuerza.

Juido: huido, escapado.

M

Macanudo: chilenuismo; significa bueno, óptimo.

Mai nació: maíz nacido.

Majagua: fibra vegetal usada para amarrar.

Mestro: maestro.

N

Na: nada.

Ñ

Ñopo: sinónimo de blanco, rico, aristócrata, latifundista.

O

Otomías: arcaísmo, crueldades, supuestamente propias de los otomanos.

P

Pajarilla: páncreas; se le enfrió la pajarilla; vértigo, desmayo.

Partida de cerdos: lote de cerdos.

Pata de perro: andariego.

Pendejadas: tonterías.

Perequeros: pependancieros.

Peló: de pelarse, dejar de existir, morir.

Pior: peor.

Pujador: tambor usado en el baile panameño, el tamborito.

R

Rastrojero: propio de rastrojo.

Rasgueando: de rasguitar, frenar súbitamente el caballo sobre el terreno, para deslizarse dejando rasgos.

Revoltura: revoltillo.

Rejo: látigo, dar rejo, azotar. Una rejera, una azotaina.

Repicador: tambor usado en el baile, el tamborito.

S

Saloma: expresión musical-sin letra- folclórica del campesino, derivada del trabajo y utilizada como introducción al canto de la décima.

Sapo: soplón, espía.

Sardinas manadas: tipo de sardinas provenientes de los ríos y que los campesinos suponen que manan del cielo en los grandes temporales.

T

Tamborito o tambor: tradicional baile panameño, acompañado de tambores y cantos.

Tardón: bastante tarde.

Tiró: de tirar; en este caso, dañar, molestar, engañar, estafar.

Toitos: toditos.

Totuma: vasija hecha de la fruta del totumo o calabazo.

Torrentes: melodías tradicionales del canto de la décima en Panamá.

Trujo: trajo.

Tula: vasija hecha de una fruta parecida a la calabaza.

Tulivieja: figura de la mitología panameña. Mujer monstruosa de cabellos largos y cabeza en forma de tula agujereada.

V

Vaina: asunto, cosa, cualquier fenómeno; exclamación: ¡qué vaina!

Vaquearlo: de vaquear, atraer, buscar, apresar, conducir.

Viaje de palos: haz de palos, pegar con palos.

Vide: vi.

Vinas: palma de donde se extrae un licor campesino llamado vino.

Viraban las cutarras: tumbar a una persona, hacerla caer, tropezar, desplomarse.

Z

Zapatero: melodía tradicional panameña, alegre y picaresca, para cantar décimas humorísticas.

2.4 PINTURAS DE VICTORIANO LORENZO



BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMÁ



3 4189 0067 9593

